

ROSER AMILLS

EL LIBRERO DE MACONDO



XXIX PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE BADAJOZ

Índice

Cubierta

EL LIBRERO DE MACONDO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

Créditos

EL LIBRERO DE MACONDO

ROSER AMILLS

EL LIBRERO DE MACONDO

XXIX PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE BADAJOZ



*A mis abuelos, por la distancia.
A mis hijos, y a mi pareja, por el camino de vuelta.*

Estaba gravísimo y el médico había dicho que, según sus cálculos, el paciente moriría de un momento a otro.

—¿Qué cálculos ha hecho usted? —le preguntaba la señora del paciente, que era muy curiosa y siempre quería enterarse de todo lo que pasaba en la casa.

RAMON VINYES, «Un caballo en la alcoba»,
dedicado, en 1952, a Gabriel García Márquez

Don Ramon Vinyes, el sabio catalán que tanto ansiaba y tanto me aterraba conocer, no había ido aquella tarde a la tertulia de las seis. Cuando salimos del café, con cinco tragos auestas, ya teníamos años de ser amigos.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Vivir para contarla*

–Preciosa, llevo días llamándote –es la agente literaria–. Miguel me ha contado que, por fin, te tomas en serio la novela sobre García Márquez.

Le aclaro que no es sobre Gabriel.

–¿Quién es Ramon Vinyes?

Es la pregunta que hice yo, hace diez años, cuando me invitaron a participar en una actividad en la biblioteca de Berga que lleva su nombre.

Le ofrezco la respuesta breve. Sé que solo quiere una previsión de entrega y saber cómo titularé la obra. Me altera su sentido práctico. Cuando hablo mucho con ella, pierdo el rumbo dos o tres meses.

Todo el mundo es sabio, hasta que se sienta a escribir. Miguel también cree que me ayuda. Vacío mi mesa, abro la carpeta de las fotografías y las distribuyo, como una tarotista, por épocas y lugares. Busco un escondite, como una piedra. A suficiente profundidad para no ser arrastrada por el oleaje. Las cotejo. Mordisqueo mis uñas y los bordes de papel de gelatina de plata antiguo.

Me gusta el sabor amargo.

Analizo esta historia a la velocidad de dos y tres paquetes de cigarrillos al día, y los rostros ya responden por sus nombres de pila.

Podría marcharme con ellos.

No porque estén muertos. Aún no.

Sus personas civiles, emocionales y biográficas fallecieron. ¿Los revivo o me reviven? Nos burlamos juntos de mi curiosidad y mi obstinación intactas. Toso y le pido a Vinyes que vuelva a barajar.

Barcelona, 1933. En una foto de grupo de los ateneístas, Ramon Vinyes aparece casi fuera del encuadre. Con la mirada perdida. En una imagen borrosa de infancia, tan desgastada que parece cubierta de escarcha, mantiene la actitud ausente. De pie, junto a su padre y hermanos, al borde de la escena. También en las fotos de sus últimos años, poco antes de morir, esquiva el enfoque. Parece siempre a punto de levantarse y marcharse.

El día de la instantánea del Ateneu de Barcelona, Gabriel José de la Concordia García Márquez tiene seis años –treinta lo separan del sabio catalán–. Está en Aracataca, donde recordará que el calor era tan inverosímil que las vías del ferrocarril y los campamentos de la bananera United Fruit Company fueron contruidos de noche porque de día era imposible agarrar las herramientas recalentadas al sol.

Cabello claro, suave, con flequillo. Viste pantalón corto y una camisa modesta, idéntica a una del abuelo, que le cosió la abuela Mina para que se parezca más a él. Entra en la cocina. Sobre la mesa, ella ha dejado unos pargos recién comprados.

–Parecen piedras.

Don Nicolás, oriundo de Sabanalarga, esbelto, moreno y dicharachero, se agacha hasta la altura de los ojos del pequeño y le explica que los pescaron lejos, en los fondos de arena del litoral de Santa Marta, y los congelaron.

–¿Qué es congelar?

—Dormir en hielo.

—¿Qué es el hielo?

Esa misma tarde, el abuelo lo llevó de la mano hasta el comisariato de la compañía bananera. Con solemnidad, pide que desclaven la tapa de una caja de madera. El pequeño Gabriel estira el brazo. El frío le quema la misma mano que, diecisiete años después, en una cafetería de Barranquilla, extenderá para saludar a Vinyes. El viejo catalán dejará su vaso vacío de coca-cola con dos hielos, medio derretidos, sobre la mesa, y aceptará el apretón de manos.

De cerca, son sus ojos azules lo que recuerda el frío de los pargos.

3

Lo imagino de la siguiente manera.

Barranquilla, febrero de 1950. El lugar, el Happy Land, una tienda de abastos con botellas tras el mostrador que adquirió la consideración de café y, finalmente, de bar, con sus borrachos de diario y las fiestas de fin de semana. Vinyes ha ocupado su mesa de costumbre y ha pedido pescado frito con patacones. Insípido, pese al aderezo, pero mucho más apetecible que la idea de someterse al mandato de su esposa de comer en la cocina.

Se seca el sudor pegajoso de la frente con un pañuelo y saca el cuaderno del bolsillo de la chaqueta de lino claro, decidido a ponerse al día con la correspondencia. La primera carta será para Elena; la echa de menos. ¿La echa de menos? Fija los ojos en la marea de transeúntes despreocupados de la calle, hasta volver a tenerla enfrente. Está a más de 10.000 kilómetros de casi todo lo que le importa. Cierra el cuaderno, alguien se ha acercado. Da un último trago a la coca-cola y acepta la mano que tiende un joven de tez oscura, y expresión amable, con el pelo largo, bigote ralo y una despeinada barba de chivo que le afea. Dedos largos y velludos.

El ventilador y la sordera de Vinyes entrecortan sus palabras. Oye, como en un telegrama: «Gabito, mi madre, diez pesos, Aracataca».

¡Bum! Reconoce al recién llegado.

—A tu edad, los diminutivos no traen nada bueno.

—Claro, don Ramoncito.

—Desde los trece, no permito que me llamen nada que no sea Ramon.

A Gabriel José de la Concordia lo llaman Gabo o Gabito desde que tiene uso de razón y replica que, en su caso, no habrá quien lo cambie. No le puso remedio a tiempo. Toma una silla y la acerca a la mesa de mármol. Ciro, curioso, sale de detrás de la barra, retira el plato de Vinyes y pregunta qué quiere tomar al recién llegado.

Una botella de vino, con dos vasos.

Don Ramon solo puede prestarle seis pesos. Gabriel está a punto de rechazarlos y hace ademán de levantarse.

—¿Qué hay en Aracataca para que tengáis que viajar con tanta urgencia, joven?

Le cuenta que es una ciudad aburrida donde está la casa que ha heredado su madre, pero la dibuja con tal riqueza de detalles que Vinyes no se aburre, sino que se adentra en el hogar de la infancia caribeña del recién llegado y en una certeza. Tiene el don de narrar.

El plan de su madre, prosigue, es incendiarla. Menuda coincidencia: por la mañana, don Ramon fantaseó con prender fuego a la casa de los Salazar, con su esposa y familiares dentro, y se ríe.

—Nada de venganzas, al contrario. Es la costumbre de una ciudad vieja y supersticiosa, don Ramon —explica Gabriel—. Un buen incendio ayuda a los espíritus a entender que es hora de marcharse.

Vinyes, acostumbrado a desconfiar, está complacido de que haya recurrido a él, tras casi un año desaparecido. Había pasado unos días en Barranquilla y su simpatía con mostacho juvenil es contagiosa. Lo había destacado antes que nadie cuando lo reseñó como nuevo cuentista prometedor en *El Espectador* de Bogotá, hacía dos años. Otra casualidad. En el cenáculo, tuvo que mostrarles a sus colegas el artículo que ni habían leído para que le creyeran.

—Fue un honor —se emociona Gabriel—. Había oído hablar de usted en la tertulia del café El Molino y le admiraba. Me impresionó ponerle rostro de forma tan inesperada al autor de la reseña.

Sin embargo, el joven partió para completar su carrera de derecho en Bogotá, la capital remota y lúgubre, en perpetua llovizna, plagada de mendigos con úlceras, entierros, olorosa a hollín y a muertos en vida. Vinyes no había vuelto a saber de él.

No estudia mucho, cuenta, pero saca buenas notas. Pretende ser abogado. Una verdadera lástima. «Otro aspirante a escritor que se entrega al tedio», recuerda Vinyes que sentenció en su diario, convencido de que no volverían a cruzarse.

Y aquí está. Sentado frente a él, listo para pedir dos vinos más y alargar la conversación.

—Menos mal que los profesores nos facilitaban el conocimiento de las obras de Freud, las profecías de Nostradamus y el marxismo, o me hubiera marchado antes. No creo que logre licenciarme, don Ramon, he abandonado la Facultad. Trabajo de lo que salga y escribo, como me recomendó usted.

—Ahora me dirás que es culpa mía estar pelado y sin carrera.

Vinyes trata de recordar, en vano, desde que se han dado la mano y lo ha reconocido, el título de aquella novela que Gabriel tenía en marcha. La revisó hace un año y medio y le sugirió algunos cambios. Calculo, al margen, que faltan diecisiete años para que la termine y la publique. Treinta y cinco para que yo la lea por primera vez. Un manuscrito milagroso salvado sucesivamente de un incendio, de los empeños, del extravío en un taxi, o de dormir en un cajón para siempre.

«Un buen cuentista colombiano, Gabriel García», escribió en la reseña; se acuerda de lo que quiere. El joven sonríe, sorprendido por la memoria de elefante de Vinyes que por fin se le queja de no haber venido a verle antes. Los colegas del cenáculo han informado bien a

Gabriel. Don Ramon se ha agriado. Confiesa que han pasado dos meses desde su regreso.

—No se adquiere un buen estilo si no se leen al menos media docena de autores de primera cada mes. Un escritor se nutre de escritores, no hay más. ¿Has leído los libros que te enviamos? Los de las tres cajas de madera. Dime que sí, y tampoco te tendré en cuenta que nunca respondieras a mis notas de lectura.

—¿Las escribió usted? Iban sin firmar. ¡Cuánto se las agradezco! Menudo tesoro, las anécdotas de las notas. La pulmonía me tuvo tres meses en cama e hicieron que la convalecencia se me pasara volando. «Insiste», recuerdo que decía una. Desde entonces, y espero que para siempre, insisto cuanto puedo.

De pronto, la memoria florece.

—La casa.

—¿Qué casa, don Ramon?

—¿No se titulaba así aquel manuscrito de seiscientas páginas?

—Me sorprende que lo recuerde, con lo mucho que lee usted.

—Me gustó cómo me lo presentaste. «Cada personaje no es solo un ser o una persona, es una comunidad» —dijiste—. «Los territorios pobres y su gente son la casa». Dime, ¿has avanzado con ella?

Vinyes la leyó encerrado en la hacienda de los Salazar, durante aquella semana en la que los vientos alisios de Barranquilla soplaron con tanta fuerza que arrancaron decenas de árboles del paseo. Al terminar de comentarle las posibles mejoras del manuscrito, le dio un consejo que tampoco ha olvidado. «Hay que trabajar mucho, y para siempre». Suprimir, corregir, despedazar cuartillas, hasta que uno puede dar por buenas apenas un par de páginas. Y volver a empezar.

—Me tiene obsesionado, pero está estancada.

«No corras, no hay prisa». Aún le parecía que no la había.

—No sirve, ya; pero podrías leerlo.

Camina por la habitación como un animal enjaulado. Le ofrezco la lectura del manuscrito impreso que acaba de traerme de la copistería y ya he modificado. Nunca es la versión definitiva. Hace una semana, le animé a leer *Cien años de soledad*. Le ofrecí el ejemplar, arrugado y mellado, que atesoro desde la infancia. Lo rechazó, sin mirarlo. Trastorno por déficit de atención, diagnosticado, se excusa y sonrío, travieso.

—He visto la serie. El mundo ya conoce a García Márquez.

—Pero no lo que alguien es capaz de sacrificar por escribir —replico—. Ni el tiempo y esfuerzo que requiere.

No suele llamarse amor a alejarse, pero entre ocho y doce horas al día —desde hace dos años y medio— lo es entre Miguel y yo. Es este metro cuadrado de tierra firme, este rincón solo mío con pilas de versiones sucesivas de la historia donde me atrincheró y desde donde le doy la espalda a todo.

—Te convienen mis interrupciones, amansan a la fiera. Déjalo ya y ven a cenar —insiste, en vano.

Dice que tengo amor dentro de mí, pero no sé usarlo. Le recuerdo nuestro trato. En nombre de la paz, sostendremos nuestra vida en común así. Miguel saca un folio del paquete de quinientos que acaba de traer y lee la primera página, en voz alta. Don Ramon y yo

levantamos la cabeza y nos miramos. A través de su cuerpo. Está, de pie, detrás de Miguel. El mundo gira. El cursor parpadea.

La lectura prosigue, Miguel cada vez más animado, y yo corro, sentada, empapada de sudor, con agujetas y la respiración llena de humo. Releo arriba y abajo e introduzco cambios en mi texto. «Hay que trabajar mucho, y para siempre».

Escribir y reescribir no arregla nada, pero es lo que tenemos.

Febrero, el mes más ventoso y con menos precipitaciones del año, suele ser la mejor temporada para visitar la capital del departamento del Atlántico. La escasez de lluvias reduce los charcos y el lodo omnipresentes. Sin embargo, el clima tropical es imprevisible y una breve tormenta ha bastado para devolver el barro a las aceras y los mosquitos a cada rincón de los hogares.

Las dos aficiones de estos insectos del demonio, hacer ruido y engordar, los asemejan a la nueva Barranquilla. En las tres décadas transcurridas desde la primera llegada de Vinyes, el progreso ha desbordado la infraestructura decimonónica de techos de paja con algunas avenidas arboladas y pavimentadas, una red de alcantarillado y un acueducto.

La casa de los Salazar se alza en esta zona remozada en el noroeste de la ciudad, repleta de viviendas espaciosas y con almenas casi idénticas. El aburrimiento convertido en paisaje urbano. Solo los jardines frondosos de mangos y perales salvan la monotonía.

Desde el despacho de don Ramon, bajo el aguacero diluvial fuera de tiempo, oímos desfilar una procesión de disfrazados que tocan tambores de gran tamaño frente a las rejas del antejardín. Ensayan para el carnaval, trasplantado al Nuevo Mundo por los colonizadores castellanos y portugueses, y su compás es africano y caribeño.

Invitan al baile y a la evasión, lo que contrasta con nuestra reconcentrada inmovilidad.

Para no ceder al impulso de rascarme las picaduras, leo y distraigo la mano con una rama que asoma por la ventana, con flores con abejas diminutas y hormigas de cabeza roja adormiladas por debajo de las corolas, acostumbradas a desafiar así los chaparrones e inofensivas. De vez en cuando, también recorro con la vista el papel pintado con aves zancudas a juego con la tela de las sillas.

–¡Qué delirio de decoradores! –exclamo, y me abanico.

–Lo arreglaron en los buenos tiempos –murmura, sofocado como yo.

Vinyes lo recuerda bien. Estando casado con María, mientras él pasaba penurias en un barracón de Toulouse a la espera de un barco que lo sacara de la Europa en guerra, madre e hija Salazar contrataban, a precio de saldo, a decoradores que huían del conflicto con sus catálogos europeos bajo el brazo. Cortinas pesadas, candelabros descomunales, muebles dorados. En el viejo continente se derrumbaban imperios; en el nuevo, restauraban mansiones.

Ahora la casa se cae a pedazos por la humedad, y en cada habitación han vuelto a colgar los Sagrados Corazones de Jesús. Como el que preside su escritorio, enmarcado de rojo, junto al retrato del difunto suegro, don Clemente Salazar. Dos imposiciones de doña Adriana para exorcizar del rincón de trabajo, y de su ánimo, el espíritu anarquista del yerno.

Vinyes escribe a su hermano Pepet para que diseñe los escenarios y el vestuario de la obra que se estrenará en Barcelona. La primera que dirige a distancia, por carta.

Don Ramon levanta la cabeza de su escritorio. Da un vistazo al reloj de pulsera suizo y antimagnético; yo, al móvil. Son las once y media de la mañana. Se despereza, suelta la pluma y aguza el oído.

Se asoma a la escalera de caracol y pide desde el rellano un café helado. Nadie responde, bajamos los peldaños enmoquetados. Vinyes da un traspié y se sujeta en la baranda de bronce, «¡esto es

intolerable!». Descendemos el último tramo a trompicones, traspasamos umbrales hasta la cocina.

Su distribución es sencilla y tiene una estufa doble en el centro. La chimenea, negra de hollín, atraviesa el techo, exageradamente alto.

A pesar del calor, es el rincón más despejado y habitable de la casa, y donde Vinyes sobrelleva mejor su papel de consorte sin voz ni voto. Sobre todo, gracias a Copelia, la vieja cocinera de los Salazar.

Nada más verlo, con media col en una mano, enciende en el fogón un cigarro para Vinyes y otro para ella; se dan los buenos días, tosen juntos y se ríen. El buen humor de Copelia es contagioso, como su habilidad para hacer varias cosas a la vez: da instrucciones a tres ayudantes que entran, en la despensa, botellas y cestos, corta puerro, apio y perejil, aparta desperdicios para las gallinas, llena de agua una olla y le sirve una taza de café.

—¿Sabe dónde podría encontrar a doña María?

—En el comedor principal, ¡desde las seis está de bulla!

Vinyes apura su tazón, lo friega y enjuaga. Eso también la divierte. Como, a él, enterarse por la cocinera de que su mujer hace gárgaras diarias de jugo de limón con miel para mantener la voz delgada. ¡Si cada día está más gruesa, toda ella! Y rubia por un peluquero bogotano que la convenció de que le convenía el estilo Hollywood.

Salimos de la cocina, guiados por los gritos de la esposa que se encuentra en la sala de estar. Regla de latón en mano, riñe a una criada, casi una niña, por la distancia entre los platos y los cubiertos. María Salazar posee un rostro agradable y sensual, del que destacan unos ojos terribles.

—Me tienen haciéndolo todo; esta mañana hasta me tocó despertar a las muchachas. Ahora que te veo... olvidé informarte.

Con un mohín coqueto, se abanica y desgrana el plan. Don Ramon va a comer en la cocina, antes de que lleguen los invitados. Es eso, o marcharse. A comer fuera, dar un paseo o lo que considere.

Él se niega. No oculta su descontento.

—¿No ves que hacía años que en esta casa no disfrutábamos de la compañía de políticos importantes? Ya que han tenido el buen gusto de aceptar la invitación de mi familia, no podemos estropearlo con tus diatribas —sermonea, de brazos cruzados, en escorzo.

—Claro, sería preferible no incomodarlos... Pero no.

—Ramon, no hay más que hablar, a Copelia le ha quedado magnífico el sáballo con pasas. Comes en la cocina, o lo suben a tu habitación.

—¿Como un proscrito?

—Me lo debes, Ramoncito. Compórtate.

Y cita, de memoria, su párrafo preferido de la autorización que sus padres le firmaron a Vinyes: «quedará libre de los cargos con el compromiso de que no podrá dedicarse a actividades políticas o que alteren el orden público, bajo pena de que se le cancele el permiso de residencia».

–Le perdono la parsimonia, Ciro, también voy con la antipatía alta. ¿Ha tomado buena nota de mi arretrato de esta mañana? Sírvanos y, luego, no dude en correr a contar a los Salazar que ha oído que sentí ganas de quemar la casa.

Vinyes acompaña la diatriba con un gesto con los dedos de dos vasos más.

–¿Sabes qué, Gabriel? Mi impulso, cuando vi lo difícil que era encontrar siquiera un rincón en el teatro catalán, fue quemar las naves. Soy de mecha rápida, lo admito. Mi hermano Joan me lo dice siempre: esos prontos y mis posteriores alejamientos no conducen a nada. Razón no le falta.

Brindan.

–Por la paciencia.

El vino barato hace estragos. Han perdido la cuenta de las rondas. Salen a que les dé el aire.

–A ver si nos despejamos, ¿verdad? –grita Ciro desde detrás del mostrador, cada vez más serio.

Vinyes no se inmuta, fuma, como Mallarmé, un cigarrillo tras otro para interponer una nube de humo entre la humanidad y él. Buena receta, ¡qué diablos!

–Don Ramon, cuidado –insiste el tabernero–, depende de uno elegir el licor, pero sobre todo lo rápido que se llene o se vacíe el vaso.

Se ha hecho tarde. Gabriel lo sujeta del brazo para que no pierda el equilibrio. Vinyes se palpa las sienes y se afloja la corbata.

–Vámonos, tienen que cerrar.

–Con veinte años, ¿en serio no puedes aguantar mi ritmo? Estoy bien.

–Ya veo. Por cierto, cumplo veintitrés en marzo.

–Lo repites... ¿para que te felicite, o te envidie? Créeme, cuando tengas mi edad sabrás lo que es sentirse cansado de veras. Acabo de recordar por qué solo bebo coca-cola. Viejo y borracho.

Alcanzan el portal de la calle Real, más conocida como la calle del Crimen, justo cuando bajaba Elvira, llave en mano. La ha avisado una compañera que Gabriel ha localizado en una esquina de la plaza y va a colarles en esta colmena. Vinyes la saluda rápido con un piropo, en vez de darle la mano, porque está a punto de vomitar otra vez.

–No grite. Si el portero me ve –dice Gabriel–, no entraremos. Debo dinero.

–Bajen la voz, las paredes del Rascacielos son de papel, y tiene malas pulgas –susurra Elvira.

Gabito se lleva un dedo a los labios y bromea en voz baja.

–Es cierto, Vinyes. Aquí he conocido de oídas los secretos de funcionarios de alto rango, generales y hasta dignatarios. No imagina las historias que cuentan.

–Buen ambiente para escribir. Un cuarto con paredes de papel. Pero prefiero las cañerías.

Gabriel, apoyado en un banco, se sacude el pantalón empolvado.

–¿Cañerías, dice?

–Lo aprendí de Rilke. Se inspiraba escuchando a los vecinos mientras se lavaba las manos.

Gabriel no sabe si la verborrea etílica de Vinyes, sobre cualquier tema, lo deslumbra o lo entenece.

–Por cierto, esta muchacha, ¿es tu novia?

–Depende –responde, pícaro.

–¿De qué?

–Del trabajo que ella tenga. Intento dormir bien acompañado, y ni ella ni sus amigas se quejan. No son como la hija de don Demetrio, el boticario, de la que le hablé.

–¿Elvira es prostituta? –suspira Vinyes–. Me parece triste. A tu edad y la suya.

–¿No era usted republicano? ¿No inventaron el amor libre?

–Eso fue cosa de los comunistas –le corrige, con tono doctoral–. ¿Acaso la prostitución te parece un acto de libertad?

–No se exalte. Soy su pasatiempo cuando no tienen clientes y se aburren. Sobre todo, me invitan a cambio de que les escriba cartas.

–¿Y por eso no tienes novia?

–Eso es porque soy un caso perdido.

Vinyes tose una risa.

–No será para tanto. Los casos perdidos de verdad son los poetastros de Barranquilla con versos como «Hazme caso, ingrata, quiero acostarme contigo».

Gabriel y Elvira se ríen a carcajadas.

–¿Y cómo dijiste antes que se llama esa boticaria que te gusta?

–Mercedes.

–Tengo una hermana que se llama así. Mercè. Bonito nombre. Es la patrona de Barcelona.

Gabriel asiente, pensativo.

–¿Y usted, don Ramon? ¿Elegió a su esposa, o ella a usted?

–Es una larga historia...

Se acercan tres borrachos a trompicones, y miran a Vinyes de arriba abajo.

–Voy tan bien vestido que llamo la atención –los desafía, como si no pudieran oírle.

–Nos preguntamos de qué va disfrazado –responde el más joven, casi un niño.

–Voy de viejo modernista catalán.

–¡Pues es el día de quitarse las máscaras! –gritan dos, al unísono, y el que no había hablado le lanza un huevo que impacta de lleno en su barbilla. Salen corriendo.

Revisa la pechera de la chaqueta manchada y trastabilla.

–*Fills de puta!* –exclama, y hace reír a sus amigos.

–¿Se ha hecho daño? No tema, son huevos rellenos de agua.

–Mira de abrirnos ya, Elvira, o voy tras ellos –y estornuda–. ¡Me han remojado bien!

–Aguante, ya queda menos. Cuénteme, ¿cómo es publicar, don Ramon?

–¿La verdad? Se siente un gran fracaso.

–¿Fracaso?

–Por mucho que escribas, nunca estás contento. Incluso si lograras escribir tu gran obra, luego tendrás que escribir otra. Pero no me hagas mucho caso. Soy viejo y ya no me publican casi nada. Ni bueno, ni malo.

–No puede decir eso, usted triunfó –recrimina Gabito.

Este joven, infante cuando Vinyes ya estaba aburrido de fracasar, magnifica los hechos. Lo que no se ha vivido siempre se idealiza.

Vinyes se burla. ¿A esto suyo lo llama triunfar? ¿A haber atesorado obras que nadie quiere representar ya y haber aparecido en un tomo de la Espasa de 1924? En una enciclopedia autoproclamada árbitro del saber universal, con una entrada obsoleta.

–No te creas nada. Ni bueno, ni malo. He tenido críticos que calificaron algunas de mis obras de pura basura, sucias e indignas. Paparruchas, tanto lo uno como lo otro. Triunfar es poder elegir qué

te quita el sueño, y en eso estoy. De momento, lo que opinen o hagan los demás no me lo quita.

–¡Silencio! Solo le quita el sueño el vino del Happy. Ha quedado claro.

Por fin, el portero se desabrocha la guayabera blanca, que a duras penas le llega a la cima de la barriga, y apaga la luz de su cubículo. Se ha ido a acostar, dice Elvira, y abre el portal.

–Por la escalera de la izquierda.

–No voy a beber nunca más, Gabriel, me entra el pesimismo y no se me va. Aunque, ¿qué digo? Con o sin vino, es mi estado. Natural. Cotidiano. Pero eso no significa que me guste. ¡Maldita sea!

–No se maltrate tanto, que nos appena –tercia Elvira–. Por aquí, se cura tirando huevos o bailando hasta en los entierros.

Lo toma del brazo para ayudarlo a mantener el equilibrio. En su escote, Vinyes advierte un sutil efecto de manzana marchita. Se lo alaba, la llama fruta prohibida. Ríen. Observa que ella es una década mayor que Gabriel, como mínimo.

–Siempre se es joven o viejo respecto a alguien –canturrea, divertida.

Vinyes resopla cada rellano y rezonga que Gabito va ligero porque es joven. Tanto, que aún tiene espinillas. Lo compara con una calabaza peluda y añade que ambos podrían ser hijos suyos. Los escalones, húmedos, apestan a orines, igual que la entrada. Cuarta planta. La muchacha abre una puerta cubierta de arañazos que dibujan iniciales y palabras soeces.

–Espéreme en la cama y lo rejuveneceré en un santiamén – propone Elvira.

Vinyes tose, se ahoga.

–No pierdas el tiempo –interviene Gabriel, y le guiña un ojo.

El catalán se ruboriza y se frota la frente.

–Hoy hemos hablado de muchas cosas, don Ramon.

—Ya veo. Y más de la cuenta —tartamudea, los párpados contraídos como dos almejas—. Lo mejor será que me marche, tal vez para lanzarme al mar.

Silencio. Después, risas. Pero no de burla, como esperaba.

—No se preocupe. Si los de Barranquilla que comparten su inclinación hicieran lo mismo, nuestras aguas estarían más concurridas que una Exposición Universal. Se encuentra entre amigos.

Aturdido, Vinyes asiente. Esperaba que se abriera la grieta de algún juicio velado, pero Gabriel solo propone preparar café.

Con una palmada en el hombro, lo encamina a la cocina. Elvira se acerca a Gabriel. La rodea por la cintura y le besa el cuello. Luego, la joven se vuelve hacia Vinyes y da las buenas noches con respeto en los ojos, olorosa a agua de lavanda. Con un beso en la mejilla, anuncia que va a acostarse; anoche, apenas durmió. Don Ramon saborea el café con una revelación tan simple que casi le avergüenza no haberla tenido antes: su celoso secreto no importa tanto. Tal vez nunca haya importado.

—Me caes bien, muchacho.

—Y usted a mí. No sabe cuánto lamento haberle abordado este mediodía como un mendigo y haberle puesto en este estado. A ver si este café lo arregla. Pero no se marche demasiado pronto a casa, charlemos, su esposa merece una buena lección por tratarle como me ha contado. Para que le respete.

—¿Y qué vas a saber tú de eso, si ni tienes novia? Déjalo y háblame más de ese viaje a Aracataca.

—Eso sí que es complicado, créame. Mentí para impresionar a mis padres, dije que tengo un buen sueldo en el diario.

Como cuando, de pequeño, mientras compraban ante él los regalos de Navidad para sus hermanos, fingió que no se percataba de la inexistencia de Santa Claus.

—Mi madre apareció ayer, dio conmigo aquí y se enteró de cómo he malvivido en Barranquilla desde que llegué, en diciembre. Gemía de desilusión «porque se te está pudriendo el seso de tanto andar al revés, durmiendo de día y aventurado de noche como la gente de mala vida». Y no se me ocurrió otra cosa, para compensar eso y los doscientos pesos que me habían dado al partir, que decirle que yo pagaré los pasajes. «Eres un buen hijo, Gabriel José», me respondió. He pedido un préstamo al gerente del periódico, y dice que ni hablar. Luego le he pedido el dinero a usted. Para nada.

—¿Cómo que para nada?

—Recuerde que debo el peso y medio diario de mi cuarto, de toda la semana y, de momento, en *El Herald* solo me pagan uno por cada Jirafa.

—Las leo, son buenas. ¿Por qué llamaste Jirafas a tus columnas?

—En honor a Mercedes. Su cuello es tan largo y esbelto que me evocó, en sueños, la silueta de una jirafa. Como le decía, anteayer le dejé la carpeta con el original de mi novela al portero, como fianza. Me temo lo peor. Si no pago mañana, terminará en la basura; ese bruto me la tiene jurada.

—¿Eso es todo? Mañana te la recupero.

—No se preocupe, le diré a mi madre que vaya sola. Nunca han creído en mí, no importa decepcionarlos más. Cuando confesé a mi padre que estaba pensando en dejar los estudios para ser escritor, dijo que acabaría comiendo papel. Quizás es hora de darle la razón.

Vinyes reprime un bostezo.

—Ya veo. Te esfuerzas por sentirte mal.

—No, no es eso.

—A veces pasa.

Ahora es Gabriel quien se pone colorado.

—Avanza a tu paso. Te digo, por experiencia, que nadie tiene derecho a exigirte más.

Vinyes se levanta, camina al excusado, orina y se enjuaga la cara. El agua del grifo sale marrón y a trompicones. De regreso, retoma lo otro que iba a decirle.

–Termina una novela y publícala para saber si vales o no, y basta ya de lamentos, Héctor...

El lapsus confunde a Gabito, pero más a don Ramon.

–¿Héctor?

Héctor, de vuelta. Uno puede olvidar un acontecimiento, un asunto pendiente, pero no a un enemigo. Nunca se borran del todo, aunque sean mínimos, aunque uno esté equivocado. Vinyes baja la cabeza y apura el café. El humo del cigarro y los ojos del joven se desvían hacia su cara; contiene la tos.

–¿Quién es?

–Alguien de otra época, como yo.

Gabriel, que se balancea y busca una postura más cómoda, observa que Vinyes ha bajado la mirada. Sus dedos regordetes juguetean con el paquete de cigarrillos, mientras sus ojos se detienen en la punta de sus zapatos embarrados.

–Han quedado inservibles. Como yo. ¿Sabes qué? Jugando a ser sabio y artista, convencido de que la vida era eso que leía en los libros, mi vanidad facilitó un doble crimen perfecto. He malgastado demasiado tiempo persiguiendo un reconocimiento que quizás no merecía. Fui de los más ansiosos de gloria de mi generación. Pretendía ganar siempre a la primera, y achaqué mis fracasos a la fortuna adversa o a la envidia. Hablemos de cosas alegres, prosigue con esas aventuras que te esperan con tu madre en Aracataca, por favor.

–He dicho que no iré, don Ramon.

–Ya veo, los dos andamos *fotuts del cul*. Debes ir. ¿Dónde está el problema?

–Soy el hijo mayor. No esperaban esto de mí.

–Acostúmbrate, lo serás para siempre. ¿Y qué crees que esperaban?

–Que me licencie, consiga un buen trabajo y sea un ejemplo para mis hermanos.

Diez hermanos menores. Vinyes tuvo que lidiar con seis. Gabriel añade que, justo la semana en que abandonó la carrera de Derecho, sus padres, ignorando que ya había dejado los estudios, le habían enviado una máquina de escribir moderna, liviana, como recompensa por su esfuerzo estudiantil.

La empeñó por unos pesos. Y los gastó de parranda.

–Fue durante el Bogotazo. Tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Los bogotanos, indignados, incendiaron y saquearon, incluida la tienda de empeño donde yo esperaba recuperar mi máquina.

–Para, muchacho. Nadie sabe nada de antemano. Ni tú eres adivino ni tus padres escritores. ¿Cómo podríais entenderos? Yo sí les entiendo a ellos. Ya ves qué viejo soy, que lo entiendo casi todo – Vinyes, agotado, respira hondo–. Escribe a diario. Aunque lo que tengas que decir no sea más que ruido y desolación. Y, sobre todo, lee.

Le lanza uno de los libros que cargaba en el bolsillo de la chaqueta desde la tarde anterior. Es *Luz de agosto*. Gabriel hojea una página al azar y lee en voz baja un subrayado de lápiz. «Nada abriga tanto como saber que el otro tiene más frío». Cierra el libro y da las gracias.

–Acepta esta aventura que propone tu madre. Complácela, y a lo tuyo.

–¿Lo mío?

–Escribir hasta que tu madre, tu padre y tus hermanos entiendan que lo haces por ti. Por nadie más.

Apaga la vela con las yemas de dos dedos.

—O no escribas.

Gabito se rinde.

Tumbado junto a Elvira, se abraza un hombro y se duerme al instante. Un niño indefenso.

Miguel, diez años atrás, justo cuando empecé esta novela, me había leído, dijo. Compró uno de mis libros y fantaseó con conocerme.

–Has publicado muchos.

–Porque no me gusta mi vida –recuerdo que respondí.

No me gustaba ni sola, ni acompañada, pero hablamos de vivir juntos, de los lentos y laboriosos laberintos de nuestras biografías, y de cómo se disipa mi ansiedad cuando logro aislarme.

No sé si invoqué a Miguel, o él a mí. Pero sí que a Vinyes tampoco le gustaba su vida cuando la compartía con María Salazar. Los ladridos desesperados de un perro insomne le impiden concentrarse. Poner sus ideas en orden, a pesar del ruido. La literatura es, en gran parte, una pretensión de utilidad de los silencios y de la memoria.

Sin embargo, a veces la memoria ladra y, ahora, la historia extensa que Vinyes elude explicar a Gabriel se encoge. Hasta quedarse en maldecir, airado, un día de veinticinco años atrás.

Ella apareció en su querida y malograda librería: guapísima, alegre, sonrosada, aficionada al teatro y a leer un poco. Se hizo clienta.

Se la había presentado su hermano, el político y periodista conservador don Pedro Salazar Blanco. Con presuntuoso cosmopolitismo, falso refinamiento, viajes, discursos rimbombantes y cosméticos parisinos, le engañaron juntos. O Vinyes se quiso engañar. ¿Cuál es la diferencia?

En tres meses, ella suspiró por casarse, y él se prestó. Ser el marido europeo de la ya no tan joven Salazar. Luego, el lecho común, la mesa común, la vida en común...

María apenas mostró interés por el trabajo de su marido, como tampoco Miguel por mis cuadernos y papeles amontonados. De hecho, le molestan. Tampoco a mis parejas anteriores les gustaban. Quizás por lo que hacía con ellos. Lo personal, lo íntimo, organizado en preguntas cada vez más certeras.

Solo mi abuelo me animó. A hacer preguntas incómodas y escribirlas. Sobre nosotros. Los demás recelan ante la posibilidad de ver revelados sus personajes.

—¿Aún no has terminado la novela?

Miguel trata de acercarse. Lo pregunta con la fascinación del científico que, tras meses de estudiar el fuego, por fin extiende un dedo hacia las llamas.

Parpadeo y me aferro, con todas mis fuerzas, a Ramon y Gabriel, decidida a transformar mi obsesión, esta laboriosa tarea, en algo de lo que enorgullecerme. Algo que ahuyente a esa voz mía que, cuando no me mantengo ocupada, me increpa.

Escribe para ti. Por nadie más. O no escribas.

Las palabras de don Ramon me han hecho dudar. La llama de la vela parpadea y proyecta sombras que ponen en danza los lamparones de las paredes y mis inseguridades. Hay una fisura en mi método, me digo, y debo repararla. Enfrente de donde el pensamiento teme entrar, construyo mi trinchera.

Me siento, muy recta, ante la pantalla. Hago equilibrios para pasar de mis impulsos de fuga a la disciplina que exige esta investigación. Bajo la luz oblicua de la llama, los renglones bailan. También, los papeles desordenados y la biblioteca.

Con la cabeza gacha, releo hasta que Gabito se duerme junto a Elvira y Vinyes ve un niño indefenso. Yo, a mis cincuenta años, y

completamente desorientada, pienso en la niña indefensa con tanto que decir en la punta de la lengua, y que no decía casi nada, y me pregunto si aquello que no decimos a tiempo queda, extraviado, en algún lugar.

«Cuando se pierde algo», decía mi abuela, «se busca con urgencia otra cosa». Y entonces, de inmediato, aparece lo que realmente queríamos encontrar.

Mi hijo Juan también lo sabe. Por eso revisará mi mesa en cualquier momento de la tarde y, sin querer, por accidente, o mientras buscaba mi cartera para sacar unas monedas para el bar del instituto, leerá estas páginas y se verá incluido en ellas. Dirá:

—¡No quiero que escribas sobre nuestras vidas! ¡Eres mi madre!

Le explicaré que tiene derecho a enfadarse. Como yo, a hacer lo que hago. Y lo anotaré. En servilletas de bar, en el cartón de los yogures, en el reverso de los recibos de la luz, no importa.

Su abuela —mi madre— me exigió lo mismo.

—No escribas sobre nosotros.

Por lo que pudiera contar.

Gabito, tumbado junto a Elvira, es un niño indefenso.

Duermen y Vinyes vela, atrapado en su espiral de recuerdos. Ahí donde lo han dejado las últimas palabras del joven. Se ha atrevido a señalar lo obvio. Don Ramon piensa demasiado. Quizás, siempre las mismas cosas.

Una es la culpa, una planta resistente y venenosa. Rememora desventuras. El capítulo de la dictadura del general Primo de Rivera, aquel autoproclamado poseedor de una autoridad divina, sin votaciones ni escrutinio. Como tantos intelectuales, Vinyes calló y no publicó nada en contra.

Examina las consecuencias. Piensa en la juventud y las oportunidades que perdió a causa de la violencia. Sin embargo, nada le sirve para responder la pregunta que no deja de acosarlo. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Aquí. ¡A esta aspereza de lija en medio del pecho!

El muchacho tiene razón. Vinyes ya no sabe si sufre por convicción, por costumbre o por puro agotamiento.

Cuando amanece, ha abrazado una serie de cambios que amenazan con tambalearlo todo. A las ocho, decidido a ponerse en marcha cuanto antes, vacía en el cubo de basura el cenicero repleto, testigo de esta larga noche, y se acerca a la cama. Observa a Gabriel, antes de despertarlo, con una mezcla de curiosidad y ternura, como si se tratara de un hijo.

—Muchacho, levántate. Doña Luisa Santiago estará ya en el embarcadero.

Estrena una voz de padre postizo que no sabía que tenía. Y un impulso de apacible protección.

Gabriel suelta un bufido, pregunta la hora con los ojos cerrados, aparta las sábanas de una patada y despierta a Elvira.

Ella gruñe, se tapa la cara y se da la vuelta.

¡Qué pálidos, a la luz del día!

Vinyes se asea y trata de recordar los agujeros negros de la conversación desmemoriada que iniciaron en el café, por la tarde, y aún no ha terminado. Insomne en una de las habitaciones de las chicas del burdel. Le duele la garganta y siente las piernas entumecidas. No entiende cómo se animó así. Medita sobre su actual falta de voluntad para cambiar o evitar nada, tan opuesta a la de este valiente jovencito que parece un espejo de lo que alguna vez fue él.

Orina con la puerta abierta, se viste a toda prisa, y le tiende a Vinyes el sombrero arrugado que ha encontrado dentro de la bañera.

—No es el mío. Alguien me daría el cambiazo, anoche.

A este burdel le faltan las toallas de Francia y el jabón de lavanda inglesa de su cuarto en casa de los Salazar, para estar a su gusto, comenta con Elvira, que ya sonríe, divertida también al descubrir a Vinyes repeinado y presentable. A Gabriel se le escapa un estornudo y el polvo flota en los haces de luz diurna que atraviesan la ventana.

Vinyes busca el perchero y, de refilón, sus orejas aparecen en el espejo del diminuto recibidor. Son las de su padre. Entre las manchas del azogue ennegrecido, se reflejan también su nariz de boxeador y los dientes que el tiempo ha desencajado. Odia a este Ramon Vinyes, el que no quiere ser, el que se parece tanto a don Pere. Distingue en su rostro más pruebas. Ese lunar difícil de afeitar de la mejilla derecha, el párpado algo caído. El rictus triste de los labios.

¿Será esto, hacerse viejo? Parecerse cada vez más a los padres y gustarse cada vez menos. No queda café. Se vuelve hacia Gabriel, que acomoda las sillas.

–Menuda noche... Lo único que no me duele es el reloj.

No le oye por el chirrido del tranvía que pasa y por la señora que vocea que vende fruta fresca, tisanas y panecillos.

–Daría cualquier cosa por tener veinte años, Gabriel, y volver a intentarlo todo.

Elvira, que había subido a la ducha comunal de la terraza, no los ha escuchado despedirse.

Una vez abajo, de nuevo junto al portal del Rascacielos, desordenan charcos sembrados de larvas de mosquitos y colillas mientras llaman al timbre para fingir que llegan de la calle. Vinyes mira, pensativo, las puntas embarradas de sus zapatos. Ya no tiene tantas ganas de hablar. Tocan un par de veces más, hasta que, por la estrecha abertura de su garita, se asoma Dámaso Rodríguez.

El portero los recibe con una mirada que combina socarronería y amenaza. No hace preguntas. Es probable que ya sepa que han dormido en la habitación de Elvira.

Negociar con él la devolución del manuscrito ha resultado sencillo.

Vinyes salda la deuda del joven con su chaqueta italiana y las gafas de sol. El negro Dámaso toma el botín con cuatro dedos roñosos, se coloca las gafas en lo alto de la cabeza, como una diadema para su pelo ensortijado y, satisfecho con el trueque, entrega el manuscrito secuestrado.

Gabriel quiere parar en un banco a revisar que todos sus folios siguen en la oscura seguridad de la carpeta de piel de camello. Vinyes le apremia, hay que correr a la estación, tal como habían acordado.

–Parecemos dos perros callejeros, don Ramon –exclama, sin aliento–. No sé si nos miran más la ropa arrugada, o la cara de

sueño. ¿No nos vendría bien un café, antes?

Vinyes, sin su chaqueta de lino y con un sombrero ajeno, se siente desnudo, pero feliz. Ignora si por el cambio de vestuario, o por la compañía, algo dentro de él se ha aflojado. Con una sonrisa de oreja a oreja, le comunica que nada de cafés, que tiene cosas que hacer, pero lo acompañará un trecho.

—Al menos hasta asegurarme de que tomas la lancha con tu madre. Y ten, no lo quiero —Gabriel lo rechaza—. Deberías llevar sombrero, asienta las ideas. Y otro tipo de ropa. Quien es inteligente debe hablar y vestir de manera inteligente.

—Usted debería ir más sin chaqueta y sin sombrero. Le rejuvenece.

Las calles bajas, cerca del río, aún son arenosas y han absorbido rápido el agua de la lluvia. Vinyes celebra esa ventaja con un comentario suelto. Trata de disimular que también está nervioso.

Es casi mediodía cuando llegan al puerto fluvial de Barranquilla, hartos de esquivar las bostas de los coches tirados por caballos muertos de hambre que ofrecen viajes arriba y abajo. No tiene pérdida. A esa hora, solo la lancha hacia la Ciénaga Grande prepara salida, y de ahí tomarán el tren a Aracataca.

Zarpará con retraso, los mozos aún descargan bultos por la inestable plancha de tablones, sacas de correo y jaulas de gallinas, huacales de madera con pescado plateado y sal en grano de Puebloviejo, lee Vinyes en los rótulos rebozados de salitre.

Miran alrededor para buscar a doña Luisa Santiago Márquez. Es la única pasajera que espera al lado de la pasarela, sentada sobre una maleta, de riguroso luto por la abuela recién fallecida, encogida y encanecida como una niña vieja. Vinyes recuerda lo que Gabriel le contó: once hermanos, once partos de esa mujer menuda de poco más de cuarenta años, y no termina de creerlo. Levanta la cabeza y los ojos, enormes detrás de unos lentes bifocales de montura roja, lo

escrutan con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Vinyes juraría que fumaba, pero cuando se incorpora no hay rastro del cigarro.

Cruza el laberinto de bultos y jaulas en un santiamén para abrazar a su hijo. Tras una presentación breve, don Ramon aprovecha para despedirse y da media vuelta.

Con los hombros encogidos, doloridos de la mala postura durante la noche en blanco, marcha paralelo al fulgor de las aguas del río Magdalena, caudaloso y con coronas de espuma en la orilla. Estallan las campanas de la iglesia.

Cuatro monstruos de bronce, obsequiados por los poderosos de Barranquilla, dispuestos a hacerse oír en la tierra y en los cielos.

Distingue el tañido de la más ostentosa. En su día, la describieron en el diario. Es la de don Eparquio González. Da las horas y los cuartos en La bemol. Pesa media tonelada y costó doce mil francos porque el gobernador no reparó en gastos para esta ofrenda francesa en memoria de su llorada esposa, Lucila Gennara Porrati de González.

Llegó a la ciudad gracias a un inmenso botín que incluía decenas de carretas de impuestos robados, miles de joyas, animales y víctimas de un saqueo sistemático. Lleva grabado el nombre del saqueador y una inscripción del libro de los salmos. «*Venite, filii, audite me*». Venid, hijos, oídme. Funciona con un mecanismo llamado *rétro-lancé*, de energía eléctrica. No hay otra igual en Colombia, leyó Vinyes, y no deja de resultarle irónico que Eparquio comprara con este regalo su ventaja para el perdón celestial. Sobre todo, por la manera en que se casó con Lucila.

Fue un escándalo. Había enfermado, tenía fiebre. Don Eparquio entró en su cuarto, aprovechando que no había nadie en casa. Abusó de ella sin titubear. Así se ahorró pedirla en matrimonio.

Para el general, estos actos, este ejercicio de tiranía sobre cualquier miembro del pequeño hormiguero que se encontraba bajo

su poder, mientras vivió, fueron la sal y la miel de su existencia. No era un hombre sin escrúpulos; fue un hombre sin conciencia. No respetaba a nadie más que a sí mismo. Sentía desprecio por todos.

Cuando Vinyes piensa en sus crímenes impunes, glorificados ahora en el bronce de la lujosa campana, siente que la palabra sarcasmo recupera su significado. La rescata de su raíz etimológica griega: desgarrar carne con los dientes.

El último tañido lo devuelve a la lucidez. ¿A qué viene pensar en esto, ahora? ¡Hace demasiado que se enfrentó a don Eparquio! Y no podía detenerle.

Solo que, entonces, no lo veía. El cacique murió. Y Vinyes se ha quedado muerto en vida. Algo que, quizás, el encuentro con Gabito y una noche en vela van a mitigar.

—Me lo han contado, Ramon. ¿Quieres explicarme a qué demonios viene esta estúpida comedia?

María se le ha adelantado y lo empuja a un rincón del recibidor. Esta vez no va a ser cobarde, se dice. Es un marido que regresa a casa para hablar civilizadamente con su esposa.

Vinyes ve, de reojo, a la familia sentada a la mesa. Olor a caldo de pollo. Le rugen las tripas. Pero ella lo mantiene aprisionado en la entrada.

—Sé dónde has estado. ¿Te parece normal que anoche te vieran entrar en un burdel con un joven y una mujer de mala vida?

Tiene los ojos inyectados en sangre. Tampoco habrá pegado ojo.

Vinyes se escabulle. Levanta una mano gruesa, de aldeano, heredada del abuelo paterno, en señal de alto. Está contento de haberla agitado hasta hacerle sentir algo y ya no la odia tanto como pensaba.

—Relájate, haz como yo. Las alegrías menguan con la edad, y los disgustos también.

No la considera mala de manera intencionada. Simplemente habita otro mundo.

—Quieto, ¿a dónde te crees que vas?

—¿Hoy tampoco tengo derecho? Si lo prefieres, me pueden subir un plato a mi cuarto. Aprovecharía para dormir un poco.

—No.

—¿No? ¿Ahora me vas a impedir comer en el cuarto también? No hay quien te entienda.

—Ramon, no sigas por ahí, te odio.

—¿Por pasar la noche fuera, o porque he regresado?

La rodea. Desde el comedor, se diría que bailan un vals.

—Si he estado, o no, en un burdel, no es el asunto, a estas alturas. Me pediste las dos horas de la comida, y he tenido la generosidad de regalarte mi ausencia durante casi un día entero. ¿No deberías darme las gracias?

—Si no te disculpas con mi madre y conmigo por las habladurías que has propiciado, no eres bienvenido. Todo tiene un límite.

Límites, límites. María le enerva como si escuchara a un personaje de una mala obra de teatro. Le saca de quicio también ese pañuelo empapado en colonia que ella pasa por su cuello a cada frase.

—¿Estás celosa? ¡En nuestro caso, sería el colmo!

—Ramon, no me hables en ese tono.

Parece a punto de desplomarse, está lívida.

—¿Sabes qué? Tampoco yo estoy para bromas —y la aparta de su camino para acceder al comedor.

—¿Me vas a humillar ante mi familia? Debería bastarte con haberme convertido en la comidilla de la ciudad. Ten respeto por mi anciana madre y mi hermana. Contento.

—María, han pasado muchas cosas esta noche, tienes razón. La mayoría, solo en tu cabeza.

—Eres un cínico.

—No, soy un tonto que lo sabía todo, sin saberlo. Eparquio me dio pistas sobre ti, mientras hundía mi carrera, y he atado cabos.

—¿A qué te refieres?

—Quizás va siendo hora de contar lo de tu hijo natural. ¿Llegó a nacer? A ver si así se te pasa tanta preocupación por lo que dirán y tanta beatería. ¿Podrías presentárnoslo, o contarnos dónde está? Siento verdadera curiosidad.

María ha palidecido. Ahora sí va a desmayarse.

—¿Qué hijo natural? ¿Amenazas mi reputación? ¿En mi casa?

¡Reputación, dice! ¿Hay algo más triste que la hipocresía de esta mujer pacata y lujuriosa?

—Si la tuviste, fue antes de casarnos. Convénceme de qué gano, callado. Y no te preocupes, no estás sola. Tu querido general, gran patriarca y semental, ha dejado hijos por donde pasaba. Por las buenas o por las malas, ninguna hembra se le escapaba. ¿Qué nombre le pusiste? ¿Por qué no me lo contaste?

—Cállate. Si se trata de sacar trapos sucios, recuerda que tienes más que perder tú.

Perder. Vinyes ya no pierde nada.

—Escucha, María, en un mes me marchó a Barcelona. Dame dinero para el viaje o se lo cuento.

—¿Vas a chantajearme?

—No, María. He visto la luz y he elegido entre tu malestar o el mío. El de ambos era un despilfarro. Quiero el divorcio. Me marcharé, pase lo que pase. Depende de ti que lo haga cantando, o en silencio.

Vinyes, antes de ver la luz y pedirle el divorcio a María, ya se había dejado arrastrar fuera de esa opereta que había durado veinticinco años. A más de 10.000 kilómetros y tres décadas de distancia. En una ensoñación.

Esa misma tarde, acodado en su mesa del Happy, con el cuaderno abierto, decidido a ponerse al día con la correspondencia, pensó en Elena y cerró los ojos para verla. No. Para que ella viese en qué se había convertido y no le tuviera tan en cuenta sus desplantes.

En sus recuerdos, era joven otra vez e iba vestido de esmoquin. Para asistir, quizás, a un concierto en el Liceu barcelonés, la inauguración de una exposición, o una cena de gala.

Siente la agitación de la juventud y la presión en el cuello del pomposo corbatín de terciopelo amarillo que le había regalado Elena. Recuerda eso y que no son felices. Hace meses que le cuesta seguir el plan de actividades que ella programa. Solo le apetece recostarse, durante horas, en los divanes, fumar opio y escuchar jazz. El humo sale en espiral. Silencioso y oscuro. Dulzura del no sentir, del no pensar, del no pasar frío ni calor. Adormilados con una majestuosidad de dioses en esta nube de plafones pintados, hondos espejos y el esplendor oriental de la casa de su amiga.

—¿Recuerdas, Ramon, aquella vez que cenamos en París con Picasso, y nuestras charlas sobre lo que podría pasar en Europa?

—Elena, funciona para impresionar a las visitas, pero nunca cenamos con Picasso. Apenas tomamos unas copas a su lado, preciosa.

Coincidieron en fiestas donde nadie tenía los pies en el suelo y ella volaba más alto que ninguno. Es comprensible que se confunda.

—Aguafiestas mío, quiero volver a París. ¡Visitaremos a Picasso, a ver qué recuerda él! ¿Seguirá con Fernande?

Dormita con la cabeza en el regazo de Elena, cada vez más triste. Le costó situar el origen del impulso de huir de ella. Pensó, primero, que lo habían propiciado las veladas de ojos fijos en el techo; la vibración sutil de termitas que le desvela; las discusiones absurdas sobre si merendar con champán o té; el perfume excesivo de los cojines. No debería sentirse así. Tiene éxito. Algunas de sus obras más desconcertantes han llegado a los teatros alternativos de moda y han cosechado buenas críticas. Salas llenas, todo a su favor. Pero ella hizo aquella pregunta inesperada.

—¿Y si vivimos juntos y nos enamoramos, Ramon?

Lo soltó durante una cena con actores y actrices.

El juego de novios que ella inventó era entrañable. Como que él vaya siempre vestido de invierno y ella de primavera. Los proyectos conjuntos que los iban a mantener jóvenes y felices para siempre. Todo chirría. Él, callado; y ella, «Ponte la chaqueta de gala, rápido, querido, pasarán a recogernos». Le endereza el lazo del corbatín.

—¿Cómo? ¿Te marchas?

Elena enlaza las manos sobre el regazo y se inclina un poco hacia delante, para ver mejor los ojos de su amigo.

—Querida, estoy fatigado.

Va a regresar a Barranquilla.

Las pupilas de Elena, del tamaño de un alfiler por las drogas, lo escrutan como si lo viera por primera vez. Aun suponiendo, por un

momento, que lo que siente fuese expresable, ¿acaso ella lo entendería?

–Fatigado, ¿de qué? –pregunta, alterada–. Habla claro, Ramon.

Retenerlo. Retarlo. Se abanica, se ha acercado y le coge de la mano a la fuerza.

–¿Me vas a hacer una escena de esposa despechada?

–¡No! Tú y yo, con caras largas, ¿quién lo iba a decir...? No me hagas esto.

Ramon ha recogido sus pertenencias de la cómoda. Elena le observa desde el salón, paralizada. No esperaba llorar, vestida así. Con la lujosa *toilette* de la casa Jeanne Lanvin de París y medio kilo de joyas encima. Un vestido verde primaveral, con corrientes de destellos que imitan la lluvia.

–Espera, querido. Salgamos a cenar, dormimos y mañana nos vamos a Cadaqués a despejarnos. Allí podrás contarme qué te pasa.

Para Elena, siempre es pronto para rendirse.

–No voy a cambiar de idea.

–¿Qué vas a hacer sin mí, Ramon? A ver si te va a pasar como al desencantado que se arrojó desde un sexto piso y, mientras caía, iba viendo a través de las ventanas la vida de sus vecinos, las pequeñas tragedias domésticas. En el instante de reventar contra el pavimento, había cambiado de idea.

Vinyes, ceñudo, le recuerda que esa historia se la contó él y acepta que probablemente se arrepentirá, sí. Pero la decisión está tomada. Ella trata de hacerle recapacitar. Es contradictorio como un niño que derriba el castillo de arena que ha construido en la playa. No puede. Ni quedarse, ni explicarle nada. Se miran de reojo y callan. Saben que, si hablan más, van a hacerse daño.

Toma otro par de prendas y las dobla. ¿Por qué actúa así? En este momento perfecto de su vida juntos, con tantos proyectos, el edificio de Elena a medio construir, más vida social que nunca.

—Así, sin avisar. ¡Dime! ¿Es por lo que te dije de mudarnos a mi nueva casa?

Elena le propuso que dejara su habitación de alquiler, «ya he escandalizado bastante, es hora de sentar el moño». Un hogar, juntos. «Un borrón y cuenta nueva en el libro de nuestros pecados». Él podría divorciarse de su esposa colombiana y ayudarla a ser una señora decente, ahora que ha reemprendido las obras de su gran local en la Vía Layetana, por fin. Ese teatro con el que soñaron, con su nombre en la puerta: la Jordi.

—Puedes no divorciarte. No es imprescindible.

—Sería pecado.

—¡No me vengas con eso! Poco nos tiene que preocupar, pecar, a estas alturas.

El cielo de Barcelona, menos azul que cualquiera del mar Caribe, parpadea en los ojos de Vinyes, electrizado de presagios. No se quita de la cabeza lo que podría haber hecho y se truncó. Ni su miedo tan grande, tan parecido al de Elena, de quedarse solo. Ella no se rendirá. Acostumbrada a regañar y luego reírse, inmoderada y arrolladora, extiende la mano, y la extiende, y la extiende.

—Piénsalo, por favor... Vendrá el tiempo en que no te necesitaré tanto, pero ahora... Contigo, me siento protegida, abrigada... ¿Qué sé yo?

—Nos conocemos. No creo que presionarme para que me quede te haga feliz.

—No estoy contigo para ser feliz.

—...

—Es para que ser infeliz sea más llevadero. No me mires con esa cara, Ramon. Parece que te burlas.

—Encontrarás a un hombre que te ame como mereces, créeme.

Elena camina hacia la ventana. La abre para que la brisa que entra le seque los ojos. No soporta que la vea en este estado.

—No estarás sola ni cinco minutos, ¡en Barcelona beben los vientos por ti! Eres perfecta y puedes seguir siendo lo presumida, egoísta y mentirosa que quieras con cualquiera. No me necesitas.

Ella se acerca, coge un cigarrillo de la mesilla y lo enciende con parsimonia, para ganar tiempo. Lanza una bocanada y se dirige otra vez al rincón de la ventana.

—Tienes razón, no te necesito. Solo te amo y te echaré de menos.

Seria, tranquila. Es una actriz deslumbrante.

—Y yo a ti, Elena.

Colabora. Le ayuda a doblar las dos últimas camisas, habla del tiempo que hará en Barranquilla, de las estaciones del año invertidas. Conociéndola, puede cambiar de idea al minuto siguiente. Quizás lllore más, o sonría como un mes de abril, o le hiele con una mirada.

De momento, mientras Vinyes cierra la maleta, toma los extremos de su falda, alisa unos pliegues, gira en redondo para ver algún detalle de sus medias por detrás. Se acomoda el tocado.

—Pero, por favor, cuéntamelo, antes de marcharte... ¿De qué huyes, bobo?

Que se cansen de ella es la historia de su vida y apura cualquier posibilidad de hacerle recapacitar.

—No huyo. Soy así.

Observan, callados, el diván, las flores exóticas, los jarrones de Murano, la colección de bagatelas de sus viajes amontonadas dentro de la vitrina que tienen enfrente.

—Ramon, no quisiera perder nuestra amistad. ¿Lo entiendes?

Se abrazan. Ramon asiente. Un rojo apenas excesivo florece en sus pómulos y nariz. No hay prisa, su barco zarpa mañana, esperará. La alfombra es gruesa y suave, sus pies se hunden en este lecho de musgo. Elena baja a despedir al chófer y, pizpireta, regresa y sirve una copita de moscatel. Saca de la vitrina la abultada carpeta donde

colecciona los recortes de periódico que cuentan su vida y andanzas. ¡Como si no hubiera pasado nada! Se quita los zapatos y hace la crónica de lo que le ha pedido al arquitecto. Tendrá techo corredizo y ventiladores.

–Eso atraerá al público en verano.

Va a disponer de terraza con servicio de coctelería internacional y vistas gratuitas de cinematógrafo.

–Vas a ganar mucho dinero con ese teatro, Elena.

–Eso sí estará bien.

A Vinyes se le traba la lengua. Bochorno de plomo. Brindan y han enarcado las cejas al unísono.

Elena no daba su brazo a torcer y se derrumbaba por detrás de sus gafas de sol, le cuenta.

–No tengo nada. Estoy sola.

–Yo también.

–Es diferente, Ramon. Tú te tienes a ti. Abre la caja.

Le había comprado un sombrero. «Para que me pienses», mandó bordar en la badana de seda, tan oculto bajo la cinta interior que ahora casi tiene que arrancarla para enseñarle la dedicatoria.

Si Vinyes emprendiera la obra que necesita escribir, lo haría en verso y solo daría importancia a lo que la tiene. Las memorias del sabio catalán empezarían con su madre, la bergadana que soñó ser bailarina y estudió para maestra. Concepció la espigada.

No llegó a lo uno ni a lo otro, la casaron antes de cumplir los veinte. A los seis años de la boda, se alejó de todos, se tumbó sobre un colchón de lana de borrego y enloqueció. No importa en qué orden. Luego, se bebió la estricnina.

—He venido a animarte —reaparece Miguel—. No sabes descansar.

Después de su siesta, se ha acercado a mi escritorio. Tal vez para comprobar si sé advertir que va colocado. Mi papel resulta crucial para su espectáculo. Me vuelvo sorda y ciega: cuando se trata de afrontar los estragos de la heroína, reservo fuerzas. Aparto la mirada para parecer dura como una piedra. Necesito concentración absoluta. No una cualquiera: extraordinaria. Lejos de sus síndromes de abstinencia. Sin discusiones de pareja. Sin embargo, mi convicción es vulnerable.

—Pensaba en ti, Miguel. Me preguntaba cómo será marcharse a tiempo. Sin que te echen.

—Lo nuestro es sólido —responde.

La solidez de una cáscara de huevo. Para eso nos sirve seguir juntos: para intercambiar mensajes en clave. Para aprender a mecer la propia angustia, junto a la del otro, sin perder la compostura.

Así, me ayuda. Cuando peor está todo, menos bloqueada me siento y más fácil resulta regresar a mi tarea. A Vinyes. Persona y personaje. Al sabio catalán. El maestro. Ignoro si soy autora o espectadora y me pregunto: ¿por qué él? ¿Por qué, esta obsesión por saberlo todo sobre él?

Hace diez años, en otra vida, me senté una mañana soleada con dos desconocidos en la terraza de una cafetería de Gràcia. Frederic me había escrito por WhatsApp para invitarme a formar parte del jurado de una actividad que estaba organizando en la biblioteca municipal Ramon Vinyes. Acepté, intrigada. Al recibir la comitiva, con los besos de rigor, pregunté, por mera educación:

—¿Quién es Ramon Vinyes?

Me prestó nombres, direcciones, teléfonos y libros. Si tuviera que escribir las memorias del sabio catalán, pensé que se iniciarían con Concepció.

El álbum de la infancia está hecho de escenas que se recuerdan porque sí, pues alguien cercano las contó; o, muchas, la gran mayoría, porque nos las inventamos.

Eso parece, al revisitarlas.

—¿Por qué no quieres que papá se entere?

—Será una sorpresa, Ramonet.

—¿Y si nos echa de menos?

—No te preocupes, se lo diremos cuando estemos instalados — suspiraba Concepció Cluet, y luego le hacía cosquillas.

—Mamá, creo que nunca hago nada que haga feliz a papá.

—Tranquilo, yo tampoco. Algún día lo lograremos.

Su madre se suicidó cuando Ramonet apenas tenía seis años.

Don Pere Vinyes, bigotito recortado a tijera, pelo aplastado con brillantina y la voz estridente, palillo en la boca, alcohólico y provinciano promocionado de agricultor a soldado carlista y luego a procurador de tribunales, prefirió contar que había muerto de tifus y jamás se volvió a hablar de ella.

Lo que le gustaba contarle a su hijo eran sus proezas en el casino y cómo convirtió huertos pedregosos y plagados de topos de Berga en fábricas modernas. Cómo alimentó la revolución industrial con humo, cenizas, máquinas importadas, chimeneas y codicia.

Así, Ramon se crio entre el mundo maloliente, oscuro, sucio y ruidoso de su padre, y el más allá, cada vez más vago, de Concepció.

Un día, las monjas del colegio le contaron que había sido una gran lectora, antes de casarse. Juraban que nunca terminó de bordar un pañuelo porque abandonaba las labores a causa del vicio de la lectura. Novelas francesas forradas en tafílete rojo de las que descarrían con ensueños insensatos y pocas veces honorables.

Es probable que, sin su padre, Ramon no hubiera escrito nada.

La señorita Salvadora Sabatés, maestra de primaria y amante principal de don Pere, no tardó en convertirse oficialmente en su madrastra. Se mudaron juntos a una casa enorme de la plaça de les Fonts, a dos pasos de la antigua vivienda y un poco más cerca de los Rosal, caciques ilustres de Berga. Poco después, nació su hermanastro Joan.

Luego, en rápida sucesión, cuatro hermanas: Pereta, Rosa, Carme y Mercè.

Para mantener al primogénito ocupado, y fuera de escena, lo envían al casino, donde ve a su padre fumar puros y relatar cuentos truculentos sobre su trabajo de procurador de tribunales. Sangre, billetes y traiciones. En los entre actos de la comedia política, alguna obra de teatro profesional.

Ahí, en esa intersección, el gran descubrimiento. Con el desparpajo justo, se puede adoptar como real cualquier papel, y le gustan todos, con tal de apartarse del que interpreta su padre.

Se sumó al elenco de niños actores y sus actuaciones no llegaron a mucho porque, a diferencia de don Pere, extrovertido, Ramon era tímido. Así, sus fallidos amagos de salir a escena derivaron en hacer de apuntador, aunque esto tampoco duró. En lugar de decir el texto en voz baja, rehacía cada parlamento de los actores desde la casilla del apuntador, con la vehemente protesta de todos.

Le enviaron a casa y Salvadora, cada vez más demacrada y ya embarazada del pequeño, Josepet, el sexto hermanito, se presta a coser un telón para montar un escenario en uno de los salones.

–El teatro se hace con muertos. Se les da la mano, se les hace caminar, y con eso es con lo que escribo –explica Ramonet a una invitada enjoyada que coquetea con su padre.

Estas damas sofisticadas solo los visitan cuando Salvadora está de paseo con los niños.

Pronto corre la voz de lo divertidas que son las obras del adolescente, y le animan a regresar al grupo de teatro local, reconvertido en precoz dramaturgo. Ha substituido los besos de su madre por los aplausos del público.

–No, nada de teatro, y menos en el casino. Tu padre dice que debes estudiar para el bachillerato. Serás procurador como él, no artista.

–Que me lo diga él, Salvadora. Si es que pasa por casa.

Ramonet progresa, entusiasmado. No cesa en su empeño. Funda una revista de dramaturgia, viaja a Barcelona cada semana para ver estrenos, derrocha el dinero familiar que puede y se sumerge en todas las extravagancias que ofrece la capital, donde presencia obras insólitas que alimentan su talento. Le conmociona una en el modernísimo Palacio de Bellas Artes, interpretada en doce pianos a cuatro manos, por veinticuatro distinguidas señoritas en escena, acompañadas por la orquesta de la Asociación Musical. Aquello le convence, definitivamente, de trasladarse a la capital.

Ahí, escribir teatro será más fácil. Buscar las teclas correctas. Ser un intérprete más, sin más, que no importe si alguien ve lo que busca o lo que encuentra. Así podrá dejar atrás, quizás, esa rabia que le tiene a su madre por haberle abandonado.

Aunque le gusta hacerse el sordo para que le dejen en paz, Vinyes posee un oído privilegiado. Cuchicheos de madres que conspiran contra sus maridos y los juegos fabulosos de los niños en el parque de enfrente. El trabajo meticuloso e imperceptible de las polillas que se comen las vigas, el compás continuo de las teclas de lo que ha escrito y lo que escribirá.

En la ducha, revive escenas con sus hermanos y deja que se cuele por las cañerías, a todo volumen, aquel viaje casi olvidado de 1899 a 1900. La gran noche de fin de siglo, el último día de diciembre, tras los fuegos artificiales, Pereta, la quinta hermana, se vuelve de porcelana.

–Tísica –dice el médico, con voz de misa del gallo.

Ramon, con sus hermanos, su padre y Salvadora, asiste al velatorio. Esta vez, con la lección aprendida, ni una lágrima; sin embargo, por la noche escribe poemas, y ya no parará. Cuanto más tristes los versos, más se calma. Mejor se rebela.

Los meses siguientes, se declara anarquista y lee a Bakunin, Kropotkin y Malato. Lee a Dumas, a Guimerà y a los peores, según don Pere. Los dramaturgos rusos.

–¿Encima, fumas y bebes, Ramonet?

–De vez en cuando, padre. No tanto como usted.

Inspirado, escribe teatro social sin descanso y organiza lecturas de sus obras ante los amigos, solo las mejores. Las que considera

insuficientes, las quema, ostentoso, y las vuelve a escribir. Hasta que le aceptan una para que la dirija, *Hivern al cor*, y forma una compañía de aficionados que ensaya tres días a la semana en el Centro Católico Berguedà.

Tan seguro de sí mismo que, además, envía artículos de teoría teatral a un periódico, se peina con una raya perfecta y fijador los cabellos ensortijados, y triunfa. Todos quieren conocer a este genio precoz, y el éxito de sus comedias lo ha vuelto irresistible.

—Los pobrecitos provincianos, de los que nadie espera nada, debemos cuidarnos de que no se rían de nosotros, sino con nosotros.

Hasta que don Pere cae en desgracia. Los Rosal le retiran la confianza y la familia queda arruinada.

—Hijo, ¿comprendes por qué deberías estudiar derecho?

De un día para otro, le acusan de desfalco y nadie del mundillo de Berga quiere saber nada del hijo, poeta y dramaturgo, de don Pere Vinyes. La volubilidad de la política y sus efectos colaterales son lecciones que Ramon no olvidará.

Le consuela el laureado poeta *mossèn* Jacint Verdaguer. Se cartean. Le anima a presentarse en los Jocs Florals. En otras comarcas, donde nadie le conozca.

—La poesía es agradecida, joven. No como la política.

Con el primer premio en los Jocs Florals, Ramon recibe el encargo de estrenar *El calvari de la vida* en el Teatro Católico de Barcelona. Describe el ánimo de sus veintidós años y ve, por fin, esa ocasión de independizarse definitivamente que tanto había anhelado.

La vida de Vinyes da un nuevo giro. Recibe los ejemplares de *El calvari de la vida*. Sin embargo, tras infinitas dilaciones, no logra que le confirmen que la obra subirá a escena en verano, en el Círculo del barrio de Gràcia.

En casa, todo se desmorona. Eso también acabará por favorecerlo.

El padre, cada vez más encolerizado a causa de sus problemas con los Rosal, descarga la furia contra Ramon y recrudece las amenazas por el abandono de los estudios. Para apaciguarlo, el joven escucha los consejos de Salvadora, cada día más desanimada: se afeita la barba, evita coincidir con don Pere y, por las noches, bajo la luz de la lámpara, escribe hasta el amanecer. Vuelca en cada poema, de forma críptica, su mantra: por muchos obstáculos que le impongan, conquistará la libertad, cueste lo que cueste. Se presenta a todos los certámenes. Le publican en un periódico un poema dedicado a Verdaguer, amplía su red de contactos y pronto las invitaciones para conferencias y recitales comienzan a multiplicarse.

Lo ve. En aquella época logró, con su esfuerzo, hacerse un nombre. De momento, ultralocal. Anota esto en su diario, y que nada tiene consistencia en el presente. Se materializa cuando ha pasado. ¿Qué sería diferente para Vinyes si hubiera sabido lo que sabe ahora? ¿Y qué repetiría exactamente igual?

La vida se materializa en forma de castillo de naipes.

Cuando piensa en rebobinar, ni siquiera lo ocurrido hace una década, de inmediato se lo quita de la cabeza. Por lo que pudiera estropear, sin querer. Es delicado mantener en pie un castillo de naipes. Parece sólido. Sin embargo, con el más sutil intento de enderezarlo, se desmoronaría y, con lo que le disgustaba, también se perderían los buenos momentos.

Como aquella inolvidable mañana de abril, a las nueve, en Berga. Vinyes tenía veintiún años. En vela, al amanecer, miró por la ventana desde su cuarto y vio un resplandor intenso que tiñó de turquesa el exterior de las casas y los negocios.

Dos labradores observaron, como él, espirales de haces luminosos y una lluvia de fragmentos telúricos como tortas que penetraron medio palmo en el suelo. Se levantó tanto polvo que un perro, atado fuera, quedó recubierto por una gruesa capa plateada. Parecía un fantasma. Y una piedra de unos treinta gramos agujereó el periódico que leía un peatón, antes de incrustarse en la acera.

Aquel día, como tantas veces, se habló de un fin del mundo que no terminaba de llegar. Para Ramon, fue la señal del final de un capítulo y el inicio de una nueva fila de naipes.

A partir de ahí, lo meteórico tiene que ver con el desarrollo de su obra.

En una entrega de premios de poesía, donde ha obtenido una mención, se le ha acercado una desconocida y le ha rogado hablar con él en un aparte.

—Será un placer, señorita.

Ver al casto y pudoroso Ramon hablar a solas con una muchacha tan bella ha desatado las bromas de sus amigos, que le observan en corro, a unos metros. La desconocida, peinada a la moda, viste de beis claro, ajustada, con botones de nácar a los lados y una cinta de crepé rosa a la cadera. Se presenta. Montserrat Casals.

Mientras habla, aparta un rizo que cae sobre su pómulo.

—¿No me recuerda, Ramon? —Vinyes se pone colorado—. Usted es el autor «precoz, solemne y cargado de principios» que tanta gracia le hizo a mi padre.

Su mirada castaña y sus gestos la dotan de un magnetismo indiscutible. Debería recordar quién es.

—Haga memoria... Las actividades de la Unió Catalanista... Mi padre, en paz descanse, era muy activo. Usted y yo, de niños, actuamos juntos en las obras de la asociación, ¿tampoco se acuerda?

La situación es incómoda. No halla en su memoria nada en absoluto. Ella sonríe con una boca menuda y pintada de granate que ilumina el óvalo romántico de su rostro.

—No se preocupe, he cambiado. Escuché la lectura de sus poemas. Son casi modernos. Le felicito.

—¿Casi?

—No ponga esa cara, ¡no es que me hayan disgustado! Y quiero unos versos suyos en mi abanico.

—¿Míos?

—Sí, a pesar de su dificultad para hablar y el aspecto triste que pasea. Un moderno no vestiría así.

Montserrat sugiere que quizás la ha olvidado porque ya no vive en Berga, sino en Barcelona, desde hace años. Por eso está al día, no como él y sus amigos, dice.

Habla con un entusiasmo contagioso. Es sencillo perderse en la mirada de esta encantadora diva en miniatura, tiene que combar la espalda para alcanzar sus ojos.

—La modernidad es más fácil vivirla que explicarla. Con mi hermana Tina y mi madre, regentamos un estanco en el centro de la capital. Desde detrás del mostrador hemos aprendido cómo hay que comportarse, pensar y vestirse para ser reconocidos como modernistas.

—Disculpe, señorita, me parece superficial que la indumentaria tenga importancia para un escritor —replica Vinyes, escandalizado.

—Se sorprendería de lo importante que es el equilibrio entre superficialidad y talento. Los poetas de provincias no se preocupan por el refinamiento, ¡y así les va! Los que triunfan en Barcelona lo entienden, y aprovechan, aunque no lo admitan.

El vestido de Montserrat es una prueba irrefutable de su teoría; en eso sí están de acuerdo. Llama la atención y la hará inolvidable.

—Señorita Casals. He estado en Barcelona varias veces, he dado recitales, he visitado Els Quatre Gats, subí a Montjuic para el funeral de Verdaguer... y no creo haber desentonado.

—¡Ahí está el problema! Que no lo ve.

Vinyes se había sentido bien vestido. Hasta que ella ha hablado. Ahora se ve ridículo con su traje estrecho, su sombrero gastado y sus zapatos abollados.

Los amigos, igual de mal vestidos, repeinados y faltones, se acercan cada vez más. Cuchichean.

—Ni los mire, también me he dado cuenta.

Ramon recuerda que en Els Quatre Gats le despreciaron. Ahora entiende que quizás sería, también, por su aspecto. Se lo imagina con claridad. Alfons Maseras, el poeta que admiraba, distante, rodeado de su aura decadentista, vio su ropa y lo menospreció. Lo reconoce. Puede, visto en perspectiva, que Montserrat tenga razón.

Le dedica, autografiado sobre el abanico —al parecer, se ha puesto de moda coleccionarlos—, el poema suyo que le ha pedido. Cuando lo firma, ya sonríe, menos crispado.

—Usted tiene la chispa, Ramon.

—¿Qué chispa?

—¡Cuánto me alegra que muestre interés por lo que digo! Temí haberle molestado.

—Señorita, encantado de saludarla —interrumpe uno de los amigos—. ¿Nos explicaría también a nosotros cómo debe vestirse un artista?

Pere y Joan le besan la mano, ceremoniosos. Montserrat los examina con mucho menos interés, lo que divierte a Vinyes.

—Tomen nota, jóvenes. Sombrero blando, de ala ancha y un poco abollado, traje de terciopelo color castaña o gris, holgado. Los pantalones, arremangados, como si vinieran del huerto. Y, sobre todo, nada de ropa estrecha.

—Es de presumidos, afeminados y extravagantes —exclama Pere.

Montserrat toma a Vinyes de la mano y le hace girar sobre sí. Él accede, fascinado.

—Ramon, usted solo está pasado de moda, como su nombre —estallan todos en carcajadas, menos él—, pero, como le he dicho, tiene el porte y la chispa, lo difícil.

A veces, cuanto más diferentes son dos personas, más afines.

—Nos ha conquistado, señorita —aplaude Joan—. Será un placer visitarla en su estanco barcelonés y comprobar de primera mano esa efervescencia de la que habla.

Montserrat lo ignora y habla a Vinyes con el abanico ante la boca, para que no la oigan.

—Ganar premios conlleva prestigio. Dinero, no siempre. Y responsabilidad con la obra. Pero aléjese de estos, y de Berga en general, cuanto antes.

Vinyes asiente.

—Tomen nota: calle Boqueria, número 24. En las Ramblas.

—¿Sabe escribir a máquina?

—Sí, ciento cincuenta palabras por minuto.

—¿Y taquigrafía y contabilidad?

—Asisto a clases nocturnas.

—¿Habla inglés?

—Y también francés y alemán. Y leo en italiano.

Lo que más ha impresionado a Ramon de la gran ciudad es lo cómodo que le resulta moverse a solas entre la arquitectura, colosal, al ritmo furioso de los viandantes. Convierten Barcelona en un precipitado de geometría y angustia, por más que al primer vistazo parezca una ciudad alegre.

Tampoco lo es su esperado estreno teatral, cuando por fin lo materializa.

Ha pasado desapercibido y ha generado pérdidas. No obstante, sigue empeñado en quedarse y no regresar a Berga. En sostenerse con el trabajo que sea. La vida, aquí, es cara. Su padre sigue en sus trece y no piensa ayudarle. Menos mal que Salvadora le dio algo de dinero, a escondidas. Pero que no responda a sus cartas indica que lo más probable es que tenga que apañárselas solo.

Avanza y, de momento, el principal logro consiste en disfrazarse. Traje oscuro, chalina larga, sombrero de ala ancha. Y la atención a los detalles. El nudo de la corbata, el tipo adecuado de pañuelo en el bolsillo de la chaqueta.

Esta nueva indumentaria le otorga un aire de artista bohemio que le hace llevar con más optimismo el trabajo de oficinista aplicado.

Hoy será un día especial. Hace una hora que espera en la Estación de Francia. Hay retrasos por una tormenta que ha derribado árboles sobre las vías. La visita de Joan y Pere coincide, además, con la inauguración del alumbrado público en las Ramblas. Así lo planeó Montserrat.

También le prometieron que irían bien vestidos y acuden impecables. Como para asistir a una boda. Se abrazan, bromean con el pequeño bigote que se ha dejado. Están cansados del viaje, pero insisten en subir el equipaje a la habitación de la pensión estudiantil donde se aloja Ramon y visitar directamente a la cosmopolita bergadana que les intrigó.

—Nos fascinó y hemos hecho nuestras averiguaciones —anuncia Joan, con una sonrisa misteriosa.

Pere asiente cómplice y Ramon calla; hablar de ella le altera. Desvía la conversación al trabajo.

—El lunes empiezo en otra oficina, de prueba. Lástima que paguen tan poco en todas.

No importa, dice, de momento.

—Es de media jornada. El resto lo dedicaré a los estudios de taquigrafía y contabilidad. Aunque, de seguir así, no podré permitírmelos. Estoy buscando un sobresueldo con encargos de traducción.

Segunda decepción. La pensión no es una residencia de estudiantes, tal como había dado a entender. Es una casa de vecindad barata y miserable.

—Lo bueno es que tiene mucha luz, me viene de perlas para leer.

Dos duros mensuales, una fortuna. Por un cuarto diminuto, con balcón, una mesa y, en un clavo al lado de la cama, su muda. Una camisa y otro pantalón.

Ha pedido, prestado, un colchón para Joan y Pere. Tendrán que compartirlo.

Dicen que está bien, pero cuchichean y señalan las manchas de humedad en las esquinas del techo.

—Tenéis razón. La casera me recomendó salir a diario a tomar el sol por la tuberculosis. Las goteras han hecho estragos en el edificio.

Estar en la calle también tiene sus contraindicaciones, se queja. Esta semana, sin ir más lejos, una bomba en la calle Ferrán ha matado a tres personas. Les muestra las fotos del periódico. Cuerpos mutilados. El tranvía incendiado atropelló a un niño.

—¿Se sabe si han sido los anarquistas, Ramon?

—No está claro. He leído que los técnicos hablan de un artefacto profesional con ácido nítrico, sulfúrico y dinamita. Podría ser una jugada política.

Alrededor de esa crónica, las demás noticias no son mucho más tranquilizadoras. «Suicidios de ayer», «Accidentes laborales», «Los dramas del amor», «El hambre en la India», «Choque de trenes», «Obreros sin trabajo».

—Basta de dramas. No hemos venido a eso —dice Joan.

Se frota las manos.

—Cuéntanos lo que importa. ¿Qué tal con Montserrat?

Ramon desvía la mirada.

—Aún no la he visitado. Como os he dicho, he estado ocupado buscando trabajo.

—¿Será posible? Menuda amiga, Montserrat Casals i Bagué, como para no visitarla. Con lo interesada que se mostró por ti.

—No dejéis volar tanto la imaginación con esa señorita...

—¿Señorita? No, Ramon, menos mal que estamos aquí para espabilarte. De señorita, nada. ¿Recuerdas que dijo que era modista, como su madre, y estanquera?

—Modista, moderna, con vida social... Me consta que os intimidó.

—Pues ya no. Escucha. Aunque parece de nuestra edad, es mayor de lo que dijo. Y, además...

—Contó lo de que es modista y estanquera en Barcelona para embaucarnos.

—¿Para qué iba a hacer eso?

—Montserrat ha estado casada y embarazada —levanta la voz Joan, excitado—. Su marido nos lo contó. Seguramente su verdadero trabajo en la capital es más divertido que lo que dio a entender.

—Lo pintoresco del caso es que, a los cuatro meses de matrimonio, dio a luz a una hija, y al año siguiente, a otra.

—¿Y qué tiene eso de pintoresco?

—¿No sabes contar? ¡Lo engañó, hombre!

—Josep, el marido, la repudió. No ha reconocido a las niñas. ¡Menos mal! Seguro que ninguna de las dos es suya.

Vinyes sigue sin saber qué decir.

—¿Qué te parece? Es lo que se dice una mujer de mundo, ¿o no?

—De mundo, de las que da gusto tener de amigas —añade Pere—. Vamos, a ver qué hace en el estanco. Ten cuidado, Ramon. Busca un segundo marido del que aprovecharse, y tú eres muy ingenuo.

Tienen muchos más detalles de la atormentada vida de Montserrat y se los regalan de camino a las Ramblas entre comentarios sobre la majestuosidad del edificio de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, los Almacenes El Siglo, la Sociedad Española de Electricidad y la impresionante instalación de alumbrado recién inaugurada de la plaza Cataluña y las Ramblas, con guirnaldas de luces suspendidas frente al Teatro Principal y el Gran Teatro del Liceo.

Cuanto más se acerca el momento, menos quiere visitar el estanco de Montserrat e intenta cambiar los planes, pero le ignoran. La señora Bagué da las buenas tardes al verlos entrar y Montserrat sale de la trastienda con esa sonrisa contagiosa que embelesa, vestida

de gris, más discreta que en Berga. Ruega que esperen mientras atiende a otros clientes que charlan sobre fútbol y temas que no interesan a Ramon. Detrás del mostrador, hay botellas y vasos, una idea comercial ingeniosa para amenizar la espera. Los amigos se dan un codazo y piden un vasito de anís para cada uno.

—Montserrat, acepta mi invitación al Liceo, con tu hermana, veréis que es cierto lo que digo.

El que le habla con tanta confianza es el escenógrafo Maurici Vilomara. Vinyes solo lo había visto en las páginas del periódico. Le delata su bigote inconfundible.

—Ya hemos ido. Gracias. La nueva luz eléctrica será más segura contra los incendios, pero es mucho más brillante que la del gas, y eso es un problema. Los defectos de los rostros y la ropa se ven demasiado, una lástima. Y ahora, caballeros, la conversación es interesante... pero vayan pasando por caja —entona Montserrat con su voz de niña traviesa atrapada en un cuerpo adulto—. Hay cola y hoy cerramos puntuales, que esta noche tengo función.

—Vaya, vaya, en Berga nos contó que era modista y resulta que también es actriz, señorita Casals —interviene Joan, maleducado, sin haberla siquiera saludado formalmente.

Saborea la ventaja de lo averiguado desde su última visita.

—Sigo de modista, caballeros, una cosa no excluye la otra —responde, altiva—. Aprovechen que pueden verme en el teatro y opinarán con conocimiento de causa si esto de que sea actriz es un problema. Invito a Ramon. Los demás, a pagar su entrada.

—¿Es un espectáculo de varietés? —insiste Pere, al ataque.

—Caballero. Ilusiones, las justas. ¿Quieren comprar algo o solo han venido a conversar?

«Nunca hubo primavera más hermosa que este otoño», escribe Ramon en su cuaderno, embelesado, mientras sus amigos, ya bastante perjudicados por el alcohol, hacen cola en el espectacular

quiosco de Canaletas para pedir al camarero «una dirección de las que se buscan», de «damas discretas para caballeros discretos».

El camarero tiene cara de póker.

—¿Casas de una peseta o de tres pesetas?

Ramon se avergüenza y compra el único periódico no deportivo del local para apartarse de sus amigos. El quiosco, recién remodelado, es el punto de reunión de los forofos del Barça, le cuentan, mientras espera el cambio. No es casualidad. Esteve Sala, el propietario, también lo es del bar del estadio.

Joan y Pere, entre risotadas, vacían sus vasos de cazalla y dejan una buena propina para hacerse los hombres de mundo. Felices con las direcciones obtenidas, apuran a Ramon, tienen prisa.

Él ya ha dicho que va a marcharse, pero insisten.

—No hay que desaprovechar las oportunidades —dice Joan, el más achispado de los dos—. Y no temas, ¡no muerden!

Vinyes llegó a tiempo a la cita. Tal como esperaba, no están, y compra las entradas de sus amigos, que aparecen justo antes de que se cierre el acceso, más borrachos que cuando los dejó ramblas abajo, camino del Barrio Chino. Se apagan las luces, el argumento posee la previsible emoción de una uña rota, los cómicos canturrean malos versos con el tono soñoliento de los sacristanes.

Sin embargo, Montserrat hace que merezca la pena cada una de las cuatro veces que aparece en escena. Bella, con diadema de plumas y corpiño de lentejuelas, canta y baila regular, pero resplandece en el vértigo de la danza. «Poco vestuario», celebran ellos y se dan codazos, «Ramon, no te quejarás, menudas piernas, mírala...».

Algunas amistades funcionan como palancas perfectas. No empujan con brusquedad ni con suavidad excesiva. Dan el impulso justo.

Vinyes es feliz, por fin, en Barcelona. Ha terminado los estudios de taquigrafía y ocupa un empleo estable en una oficina. Un trabajo sin sobresaltos, metódico y aburrido. «Vivo sentado, como un ángel en manos de un barbero», escribe a sus amigos, que ahora sí le envidian.

A cambio de la monotonía diurna, recibe un sueldo razonable y, por las noches, acompaña a Montserrat a sus compromisos teatrales. Se han vuelto inseparables y ya se tutean.

Ella le ha enseñado a colarse en el tranvía, le ha presentado a músicos callejeros y le ha contado cuánto le gusta leer. «Me tengo que poner al día, mi padre solo me metió en el colegio para que me volviera buena con el rosario y el bordado», lamenta. También le ha hablado, sin rodeos, de aquel hombre basto y mentiroso que fue su marido. Vinyes ha conocido a sus hijas, Josefa y María, tan bonitas y despiertas como ella. Viven en Berga, con Bárbara, su hermana mayor, una mujer bajita, fea y de pecho prominente, viuda de don Lluçà Vilardaga, exalcalde de Berga, cuñado y enemigo acérrimo del padre de Vinyes. Como lo es ahora el exmarido de Montserrat, veterinario.

Nunca aceptó haberla embarazado antes de casarse e inventó el adulterio para anular el matrimonio.

–Supongo que ya en la noche de bodas, cuando descubrió lo respondona que soy, se asustó.

Está acostumbrada a las habladurías. Las vecinas la critican sin piedad cada vez que visita a sus hijas. Bárbara se las lleva a Barcelona un domingo al mes. Por eso Montserrat trabaja tanto. Gana cuanto puede para dárselo y que no les falte de nada.

–Brindemos, hoy hace un año que nos conocimos, querido poeta.

Para ella, la amistad con Vinyes es lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo. Con él puede hablar sin que la mire con lujuria, sin que la juzgue por cómo viste o sonríe. Puede moverse libremente por la calle sin carabina, sin ser tachada de fresca o interceptada por la policía. Y regalarle consejos, y esa energía vital que lo empuja a no rendirse.

–El tedioso ambiente de oficina es la muerte para un artista como tú, Ramon. Prométeme que no dejarás nunca de escribir.

Entre personas que se aprecian, también algunas promesas actúan como palancas, decía, y el mero hecho de que haya buena intención por ambas partes basta para creer que, al activarlas, todo va a ir bien. Raras veces es así. Cumplir lo que Montserrat le pidió a Ramon es lo que Vinyes le repite a Gabriel, años después, en la habitación del Rascacielos. Más tarde, sin embargo, su amiga pasó a exigírselo. Que le dedicara alguna obra. Quizás, también, que escribiera sobre ambos.

Algunas promesas son contratos con letra pequeña. Como el que mi abuelo Miguel y yo firmamos, siendo yo una niña.

—A ver si algún día escribes algo así. Sobre nosotros.

De él, apenas supe que leía tres o cuatro libros a la semana, con curiosidad infinita, y que de joven había sido republicano, periodista y utópico gerente de la primera y única sala de cine de mi pueblo. Que quiso ser guionista en Hollywood lo averigüé tras su muerte, como que no se le daba nada mal perseguir sueños, pues trató personalmente a Ava Gardner y a Errol Flynn.

Cuando lo conocí, mi abuelo ya solo era agente de seguros y soñador.

Durante ocho años, ocupó el lugar de mi padre, que cumplía condena en prisión. Policía, en los últimos estertores del franquismo, había asesinado a culatazos a un anarquista de Manresa que, en sus ratos libres, lo contrataba para extorsionar a empresarios.

Una vez, a los once o doce años, mi abuelo sacó un libro de los estantes de su despacho de la casa familiar y lo puso frente a mí.

–Me gustaría que algún día escribieras algo así.

Era *Cien años de soledad*.

«Sobre nosotros».

Montserrat quiere que Vinyes se dé a conocer. Le presenta a dramaturgos y directores. Asisten a tertulias de francmasones, carlistas, conservadores y anarquistas. Frecuentan el Café de la Alegría, famoso por la copa del estudiante. El cliente se sienta y encuentra, sin necesidad de pedir las, una botella de ron y otra de anís para alargar el café a su gusto. La sala subterránea, con mesas de mármol cubiertas de libros, licores, periódicos y cigarrillos, es el epicentro de la bohemia de Barcelona.

De cinco a seis llega *l'heure de l'absinthe*, otra oportunidad para emborracharse, conocer gente interesante y vivir situaciones impredecibles. Montserrat fuma como un hombre, cruza las piernas con desenvoltura, lanza carcajadas escandalosas, bebe.

–Piensas demasiado y bebes poco, Ramon –le recrimina, y le llena el vaso.

–Debo tomar nota de todo en mi cuaderno. Contigo, me sale a un par de copas por página. Pronto podré decir que escribo para beber.

Se lanzan juntos a la pista, bailan sincronizados, aunque la música apenas se oye entre el tintineo de copas y las carcajadas de la vida alegre.

Las luces de la sala, los cuellos planchados, los brillantes falsos, el charol de los zapatos y la segunda piel de los vestidos lanzan reflejos divergentes. Vinyes y Montserrat ya conocen a los intelectuales que merecen la pena. Algunos intentan conquistarla en cuanto descubren

que Ramon es solo un amigo. Se ríen, y más cigarrillos y absentas: «la cura para tu timidez», le susurra ella.

Las infusiones psicotrópicas tampoco faltan. Atomizadores y jarabes de cocaína para hacer gárgaras, una novedad que causa furor y sirve para todo: mareos, fiebre, astenia bohemia, dolores de estómago.

La vida adquiere así una apariencia fantástica y demencial. También es más profunda y verdadera que la cotidiana. Se afianza en su papel de poeta modernista. La creciente sofisticación de Vinyes es un hecho. Su indumentaria proyecta ya la distinción de un hombre que ha decidido hacer de sí mismo una obra, elogia Montserrat, y él lo anota agradecido en el cuaderno que siempre lleva encima. Como que ella prefiere la absenta azul porque la etiqueta dice «*Je suis l'inspiration*» y quiere ser una gran musa.

Montserrat lleva sus asuntos amorosos como las protagonistas de los relatos de las revistas internacionales. A veces le sonroja por la naturalidad con la que lo cuenta todo, al detalle. Mientras que él no tiene nada que compartir.

Una de esas noches, como en un sainete, el célebre poeta del Baix Penedès, Alfons Maseras, está sentado en la mesa que suelen ocupar ellos. Vinyes lo reconoce, a pesar de que han transcurrido seis años desde la única e incómoda vez en que se encontraron.

Maseras, solo y con cara de aburrimiento, fumaba distraído y da un respingo cuando Ramon le tiende la mano y le presenta a Montserrat. En cuanto logra reponerse de la divertida coincidencia de haber elegido precisamente su mesa habitual, los invita a sentarse con él.

—¡Menuda casualidad! Es la primera vez que vengo a este local.

—Montserrat, nos conocimos en Els Quatre Gats, cuando lo retrató Picasso. Por entonces, él era el poeta más precoz y famoso de su generación, y yo no era nada —Vinyes le lanza un guiño.

–Lleva un traje impecable –alaba ella, en cuanto toma asiento–. No se ven muchos así por aquí.

Le ha parecido atractivo, a pesar de los dientes amarillos y la espalda combada, como si le hubieran caído sobre los hombros veinte años más de los que tiene. Señala, curiosa, el anillo de Maseras.

–¡Qué bonito!

Ramon conoce bien a su amiga; trata de averiguar si está casado.

–Era de mi madre... Un recuerdo de cuando vivía.

–Oh, cuánto lamento su pérdida.

–Solo conservo este anillo y unos polvos de tocador con olor a rosas que guardo como otro tesoro. Huelen... igual que los que usa usted –añade Alfons en voz baja, coqueto también.

Montserrat suspira.

Vinyes aviva la brasa del cigarrillo con una honda aspiración, incómodo.

–Háblenos más de su querida madre –sugiere ella.

–Se lo debo todo. Su muerte despertó mi vocación cuando tenía once años. Fue entonces cuando empecé a escribir.

–¡Como Ramon! También perdió muy pronto a la suya. ¿Ha leído lo que publica ahora en las revistas especializadas?

Está cada vez más achispada. Ha descolocado a Maseras con la pregunta, lo que entenece a Vinyes, que se ríe y lo saca del apuro al devolver la conversación a la obra de Alfons. Y funciona. El vanidoso poeta recupera su locuacidad.

Montserrat apura la segunda botella.

–Brindemos por este encuentro, por sus versos, y para olvidar las penas –suspira, embelesada.

Ha descuidado brindar con Vinyes.

–¡Y por las bellas mujeres! –añade Maseras, galante.

Su manera de hablar, su vestimenta impecable y su mirada ojerosa lo convierten en el tipo de bohemio que Montserrat adora.

—Ramon, amigo, te has quedado muy callado. ¿Te enteraste de que Els Quatre Gats tuvo que cerrar?

—No, ¿por qué cerró?

—Nadie lo sabe. Un día, sin avisar, el propietario, Romeu, ya no abrió. Se rumorea que Rusiñol, Casas y Utrillo dejaron de ir, absorbidos por sus viajes a París... Incluso sus amantes se fueron con ellos a la Babilonia moderna, el cerebro del mundo cultural. ¿Has estado en París, Ramon?

—No, pero nos encantaría —responde Montserrat, dándose por aludida—. Disculpadme y no habléis de nada interesante en mi ausencia, voy a pasar un momento por el tocador.

Vinyes sabe que va a buscar algún estimulante, pues ha bebido más de la cuenta. Se quedan a solas y Alfons le confiesa que lo envidia.

—¿A mí? ¿Cómo vas a envidiarme?

—Sí, así es. Vivo en la casa familiar, vigilado por mi padre, mi nueva madrastra, hermano mayor y hermanas pequeñas. Me marchito.

—Pero viviste en París, la capital del mundo.

—Me fui tras una pelea con Emma, la segunda esposa de mi padre. Pero tuve que regresar cuando se me acabó el dinero. No soy capaz de mantener ningún trabajo. Ojalá me atreviera a escaparme como vosotros dos.

Montserrat regresa y propone un brindis. Vinyes, agotado, se excusa, mañana madruga. Maseras se ofrece a pagar la cuenta y Montserrat, agradecida, lo invita a su obra de teatro.

—Veámonos pronto.

Alfons besa sus manos con respeto y abraza a Vinyes. Mientras se aleja, observan que las piernas le flaquean. Definitivamente, no tiene

buena salud.

–Alfons me tiene fascinada.

–Es un dandi, a eso se dedica.

–Creo que podría enamorarme de él –bromea, para provocarle.

–Lo entiendo –asiente Vinyes, sin inmutarse.

–¿Eso es todo? Nunca sé qué estás pensando.

Los dos amigos se hacen llamar Los Nuevos. Con la mirada turbia, ebrios de versos de d'Annunzio y los simbolistas franceses, beben, discuten y, sobre todo, sueñan. Envían poemas a concursos, a revistas literarias. Proclaman, con más entusiasmo que rigor, la función mesiánica del artista modernista. Citan, con fervor, la máxima de d'Annunzio que saben de memoria: «*Il sogno di tutti gli uomini intellettuali: essere costantemente infedele a una donna costantemente fedele*».

Ser constantemente infiel a una mujer constantemente fiel.

A Montserrat no le ha hecho ninguna gracia. Ya no se reúne con ellos tan a menudo.

Alfons, para sellar su ruptura con la familia, ha adoptado la grafía afrancesada de su nombre y firma Alphonse. Y ha adquirido la manía de coleccionar calaveras. Una noche, irrumpen en la consulta de su padre y roban dos. Las esconden en el cuarto de Vinyes.

Eso sí, lejos de la vista de la casera, no sea que los denuncie.

Su vínculo es cómplice, vital e indestructible.

Por las tardes, armados con libros raros y sus inseparables cuadernos, rondan los cafés bohemios y predicán, a quien quiera escucharlos, la necesidad de interrumpir el baile de momias de la literatura convencional.

–Despreciemos juntos el folclorismo, lo local y la literatura de adorno –vociferan.

Así, las discusiones entre tribus literarias se tornan tan acaloradas que más de una vez acaban en bofetadas. Hay caballeros que prometen ultimarlos a bastonazos. Pero no se amilanan y presumen de estos chichones de guerra, como los llaman.

Menos mal que los periodistas registran las polémicas, o ni ellos mismos las entenderían.

Son felices dentro del corazón de este huracán, aunque Vinyes combina esa euforia con el trabajo en la oficina y el esfuerzo pronto le pasa factura. Duerme poco y está agotado de desdoblarse. Maseras, en cambio, acude apenas un día o dos a las clases de sus estudios de peritaje mercantil, la condición de su padre para seguir dándole la paga semanal. El resto es tiempo libre.

—Como vives solo, en mi casa creen que me llevas por el mal camino —dice Maseras.

La actividad desordenada y poco fructífera de Alfons preocupa mucho a su padre, que ve en su hijo a un diletante. Con razón.

—Cuéntales la verdad, Alfons. Diles que eres tú el que me arrastra, seguro que les caeré mejor.

Las malas influencias para los jóvenes están en otro lado. En el profundo descontento que propaga el gobierno. Hace unas semanas, Mateo Morral interrumpió la boda real con una bomba al paso de la pareja nupcial. Los reyes salieron ilesos; Morral se suicidó. Sin embargo, la policía, en busca de un culpable al que ajusticiar, detuvo a Francisco Ferrer, director de la Escuela Moderna de Barcelona, y lo acusó de ser el cerebro del atentado.

—Es un montaje. La única conexión entre ellos es que Morral trabajaba ahí de bibliotecario. Ramon, ¿no te indigna esta farsa? Firmemos el manifiesto y organicemos una movilización.

—Es un escándalo, sí —asiente Vinyes—, pero acabo de enterarme de que han premiado mi drama en tres actos *Les boires* en los Jocs

Florals d'Olot. Tengo que hacer malabares con mis turnos de trabajo para poder asistir a la ceremonia de entrega. No cuentes conmigo.

—¿Me fallas por un premio menor? Me fallas y me decepcionas.

Vinyes guarda silencio. Cuando fundaron el Ateneu Kal·ligeneia — primero, solos, luego con la peña modernista La Nueva Pléyade—, fue él quien tiró de Alfons, pero nunca le hacía reproches.

No quiere discutir, ni contarle sus verdaderas preocupaciones. Lo han llamado a filas.

Es pacifista y le desespera la fuerza ciega que arranca a los hombres de sus casas, de su trabajo, que destroza anhelos y proyectos, que aniquila la vida cotidiana... La única manera de evitar la incorporación sería que Salvadora o su padre pagaran para sacarlo de la lista, y no quiere hablar de dinero con Alfons. Le acompleja. Lo que ha conseguido con las horas extras en la editorial, cuando carga y descarga cubos de tinta y rollos de papel, de momento apenas le alcanza.

Maseras solo habla de gastar y vivir sin preocupaciones.

—Espera —insiste Alfons—, vamos a ponernos una inyección de morfina. ¿Nunca la has probado?

Vinyes lo mira, incrédulo. Definitivamente, no puede permitirse los desvaríos de su amigo.

Alfons, con la calificación mínima, se va a librar pronto de la presión de su padre. Le queda un semestre para graduarse y vive con otro estudiante que comparte sus vicios. Cada mes, pasa por la casa familiar a cobrar la paga, asegurándose así comida en la mesa y calefacción.

Vinyes, desencantado, vuelve con Montserrat. Se ha calmado y, desde hace semanas, ruega que la llamen Elena Jordi. Es el nombre artístico que ha adoptado tras entrar en la compañía de Margarida Xirgu. Tiene amantes esporádicos, dice, y se vuelca para animarlo a buscarse alguna mientras lee sus escritos y gime de entusiasmo con

sus ocurrencias, como él aplaude sus fantasías de un golpe de suerte, de talonario masculino o acción filantrópica, que le solucione la carrera de actriz.

–Es una pena que Alfons no se tome en serio sus privilegios. La vocación y el talento para esforzarse no siempre van de la mano. Así, solo puedes sentir la obra que late dentro, pero no alimentarla. Puedes escuchar su llanto, pero no calmarla...

–Ni caso, es un engreído. Tú sí tienes talento y vocación, Ramon. Espero protagonizar pronto alguna de tus obras.

Alfons tenía razón. Francisco Ferrer i Guardia ha sido conducido hasta el foso de Santa Amalia, en la prisión de Montjuic. Frente al pelotón que iba a ejecutarle, el chivo expiatorio se negó a arrodillarse. Tampoco quiso darles la espalda. Justo antes de recibir la descarga de balas, gritó: «¡Soy inocente! ¡Viva la Escuela Moderna!».

Montserrat ni se inmuta. Tiene otras preocupaciones.

La semana pasada, después de salir del teatro, se enredó en una pelea con una compañera. Maquilladas y con trajes de lentejuelas y plumas, se tiraron del pelo y se arañaron ante todos.

Elena acabó detenida. La otra, astuta, aprovechó la multitud para esfumarse.

Durante el juicio, tres testigos afirman ahora que Elena ejerce la prostitución y la fiscalía alega que la pelea fue por un cliente. Un escándalo así podría arruinar su carrera, como si ser madre soltera y las habladurías de Berga no fueran ya suficiente carga.

Encima, Margarita Xirgu la acaba de despedir. Un detalle que aumenta las posibilidades de que la condenen en firme. Hay que recurrir a Maseras. Y, así, los tres amigos se reencuentran.

–Marchémonos de la ciudad –propone Alfons, feliz con su excéntrico método para solucionarlo todo–. Podríamos viajar a París mañana mismo.

Vinyes sigue callado. Intenta digerir la carta que ha recibido de su padre. El monarca doméstico impone su ley sin rodeos. «El ejército no admite discusión. Te debes a la patria. Basta ya de tonterías. Los Vinyes nunca hemos sido cobardes. Si digo que vas, vas. Los jóvenes de hoy os creéis que esto es un circo donde cada cual hace lo que le da la gana. No te daré un céntimo para que te libres de tus deberes, y he prohibido a Salvadora que vuelva a cartearse contigo. ¡Vas a hacerte un hombre y te dejarás de bobadas modernas, buena falta te hace!».

—Ramon, con el dinero de mi padre, puedo encargarme de los pasajes, y ya he encontrado un contacto para arreglar los papeles, y el amigo que nos alojará...

Elena, con los ojos brillantes, está dispuesta a la aventura.

—¡Menuda sorpresa, que lo tuvieras previsto!

Maseras sonríe, con suficiencia.

—¿Sorpresa? —mira a Vinyes, que baja la cabeza—. ¿Acaso el muy egoísta no te había contado que estábamos preparando el viaje?

Las promesas antiguas pasan desapercibidas, hasta que deciden reaparecer y exigen ser cumplidas. ¡Escribir algo como *Cien años de soledad*!

Honrada como corresponde a un poseído, dije que sí. ¡Niña ingenua! Me llevé el libro al tejado; a la copa de un algarrobo; a mi rincón, junto a la chimenea, y bajo las sábanas, con la linterna de los campamentos. Me entregué.

Una semana después, cerré la última página y lloré. ¿Cómo iba a escribir nada, nunca? ¡Era absurdo! Un gorrión nunca entonaría su canto si escuchara a los otros pájaros y descubriera que no inventa ninguna melodía, solo las imita.

A esa edad, imitaba a mi abuelo. Me probaba su reloj, su bastón, su gesto serio. Me fascinaban su máquina de escribir y su música de viejo. Música con el pelo gris. Como el mío ahora.

Por suerte, el contrato había sido impreciso. Los años pasaron y lo olvidé. Hasta que mi abuelo falleció y lo volví a encontrar entre sus papeles. El trato, y su fotografía de escritor con sombrero ladeado. Las cartas de rechazo de productoras de Hollywood que se escudaban en la difícil situación para producir nuevos proyectos durante la Guerra Civil y, más tarde, la Segunda Guerra Mundial.

Miguel Babilonia firmaba sus guiones como Michael Smith. Eran luminosos y honestos. Lo comprendí. La promesa seguía en pie y acababa de regresar a mis manos para que pudiera cumplirla.

Abuelo y maestro.

De forma inesperada, se coloca en esta historia una pregunta, como una piedra en el zapato. La siento al andar. ¿Para qué sirve un maestro?

–Es un regalo, querido Vinyes, no hay que hacer nada. Alegra esa cara, has conseguido lo que otros solo sueñan. La etiqueta de autor maldito. Por este título matarían muchos poetas de Barcelona.

Le irrita. Alfons habla así porque no es problema suyo, él sigue trabajando para *El Correo Catalán*.

–Menos dramas, Ramon, las pompas de jabón se hinchan con la firme certeza de que por eso estallarán. Espera a que todo se calme.

¿Calmarse? Tras el viaje a París con Elena y Alfons, volvió revitalizado. Ha escrito con una fiebre incontenible, pasó días encerrado para plasmar los prodigios vistos y los secretos intuidos.

Así, en un tiempo récord, termina un libro de prosas poéticas del que se siente satisfecho. El editor de la librería Bonavia comunica, nada más recibirlo, que lo publicarán. Ha titulado su obra *L'ardenta cavalcada* y es inspirada, libre. Bonavia, por un acuerdo que tiene desde hace años con la Biblioteca Amor i Lletres de L'Avenç, garantiza una amplia distribución entre sus suscriptores.

Está exultante. En un par de semanas, todos lo habrán leído. Así, el sueño de hacerse un nombre se convierte, de manera inesperada, en una vertiginosa sucesión de explosiones.

Disfrutaba con intensidad la euforia de haber publicado. Hasta que llegan las primeras objeciones.

La Biblioteca de L'Avenç, que ya había mostrado reservas, pone reparos. Quieren eliminar algunos pasajes excesivamente crudos.

Emociones exóticas, las llaman. Vinyes se planta y exige que le publiquen sin un solo retoque. Bonavia cede.

El resultado no se hace esperar.

La prensa tilda sus poemas de eróticos y sensualistas.

Vinyes, al principio, lo toma con humor. Las primeras reseñas le arrancan carcajadas. Le divierte que los beatos, tiquismiquis y anticuados se hayan puesto nerviosos.

Hasta que el escándalo se descontrola y la polémica salta a la prensa seria. Aparecen columnas de opinión y ataques que incomodan al editor. Las llamadas no cesan. De quienes apoyan el atrevimiento y quienes proponen quemarlo en la hoguera.

Un mes después, Vinyes recibe una citación urgente.

Mossèn Pere Lisbona, corpulento y mofletudo, de los que rondan el quintal, siempre sonriente, ha mandado llamarlo a su despacho. Lo nunca visto. No es buena señal.

—Hay que retirarlo. Este escándalo puede arruinar la editorial.

El sacerdote le escucha con mirada serena, pero cada vez menos amable. Crece en su boca un pliegue de disgusto que recuerda al de otro Pere, su padre.

—Esto no es arte, Vinyes. Es perversión.

—¿Perversión? ¿Cómo? ¿Perversión, *mossèn*?

—Sus poemas son inmorales, morbosos. Está usted despedido, no se hable más.

La realidad se desploma sobre él. Quedarse sin trabajo es una tragedia, pero perder toda posibilidad de volver a colaborar en cualquier otro medio lo será aún más. Le parece increíble. La crisis ha convertido la ciudad en un campo minado de huelgas, violencia y fábricas cerradas; la policía carga sin piedad contra cualquiera; el hambre está presente en todas partes.

Y, en medio de todo esto, ¿su libro de poemas es el problema?

Imaginaba a Alfons, curtido en estos embrollos, con contactos y soluciones. Pero no se lo parece, se muestra insensible, distante, por mucho que Vinyes le ruegue orientación para recuperar su buen nombre y las colaboraciones perdidas.

Maseras solo sonríe, indiferente.

Es desesperante. Vinyes no se contiene, le dice verdades incómodas que se había guardado por no hacerle daño. Por ejemplo, lo ridículo que resulta Alfons cuando finge en las tertulias haber olvidado el catalán para exhibir su formación francesa y recitar esos versos endecasílabos, parisinos, pomposos y vacíos, con los que presume de su obra internacional.

—El mundo admira a los audaces —dice Alfons, y alza su copa—. Vamos a celebrarlo.

—¿Celebrar qué? ¿Mi ruina? ¿Tu cinismo?

—Tu primera gran polémica. No pasarás desapercibido nunca más, ¿no era eso lo que querías? Puedes quedarte a cenar conmigo, con tal de que te abstengas de tu penoso pesimismo, que se me hace molesto, y tus quejas sobre lo estúpido que es el mundo.

Menos mal que le ha llegado una carta de Gabriel Alomar. Su admirado amigo le escribe con palabras de aliento que alivian su pesadumbre. Y entonces Alfons sí reacciona y se muestra celoso; desconocía que Vinyes y Alomar mantenían correspondencia, desde hacía años. La carta es un respiro momentáneo. Falta abrir la otra, que ha estado evitando. La de su padre.

No debió hacerlo. Le exige que regrese al pueblo. De inmediato, o irá a buscarle. Ha leído el escándalo de Ramon en la prensa. Le amenaza. Destruirá el buen nombre familiar, y no va a permitirlo.

Elena es la única que le consuela y distrae. Lo visita casi a diario para contarle chismes y noticias frívolas y, además, le consigue pequeños trabajos como figurante. Aunque lo que de verdad quiere es que vuelva a escribir.

—Y si no, ¿qué más vas a hacer, querido, aparte de compadecerte?
Pero Vinyes ya no tendrá que hacer nada.
Todo está a punto de desmoronarse.

La primera semana de julio de 1909, llaman a filas a los reservistas, en su mayoría obreros. Carne de cañón para esa guerra de Marruecos que sirve a los intereses de los propietarios de minas de carbón y plomo en el Rif. Se recluta a jóvenes para ser destripados sin saber por qué.

La guerra justifica, por ejemplo, que se fusile a los desertores para elevar el ánimo de las tropas. Que se conviertan en fiesta los fuegos artificiales de los pueblos que arden a su alrededor.

Las protestas populares se multiplican, la prensa discute la posibilidad de reducir el servicio militar y se alzan voces que reclaman leyes que pongan fin a las desigualdades económicas.

–A esta guerra habría que declararle la guerra.

–Id vosotros, ricos soldados de cuota, a Marruecos. Sentad plaza, jóvenes hijos de capitalistas, deportistas adinerados.

–Cataluña no debe ir a ninguna guerra, como no sea contra la monarquía.

Los ánimos están cada vez más encendidos. La huelga general estalla y, con ella, un nuevo peligro. Se confirma extraoficialmente que la policía coloca bombas en las puertas de ciudadanos pacíficos para justificar la suspensión de garantías constitucionales. La inseguridad se ha adueñado de las calles, y los tranvías los conducen soldados con el mosquetón montado y los ojos nublados de ira.

—Si me dijeran que mañana empieza una guerra civil, no me sorprendería —anota un periodista inglés, recién llegado a la ciudad.

Las bombas de unos y otros estallan ya en cualquier parte. En la platea de los teatros, en las calles comerciales, en la calle Sant Pau —donde ya no queda una peseta— y en el Paralelo, donde los pobres nunca tuvieron nada que perder.

Unos dicen que los responsables son los armadores del puerto de Marsella, celosos de la competencia del puerto barcelonés. Otros, el gobierno central, que busca arruinar Cataluña. Las patronales culpan a los anarquistas, los anarquistas a las patronales.

Vinyes, que se ha mantenido discreto, reacciona cuando, una mañana, media docena de mujeres irrumpen en la redacción del periódico donde colabora —ha conseguido trabajo, a media jornada—. Con los ojos llorosos, exigen que se publique su protesta contra la guerra, como madres y esposas. El espacio de la redacción es diminuto, están apelotonadas en la recepción, la imagen impresiona. Si no se las atiende, van a acampar, contagiadas del fervor de los obreros, estudiantes y sindicatos.

El gobierno responde echando al ejército y a la Guardia Civil sobre las manifestantes. Vinyes protesta, es un atropello. Después, llaman a la puerta de su cuarto de la pensión con una orden de detención. Por anarquista y por no haberse alistado. Le fichan e ingresan. Se desespera. Cuando ya se daba por perdido, muerto de miedo en un calabozo, su padre interviene, avisado por Elena. Y Vinyes no sabrá, nunca, cómo, don Pere lo devuelve a Berga. A la casa familiar.

Una celda un poco más amplia.

Ramon, resignado, aprovecha la reclusión forzada para escribir una obra de teatro, *Al florir dels pomers*, una pieza breve, de ambiente tibio y rural, sin riesgos, adecuada. Gana el galardón

principal del concurso de obras teatrales que ha organizado el Teatre Romea. El público burgués, satisfecho.

—No es para enorgullecerme, Elena, por mucho que digas que me abrirá puertas. Fíjate, si es así, que con el importe del premio regresaré a Barcelona.

De vuelta a la gran ciudad, se afilia al sindicato de autores de teatro alternativo del barrio de Gràcia para resarcirse y entra, de lleno, en su propia guerra. Una contra los traficantes del teatro comercial, los programadores tramposos que monopolizan la escena y compran críticos.

Y esta vez, es Elena Jordi quien se enfada con él.

Está indignada. No la aceptan en la asociación. Ella, que actúa con ilusionistas, bailarinas, contorsionistas, acróbatas y ventrílocuos. Lo que sea por la espectacularidad, dice. Que se desviste con gracia y llena las dos mil butacas del Teatro Español.

La Jordi, la llaman ya en la prensa.

—Querida, son distracciones, entretenimiento.

—¡Claro que es teatro! Creía que eras mi amigo... ¿Y ahora vas a tirarle piedras a mi trabajo? ¿Acaso pretendes hundir mi carrera? Quizás es por esa actitud antipática tuya que no paras de fracasar.

La discusión no es nueva. Vinyes, obstinado en su ideal de arte. Elena, defendiendo la diversión. Ambos atrapados en sus discursos. Ambos convencidos de que tienen razón.

Vinyes cede. Adaptará para su amiga la pieza de moda del maestro Oscar Wilde, la que triunfa en todas partes porque aborda la pasión amorosa como nadie antes se ha atrevido a hacerlo.

La obra de Wilde, estrenada en Barcelona hace un par de años, sigue en cartel sin Elena de figurante. La directora de la compañía y actriz principal, Margarita Xirgu, de porte elegante y rostro afilado, hipnotiza al público con su mirada intensa y su cabello oscuro recogido en un moño impecable. A su lado tiene a Ramon Tor, un

galán de complexión robusta y facciones severas, igual de atractivo. Juntos, cosechan un éxito rotundo y Elena va a hacerles la competencia.

–Prefiero una obra tuya, Ramon.

–Yo también. No te preocupes, la haremos nuestra.

Que una actriz de varietés como Montserrat Casals vaya a protagonizar una obra con contenido ha generado no pocas bromas entre los del grupo del *Papitu*. Muertos de curiosidad con el experimento, todos, sin excepción, confirman su asistencia. La tragedia bíblica, en estas condiciones, promete.

–¡Lo nunca visto en Barcelona!

El escenario será la entrada y parte del portal del estanco de la madre de Montserrat. El público se alinearán en sillas de comedor prestadas por las vecinas. El atrezzo, aparte del vestuario, se reduce a un coco que representa la cabeza del pobre Juan Bautista, degollado, una idea de Montserrat. Se reía cuando se le ocurrió y no ha querido contar por qué.

Del estreno, Elena consiguió atraer la atención de Alexandre Soler, hijo del renombrado escenógrafo Francesc Soler i Rovirosa. Y del atractivo Tor, intérprete del momento.

–Si te apoya Ramon Tor, te aceptarán en las audiciones más exigentes y puede que te den un puesto de actriz, ya con nombre, en el Paralelo.

–¿Te das cuenta, Ramonet? Tor está entregado, pero Jandru parece más dispuesto a hacerme subir como la espuma. Más que la Xirgu, ha dicho. ¿Por qué pones esa cara, Ramon? ¿Estás celoso?

–¿De esos dos?

–Dime cuál me conviene más.

Con un movimiento grácil de la mano, ella le recoge una pelusilla de la solapa, entrecierra los ojos y se deshace de ella de un soplo. Como si enviara un pequeño secreto al viento.

—Lo que te conviene, querida, es pensar en dónde quieres trabajar en unos años, no en la cama de quién. Hoy has dado el salto difícil.

—¿Cuál?

—Uno desde lo que quedaba en ti de pueblerina de Berga. Sé la artista que quieres ser y no lo estropees perdiendo el tiempo con el primero que pase. Usa la cabeza, o lo único que recibirás será otra palmadita en el trasero.

Una semana más tarde, los de la crónica satírica del *Papitu* han etiquetado su versión de *Salomé* de erótica y perversa, ilos muy mojigatos! Montserrat ni siquiera ha sido mencionada.

No responde a ninguna lógica. Surgió, como todas las grandes decisiones de Vinyes, de la improvisación. Mil novecientos trece, el mes de su treinta y un cumpleaños.

Se ha hecho el mejor regalo. Embarcar de Barcelona a Colombia. La huida anhelada. Liberado y asustado. Dispuesto a saborear el itinerario interminable a través de tres océanos –Atlántico, Índico y Pacífico–, como un moderno Ulises.

Un año antes, con motivo del viaje inaugural del malogrado Titanic, participaba con Elena en el concurso de un café de la Plaza Real. Se ofrecía al ganador un premio a elegir –dos cervezas o cuatro limonadas–, a quien acertara cuántas toneladas pesaba el gigantesco transatlántico, el tema de moda en toda Europa. En los periódicos extranjeros, también predominaban las noticias sobre los conflictos que agitaban Europa y que, en cualquier momento, podrían arrastrar a España.

La anterior licencia que le permitió librarse del servicio militar ha caducado, y las nuevas leyes han elevado la cuota de exención a cinco mil pesetas.

Teme que le llamen a filas y se deja seducir por alternativas ilegales que no se atreve a compartir ni con Elena. Había oído hablar de agencias de desertión que, por trescientas pesetas, ofrecen una temporada en América, con trabajo asegurado y la documentación en regla. Pasaje incluido.

La improvisación también puede ser una respuesta meditada.

Lleva consigo lo imprescindible: la máquina de escribir y una maleta liviana, su mejor traje y, bajo el brazo, un ejemplar de *Mundial Magazine*, la revista que dirige su admirado colega parisino Rubén Darío, mago de la rima y las relaciones públicas. La portada destaca la boda de Vaslav Nijinsky.

Ya en la cola para subir al Città di Milano, echa un vistazo alrededor. No sabe qué mirar primero. Los pañuelos agitados sobre la gradería colosal de este palacio egipcio flotante le sugieren la coreografía de un gran ballet. No puede dar un paso sin chocar con alguien, pero está solo. Sonríe a cuantos le adelantan, levanta el sombrero y comenta el excelente día que hace o lo bien organizado que está todo. Ojalá este optimismo suyo no fuera una pose. Echa de menos haberse despedido.

—¿Está Elena?

—No...

—¿Está usted seguro?

—Más o menos.

Su amiga ha añadido a su frivolidad natural esas inconfundibles ausencias de quienes comienzan a saborear el éxito. Últimamente, nunca está disponible.

—¿Ha venido hoy?

—Sí, pero se marchó pronto. Tenía una comida de negocios.

—¿La espero?

—Como guste.

Se ha convertido en la gran actriz del Paralelo que soñaba ser. Vive sola, dirige su propia compañía, con la cartera forrada de duros y rodeada de una corte de artistas que cada noche la arrastran de fiesta en fiesta hasta el amanecer.

—Mi Montserrat triunfa y triunfa, ay, esta muchacha es un terremoto —dijo su madre una tarde, cuando también fue al estanco a

preguntar por ella para despedirse.

Mejor así. Quizá Elena le habría llenado la cabeza de disparates, como Salvadora.

—¿Estás loco? Un viaje tan largo —le recriminó—, con el recuerdo de la tragedia del Titanic...

Le ha dado mil pesetas y un cucurucho de aceitunas verdes, que van bien para el mareo, dice. Las mordisquea, por si acaso.

—Son el sabor que mejor combina con el salitre.

Menos mal que los del *Papitu*, ese semanario de alegre ironía desde el que le adoran y maltratan a partes iguales, no han publicado nada inconveniente. Se han limitado a desearle lo mejor y le han regalado una caricatura de despedida, su forma de reconocer cierto respeto hacia él, probablemente porque se burlaron sin piedad cuando estalló la polémica por su obra parisina.

—Le vamos a llamar el escritor cometa —dijo el dibujante.

—¿Por qué?

—Porque, como un cometa, solo le hemos visto en el firmamento de la intelectualidad muy de vez en cuando.

Otra cosa ha sido despedirse de su jefe para cobrar.

—¿Para qué te vas, si tienes trabajo aquí? Ten cuidado, ahora eres cabeza de león y allá, en todo caso, vas a ser cola de ratón.

Todo son ventajas. Se libra de un jefe insoportable, de su padre y del servicio militar. Y en América, según le han confirmado por carta sus futuros empleadores —el inversor Rafael García y el capataz Ismael Correa—, seguirá siendo contable, como en Barcelona. Piensa en los dos únicos libros suyos que tiene publicados y lleva consigo. *L'ardenta cavalcada* y *Rondalla al clar de lluna*. Odia, sobre todo, este último, un poema teatral fantasioso y esteticista que, aunque premiado, no ha logrado estrenar y le ha aportado crueles críticas de sus colegas.

Los lanzará por la borda el día de su cumpleaños.

Los tres bocinazos del barco le retumban en el pecho. América. Más colas a bordo. Vinyes avanza despacio hacia su compartimento y devora, con gran atención, la crónica exclusiva del *Mundial Magazine* de la boda de Vaslav Nijinsky. Hace semanas, el célebre bailarín ruso viajaba en un buque parecido a este, de gira por Sudamérica. Según el artículo, ella lo asedió: Rómola, la bailarina titular.

Hojea, luego, chismografía y divulgación científica, con Freud como figura de moda. Dice que los psicoanalistas vieneses discuten si los sueños pueden fotografiarse, y que algunos ya intentan captarlos con placas sensibilizadas. Interesante.

Pliega la revista.

–45.000 toneladas –recuerda que respondió.

Mientras Elena y él se tomaron las cervezas del premio por haber acertado el tonelaje, Ramon lo imaginó. Marcharse a América para regresar rico, ser uno de esos catalanes que construyen casas con jardines de palmeras y pájaros exóticos. Fundar su propia sala de teatro, él también, y no tener que depender nunca más de nadie.

Tras exigir el divorcio, no ha tenido que mover un dedo. Los mozos que contrató su suegra, Mamá Adriana, lo han empaquetado y trasladado todo –libros mezclados con ropa y zapatos– en cajas cargadas de dos en dos con un frenesí por acabar cuanto antes, a las órdenes de la que pronto será su exesposa, que le ha maravillado.

No va a hacerse mala sangre por el caos; bastante tiene con otro problema: sigue sin recibir el cheque atrasado por sus reportajes. Por eso su amigo le presta un cuarto sin cobrarle. Víctor Manuel García Herreros. Colombiano. Escritor notable del país de los tres océanos.

Este amigo e inolvidable compañero de aquella aventura utópica que fue la revista *Voces* tiene una calva triste, de aire clerical, y vocífera, como si hiciera sonar una trompeta wagneriana, que se marcha a reconquistar a una antigua novia en otro país, el muy romántico. Se ríen, se ponen al día sobre achaques y el estado del mundo. Filosofan. La tarde antes de partir, le visita para mostrarle una fotografía diminuta.

–A ver si se acuerda de mí. Con eso me conformaría.

–En ese caso, será mejor que te afeites.

Alaba la suerte de Víctor Manuel: le da lo mismo un país, u otro. Es libre, afortunado. Trabaja para editoriales de todas partes y le pagan bien.

–Leo manuscritos insufribles, redacto anuncios publicitarios... Ya no escribo nada mío. Tú, Vinyes, eres más libre que yo. Publicas tus

obras.

–Poco y sin cobrar, Víctor. Hace unos meses envié dos cuentos al *Boletín de Berguedans a l'Exili*, que se edita en Francia: «Comiats a trenc d'alba» y «El noi de Bagà». No sé si recibiré algún ejemplar. Eso es todo. Y sigo atado al colegio para sostenerme.

–Aprovecha la soledad de estos meses, que estaré fuera, para escribir más.

Ramon solo necesitará el cuarto un mes.

–Regreso a Barcelona. Voy a volver al teatro.

–Nunca lo has dejado, que yo sepa. ¿O sí?

–Para dirigir.

Se despiden con un fuerte apretón de manos y un abrazo, por si no volvieran a verse.

Víctor tiene razón. Divorciarse y volver a tener una puerta propia por la que entrar y salir a su antojo, como cuando era joven, escriba o no, es fabuloso y tranquilizador, aunque sea por poco tiempo.

Un cuarto bohemio de soltero, con teléfono y tocadiscos. Como si tuviera veinte años, bosteza, a punto de dormirse. Como si volviera a empezar.

Don Ramon ha abandonado la casa de los Salazar y se ha sentido liberado. Hace tres meses, yo también estaba de mudanza. Por un desahucio. Esta es la décima vivienda que amueblo. A diferencia de Vinyes, no lo he vivido como un nuevo comienzo ni siento que la vida me vaya a sonreír.

También Miguel se había mudado. Conmigo. Pero lleva ya tres días fuera. No me ha dicho adónde iba, pero lo imagino. Me llama o escribe mensajes a diario. Haberle echado es una grieta muy fina por la que, al fin, se ha liberado algo de presión y ha consolidado entre nosotros lo que, a partir de ahora, llamaremos una relación desorientada. A una distancia distinta de la ordinaria que teníamos, que nunca fue buena, e infinitamente más insatisfactoria.

De la casa de mis abuelos que tuve que desalojar, por orden de mi tío, el hermano de mi madre, me traje lo que pude. También a la gata. Hoy ha saltado al vacío. Un vecino colombiano que paseaba a su perro, y lo ha visto, me avisa por el interfono. Que baje. Nuestra albina de un año y medio se ha lanzado desde el balcón de mi rascacielos de cinco plantas. Su pequeño corazón ha dejado de latir contra el suelo. Intentaba cazar pájaros de los árboles de enfrente. Las copas rozan la ventana.

Sangre en la boca. Despierta. Me mira. Subo con ella, la envuelvo en una toalla. Marco números buscados en Google. Se duerme. El cuarto veterinario responde.

Corro. Abril boquea en mis brazos. Se revuelve. Se caga.

Sangre en un pulmón. Una gran contusión en la cabeza. Le ponen una vía. Oxígeno. Las pupilas enormes. Un pez blanco con ojos verdes. Ketamina. Luego, silencio. Convencida de que ha saltado para que no lo hiciera yo. Me da asco pensarlo. Y lo vuelvo a pensar.

Ha sido rápido. Ha sido insoportable. He corrido con ella, con el impulso de un nadador. Corro otra vez sin ella y el viento mueve cosas que no siento. Mi chaqueta. Mi pelo. Me tapo la boca. Tengo manchas de sangre muy clara, casi rosa, en la camiseta. Descubro más en la calle, junto a sus heces. En el ascensor. En el salón.

Recuerdo cómo me miraba, de camino. Cómo se ha quedado, rígida y sola, en la UCI.

He odiado al veterinario porque invadía el espacio de la consulta con preguntas para la ficha. Datos sobre la incineración. Tarifas. La tarjeta del seguro que no tengo.

No logro llorar ni ahora.

–Mueren mascotas a diario –me dice Miguel, por teléfono.

No respondo. Su voz me agota, pero no cuelgo. Me ayuda a dejar el mundo fuera. Mucho mejor que las cortinas corridas.

Nunca había visto morir nada de tan cerca, y de tan lejos. Tampoco una relación. Lo más parecido, la sensación más cercana que recuerdo, es aquella vez que rodé por las escaleras y casi todos mis dientes quedaron desperdigados por el suelo. Tenía ocho años. Me empujaron mis primos, a propósito. Ignoro por qué. Se reían, mientras mi madre y mi abuela buscaban los dientes de leche que no me había tragado. Hicieron recuento. Uno lo tenía clavado en el paladar.

Vivir es poder ganar a diario un atajo al último escalón.

Son las tres. En cinco minutos llega mi hijo del instituto. Tendré que darle la noticia. Y decírmela, de paso, a mí. Doblo la toalla y la meto en una bolsa de basura. Junto con el comedero. Sus juguetes.

El pienso. La bandeja de excrementos y el saco de arena. Cada olor me cruza la cara como una bofetada. No lloro. Me mareo. No quiero volver a ver nada suyo.

La casa se me cae encima. Pero no es solo eso.

Por primera vez, en mucho tiempo, me asusta poder hundirme más. Mi hijo se ha encerrado en su cuarto y yo me alejo. Envejezco y no aprendo. En un bar. En una plaza. A ver pasar gente despreocupada y primaveral. Me adentro en las historias de Gabriel y Ramon para no estar.

Escucha discos y empaqueta a destajo. La cama, repleta de fajos de papeles y pliegos de cartón apilados por encima y debajo; una catarata de cajas y ropa amontonada para regalar o desechar; los cuadros de su amigo Alejandro Obregón sobre el aguamanil; las cortinas corridas por la migraña. El pulso alterado.

El médico le ha recomendado friegas de alcohol y descanso, pero ¿cómo, si debe marcharse a Barcelona en poco más de una semana?

Gabito reaparece. Vinyes ha estado a punto de no abrirle porque no esperaba visitas. Le recibe despeinado, sudoroso y sumergido en un caos de pertenencias personales que le avergüenza que alguien vea. Una incomodidad que me resulta familiar.

—Pasa —dice, sin mirarle—. El *mal de fer equipatges* no acaba, hasta que se vuelven a deshacer. O acaban con uno.

Se le ve cansado y más envejecido. Quizás porque está en manga corta y quedan al descubierto los hombros regordetes y combados hacia delante, recubiertos de pelusilla canosa. O, por la dificultad con la que se agacha y la vulnerabilidad con que despotrica contra las mudanzas, el desorden de su vida, su biblioteca desparramada, la literatura europea y americana y, por fin, de que Gabriel haya tardado tanto en dar noticias de su regreso.

—¿Qué tal la celebración de tu cumpleaños en Aracataca? Para que veas que me he acordado. Felicidades, ya tienes veintitrés y te has quedado sin regalo.

—Gracias. Llegué anteayer —se rastrilla la melena sudada con los dedos—, no daba con usted.

—Anteayer... Eso es muchísimo, tal como están las cosas. Aprende. Marcharse y regresar es algo serio. Como crecer. A veces es abandonar una vida y entrar en otra. Pero no como el que abre una puerta, no.

Se da golpes en la pierna con una revista, por la rampa, y tose como si hubiera tragado polillas, descalzo y desgredado.

—¿Se encuentra bien, maestro?

—*Collons!* He estado mejor.

Gabito, bronceado y con una camisa impecable, lavada y planchada, usa unos zapatos de senador que le ha regalado un miembro itinerante del grupo, porque le quedaban grandes. Parece haberse tomado en serio los consejos de don Ramon y tiene mucho mejor aspecto. Lástima de esos faldones de estampado imposible por fuera del pantalón, piensa Vinyes, sabedor de que los taxistas de la redacción de *El Herald* lo llaman «trapo loco» para mofarse.

—Si lo desea, puedo pasar en otro momento.

—Anda, quédate y no protestes, que el que tiene motivos para quejarse soy yo. Es mi carácter del demonio de siempre. No haberte demorado tanto; siéntate y explícamelo todo.

Gabriel, más tranquilo, le cuenta que, al regresar de Aracataca, lo primero que hizo fue buscarlo en casa de los Salazar y, luego, en el colegio donde daba clases.

—Allí me informaron de que ha abandonado su puesto por tiempo indefinido. Créame, me ha costado localizarle.

—Lo he dejado, sí, y seguramente solo lo habrás notado tú. A mis alumnas poco les interesaban mis comentarios de Tolstói, Balzac, Flaubert, Proust...

Vinyes ha abandonado un puesto estable, cómodo, con un buen sueldo, y ahora dice, encima, que se muda otra vez. ¿Habrá

enloquecido? Le da la espalda, vacía los armarios, desplaza cajas, le ignora por completo.

–Aquí le dejo el dinero que me prestó. Ya volveré otro día.

–Espera, muchacho, si te pones así tendré que hacer una pausa.

–¿Y me contará bien qué pasa?

–Claro, faltaría más.

Su esposa accedió en tiempo récord a concederle el divorcio e indemnizarle por la mala vida que le dio. Así que, ya puestos, Vinyes se va a marchar a Barcelona.

–Es una idea que tenía en mente desde hace años.

Gabito está boquiabierto.

–¿A Barcelona? Tengo entendido que Franco sigue en el poder. ¿Y si le fusilan por rojo? ¿O ya no lo es?

–Ya les gustaría. Solo he perdido el miedo de vista, o eso creo. Si he logrado lo más difícil, volver a ser soltero, será que la vida me sonríe, ¿no crees?

Vinyes guarda los seis pesos en la cartera, con un guiño.

–Para que conste, este dinero te lo recibo como recuerdo de un joven muy pobre que fue capaz de pagar una deuda sin que se la cobraran. ¿Qué tal el viaje?

–Agradezco que me animara a ir.

–Soy yo el que está agradecido. Nunca un médico me habría prescrito mejor tónico que sentirme útil ayudando. Y qué, ¿cómo ha ido?

–Todo ha reaparecido tal como lo recordaba, pero reducido y pobre. Un pueblo fantasma con calles desiertas... No hemos vendido la casa ni la hemos quemado. Aun así, el viaje ha valido la pena. Por lo que hemos compartido mi madre y yo.

Vinyes lo estudia y suspira.

–Lo imaginaba. Has vuelto con ojos nuevos. Pero tu cara es la misma, por desgracia.

—¡Y con un nuevo árbol genealógico! Fíjese, he confirmado que mis abuelos eran descendientes de una viuda andaluza. Y primos hermanos, pero eso es otra historia. Llegaron a Colombia exiliados de España, como usted, pero el siglo pasado.

Mientras contaba esto, saca un manojo de folios de la carpeta y se los muestra a Vinyes.

—He escrito mucho. Aquello que dijo mi madre me puso en marcha. «Vengo a pedirte el favor de que me acompañes a vender la casa». Lea este nuevo capítulo, si lo desea.

—Te agradezco la deferencia, y voy a corresponderte con un consejo: no muestres a nadie el borrador de algo que estés escribiendo.

Gabriel, abochornado, no sabe qué responder.

Pero Vinyes ya busca las gafas, con parsimonia, pues disimula lo ansioso que está, y lee. En silencio. Minutos que se hacen eternos. Se acaricia el mechón de la frente y, finalmente, suspira y guarda los lentes en el bolsillo.

—¿Y bien, don Ramon?

—Se ve que es un material todavía crudo, como es lógico — responde, con sencillez—. Te haría comentarios sobre el manejo del tiempo.

—Ese es mi problema, lo que más me cuesta, don Ramon.

—El drama ya sucedió y los personajes no están, sino para evocarlos, de modo que tienes que lidiar con dos tiempos. Necesito más, tráeme el resto. Lo releeré antes de marcharme... Escribes cada vez mejor.

—Los de la tertulia dicen que trabajar en el diario me ha dado soltura.

—¡Qué sabrán esos! Es cierto, también leo tus jirafas. Hablas mucho de violetas... —Vinyes se fija en todo—. Pero, ¿cuándo has visto una violeta si no has salido de Colombia, y aquí no hay? Recuerda lo

que te dije, si quieres ser novelista. Por mantener tu puesto de redactor, te expresas con una prudencia innecesaria y escribes lo que crees que los demás esperan, aunque no sea tuyo...

–En el grupo se le echa de menos –cambia de tema, avergonzado–, ellos también estaban preocupados y me rogaron que les informara. ¿Se lo lleva todo porque se marcha a Barcelona para siempre?

–Siempre, nunca... ¿Me ayudas a buscar coca-colas? Gracias por hacerme objeto de vuestras preocupaciones –tose y la afección de los bronquios se hace más evidente–. Anda, busca, que yo voy a por los zapatos. ¡Esos calaveras! ¿Preocupados? Claro que estoy bien. Mejor que nunca.

Vinyes alza las cejas y niega con la cabeza, histriónico. Le emociona haberlos preocupado.

–Es curioso –bromea, desde detrás de una pila de cajas–, la gente no se pone de acuerdo. O me echan de menos, o me echan de casa.

Gabriel ya ha servido las bebidas.

–No habréis hablado de que quizás me moría, ¿verdad? Eso trae mala suerte.

–¡Claro que sí! Y más tendríamos que haberlo hecho ahora que le veo de cerca, con ese flequillo y su cara de cacatúa.

–Cuidado, muchacho, o te llevarás un picotazo en el pescuezo.

Qué poco se acerca una persona a otra sin bromas de por medio.

–Voy a llamar a los del grupo, con su permiso. Habíamos quedado, pronto será el estreno de mi revista, don Ramon. Preparamos una fiesta colosal. Avisaré de que va conmigo.

–Cada mes aparece un periódico y se estrenan diez escritores. Es agotador. ¿Para cuándo está prevista esa cita que dices?

–Ahora o en un par de horas, están de tertulia, no se preocupe.

–Me refiero a tu revista.

–En menos de tres semanas, el 29. ¿Acudirá a la fiesta? Por fin publicaremos lo que se nos ocurra.

–Lástima, me lo perderé. Quisiera que me creyeras digno de seguir siendo amigos, aunque te falle.

–¿No puede retrasar un poco su viaje? Será el lanzamiento de la revista sin recursos más temeraria de Barranquilla, después de *Voces*, tenemos oficina en la calle San Juan.

–¿Oficina?

–Los de *El Herald*o nos han prestado una máquina de escribir, una mesa y una silla. Literatura y deporte. Alfonso es el director y yo el jefe de redacción.

–Me marchó en avión, vía Nueva York, el quince de abril. Es inamovible. Voy al extranjero en que se habrá convertido mi tierra, tras estos diez años de exilio por aquí. *iCollons*, Gabito, te has puesto serio! Tendré que darte la buena noticia que te falta para alegrarte por mí. Voy a estrenar en Barcelona, en una sala profesional. Seleccionaron mi obra *Arran del mar Caribe* para el Teatre Romea de Barcelona y voy a dirigirla.

–Cuánto me alegro –miente, apenado.

–Será la primera vez que lo hago en una sala de primera. Podrías venir a visitarme a Barcelona, en cuanto me instale, ¿qué te parece? Y, de paso, conocerías mi pequeña patria. ¡Qué reportaje sociológico para tu revista podrías hacer allí! Pero ni se te ocurra ir con esa camisa tropical.

La obra versa sobre el exilio. Vivió todas esas experiencias, escribió sobre ello unas cuantas veces, y no había llegado a estrenar nada porque en algún punto se le escapó el sentido de por qué hacerlo. Hace una pausa. Se declara afortunado por los cuatro costados. Es su manera de exorcizar el pesimismo. Y el miedo que disimula. Aferrarse a las buenas noticias.

—Una familia catalana en la costa norte colombiana se dedica al contrabando de petróleo para submarinos alemanes. Como sabes, conforman una poderosa comunidad en Barranquilla. Huyeron de Europa cuando la Segunda Guerra Mundial y regentan cervecerías y empresas afortunadas. Celebran ceremonias nazis en sus clubes y colegios alemano-tropicales. Y hay una indígena y una prostituta italiana que son violadas y golpeadas por dos tipos embrutecidos de tanto beber whisky.

—De lo más atrevido para su Barcelona franquista. ¡No esperaba menos de usted, don Ramon!

—¿Sabes qué es lo mejor? Esta obra, tal como acabo de contártela, ya ha pasado la censura.

Al torniquete de los censores hay que darle trabajo, dice; para eso cobran. Le ayudará a ir hacia la gente y no esperar más que vengan a buscarlo. Esta oportunidad será su despegue.

—Con uno de mis dramas más extraños. ¿Quién me lo iba a decir?

Observa la caja abierta donde apila la producción dramática que conserva. Treinta y seis obras.

—¿Están todas en catalán?

—Y ninguna representada. Prosigamos.

Solo queda por revisar las columnas de papeles encima y debajo de los muebles, los daguerrotipos, las postales, la torre de Babel de libros que venderá, y la docena larga de cuadros.

—Luego iremos a brindar, como querías, no desesperes.

—¿De veras pretendía hacerlo solo? Si lo sé, no vengo a verle.

Gabriel ha depositado la carpeta y el par de libros que traía sobre la mesa y se ha arremangado para apartar papeles y hacer sitio para entrar más cajas de cartón que sale a buscar. Vinyes amontona cuadernos y pliegos, guarda algunos, otros van a la papelería.

—Toma, para ti. Practica catalán. Para cuando vayas a visitarme.

Son tres copias, las mejor editadas, de obritas tuyas, ajadas por el tiempo. «Peter's Bar», «Ball de Màscares» y «A la boca dels núvols».

—Se publicaron junto a una decena de buenos autores del siglo pasado que ya entonces estaban muertos. Me sentí casi un gran dramaturgo. Casi.

—Se nos va a pasar la hora, don Ramon.

—Si quieres aligerar, espabila y elige de ahí los libros que más te gusten. ¿Se te ocurre a quién podríamos vender el resto?

Señala una estantería repleta de obras completas.

—Tiene que ser alguien con dinero.

Eso descarta a casi todos los de la tertulia.

Cuando Gabriel les ha llamado, le han encomendado la misión de sacarlo, como sea, de las tinieblas donde lo ha encontrado para darle la sorpresa de organizar cómo pueden ayudarlo.

—Brindaremos por su estreno. Y hablaremos de su fiesta de despedida.

Vinyes se ha desinflado nada más pensar en lo que le cansará compartir sus planes con tanta gente. Preferiría seguir empaquetando y no ver a nadie. Pero Gabriel avanza a todo ritmo y las cajas por llenar se terminan. Mañana irá a por más.

—¡La velada será sonada! Maestro, será como retomar las tertulias. ¿Va a arreglarse ya, o piensa salir así? Planche esa camisa, o no van a reconocerle.

—Tú podrías ponerte ropa de adulto, americana, corbata, y entonces al que no reconocerán es a ti.

—¿Con este calor? Eso ya le digo yo que no pasará.

—Recuérdame mañana que las busque, te regalaré unas cuantas. Vamos, me rindo. Cuanto antes vea a toda esa gente, antes podré ir a por cajas y seguir empaquetando tranquilo.

Se desviarán para recoger la prensa.

Gabito no da crédito cuando ve los periódicos y revistas importadas que Vinyes encarga cada mes.

—¡Es usted de otro mundo, don Ramon! La casa de su amigo, a rebosar de cosas que no puede llevarse, ¿y sale a por más?

—El saber no ocupa lugar. Las leeré antes de partir y también las regalaré.

Un número especial dedicado a la muerte llama la atención del joven. Lo hojea mientras caminan.

—¿Qué tal lleva usted la muerte?

—Como todos —miente—. Espero que la vida me dé para hacer algo, y morir tranquilo.

—¿Revolucionar la escena de Barcelona con esa obra suya, y en un gran teatro, por ejemplo?

—Aún no lo sé. Lo averiguaré cuando la haya estrenado.

Casi todos estaban ya en el café. Las llamadas para confirmar que Gabito ha encontrado a Vinyes –sano y salvo, y con noticias– han surtido efecto.

–¡Por fin nos regala su presencia! –le reciben, a coro–. Siéntese, cuánto tiempo.

–Me complace verlos –miente, divertido.

Gabito ha desaparecido, apenas han llegado. Ha cuchicheado a la cocinera el favor de un plato de arroz, que ahora se come a dos carrillos, y le sirven otro a don Ramon. Con una sonrisa, consigue lo que se propone, el muy vivo.

–¡Ha engordado, Vinyes, no coma tanto!

–Voy repleto de lo que he leído, no como vosotros. He dedicado más tiempo a leer que a vivir, y así he vivido mil y una vidas.

Solo quieren bromear, beber y averiguar cotilleos sobre el divorcio de Vinyes y los Salazar.

–Ya casi está, y el mérito es de María, que conste. Una disolución matrimonial no suele ir tan rápido, es competencia de los tribunales eclesiásticos. Debo reconocer que los Salazar me llevaban muchas misas de ventaja.

–¡Un republicano hablando de misas, lo que nos faltaba! –aplaude Germán Vargas.

–Hemos hecho nuestras averiguaciones, como buenos detectives –anuncia Restrepo, más serio–. María Luisa Salazar mandó a un hijo

a Cataluña, fíjese qué casualidad. Seguramente con la familia de su cuñado, dicen.

Vinyes asiente. El cuñado conservador y antirrepublicano. Es extraño. Averiguar por los bohemios de Barranquilla que el hijo natural de don Eparquio, que nunca tuvo culpa de nada, vive exiliado.

Dice que sería un excelente argumento para una obra de teatro, mucho más oportuna que la que va a estrenar, y cae en la cuenta de que muchos de los presentes, salvo Enrique, Alfonso, Germán y Gabito, poco sabían del Vinyes dramaturgo. Le acribillan a preguntas, los pone al día y felicitan a don Ramon con jolgorio redoblado.

—En ese caso... ¡Le deseamos mucha mierda, como suele decirse! Pero nos sigue gustando más la teoría de que se va a Barcelona a recuperar a algún antiguo amor, como su amigo Víctor Manuel García Herreros. Menudo par de galanes están hechos.

—A mí no me engañarán una segunda vez. Moriré soltero — responde Vinyes, colorado—, y precisamente es lo de morir lo que me mueve. Prefiero un nicho cualquiera en Cataluña que el panteón gótico de Barranquilla de mi familia política. No me convenció nunca esa perspectiva, y además la carne catalana tiene que resultar indigesta para los gusanos de por aquí, acostumbrados a vuestras osamentas tropicales.

Tras saciar el apetito, Gabriel toma la palabra y expone los planes de ayuda y despedida oficiales del grupo. Todos quieren colaborar: proponen dedicarle una calle, editar una selección de sus obras traducidas al español, organizar discursos de homenaje y pasar la gorra entre los presentes.

—Lo de la antología lo veo difícil. Excepto las críticas literarias y los artículos que publico en la prensa, lo demás lo escribo en catalán.

—Podríamos traducirlas.

—No hay necesidad, después de ver tantos mares del derecho y del revés, sin que me hiciera falta. ¿Acaso un pintor traduce lo que pinta, o un músico lo que compone? Nada justifica esa molestia.

Este tema pone siempre a Vinyes a la defensiva. La tragedia, la gran tragedia, de tener una lengua prohibida, que apenas se lee ni se escribe libremente. Se sirve un poco más de coca-cola. La mesa pronto queda dividida en debates paralelos. Algunos bebedores de paso saludan al intelectual viejo y huraño sin tener claro quién es. Circulan bandejas de café turco, licores con hielo y azúcar, y cajetillas de cigarrillos que ruedan de mano en mano. Vinyes recibe palmadas en la espalda, y los recién llegados le interrogan sobre los mismos asuntos que ya ha contado. Responde, agrio como su pitillo retorcido. El ruido de los coches, el hedor escalfado de la alcantarilla, todo resulta cada vez más insoportable. Se miran entre sí, al verlo cada vez más callado. Durante décadas, ha obligado a muchos de los presentes a buscar una voz propia y defenderla, pase lo que pase, pero ya no disimula que tantas voces pueden ser demasiado. Se pone en pie y se hace el silencio.

—Os dejo, con el deseo de que sigáis pasando una muy buena tarde, y os pido disculpas por ser un aguafiestas sin remedio —murmura, con esa media sonrisa suya—. Recordad que un amigo debe ser capaz de ver a otro como un escritor ve a su personaje. Pasar por alto sus defectos, ignorar lo trivial y molesto, y seguir adelante.

—¡Nos hará falta su manera de torcer la boca cuando no le gusta lo que decimos o publicamos! Hay que reconocer que siempre nos había extrañado que prefiriera vivir aquí, pudiendo hacerlo en Europa.

—Sea bueno, regrese pronto, no nos abandone. Va a sentir frío en Cataluña, y esto no será lo mismo sin usted.

El sol le dora el flequillo cuando se da la vuelta y replica:

–Nunca es lo mismo. ¡Salís ganando!

Tres días desaparecido y llama al timbre, como si nada.

Gabriel se había comprometido a ayudar con el empaquetado de libros. Y, de pronto, nadie sabía dónde se había metido. Ni en el periódico, ni en el Rascacielos, ni en la tertulia.

—¿Has estado enfermo?

—No, maestro.

—Te veo demacrado. Pasa, llegas a tiempo.

Viene con la cabeza gacha, apenas murmura una disculpa antes de ponerse a trabajar en la mudanza. Aparta cajas y muebles en silencio, y Vinyes, que lo observa de reojo, decide aprovechar la inusual sumisión para llenar el espacio con su voz. Retoma, como si el tiempo no hubiera pasado, la conversación interrumpida días atrás. Habla pausado, se recrea en los detalles. Gabriel asiente de vez en cuando, como si escuchar fuera una forma de redimirse. Hasta que la curiosidad le puede.

—Dígame, don Ramon. Entre cientos de destinos, ¿le tocó irse a trabajar a Ciénaga, o lo eligió?

—Fue por un anuncio que no concretaba nada. Solo supe que el destino sería al otro lado del Atlántico. Escribí, me aceptaron y embarqué a donde quisieron o, sospecho, a donde quiso el azar.

Gabriel, más relajado, ha recordado que lleva consigo la correspondencia acumulada que el cartero le ha entregado, esa mañana, al saber que iba a visitar a don Ramon.

—No doy crédito —levanta Vinyes el sobre más abultado, el primero que ha abierto—. El juez ha debido elegir este día a propósito.

Hay documentos sellados y un cheque que confirma que su esposa ha cedido. Justifica el divorcio: lo acusa de abandono.

—La muy hipócrita afirma que no sabe de mí desde hace tres años. No deja de ser irónico que mi liberación matrimonial llegue firmada justo el día del vigésimo octavo aniversario de nuestra boda.

Para celebrarlo, sacan refrescos y apartan revistas, fotografías, ropa. Todo destinado a la basura.

—Por cierto, don Ramon —sonríe Gabriel, triunfal—, le he hecho caso y he convencido a Mercedes de que me dé una oportunidad. La he llevado a bailar a El Prado...

Vinyes brinda, enternecido, por la noticia.

—Tampoco quiero olvidar lo de su biblioteca.

—¿Qué pasa con ella?

—Otra gran noticia: el gobierno del Atlántico la quiere. Completa. Hemos hecho algunas gestiones con Alfredo Carbonell. Le manda saludos, ¿se acuerda de él? Pasarán con un camión.

Vinyes mira alrededor. ¡Qué paz despojarse, y qué vértigo!

—Lo que no saben es cómo corresponderle —prosigue Gabriel.

—Diles que los fenicios inventaron la moneda para estos casos.

Los recuerdos más secretos, los reprimidos y los que ni sabía que conservaba, como su teatro de ideas, lleno de reflexiones oportunas e inoportunas acerca del mundo y del ser humano, probablemente acabarán en la profundidad polvorienta de un contenedor de desperdicios. Aunque primero hay que localizarlos entre los montones desperdigados por el cuarto que están desmantelando.

Un certificado de trabajo, que Gabriel pregunta si tirar o guardar, los anima a retomar el hilo. Las aventuras de Vinyes en Ciénaga, donde el joven había pasado algunas temporadas, de niño.

—Veinte días después de zarpar, atracamos en la llana y dificultosa bahía apodada «El Caimán». Se dice que cuando uno recupera el rumbo, las cosas brillan más a cada paso. Pero, a veces, ocurre lo contrario. Así, tras pasar de un continente a otro, acabé como contable en la sociedad Correa Hermanos, exportadora de maderas y cacao. La empresa estaba dirigida por Ismael Correa, de quien no he vuelto a saber nada y que dudo que siquiera exista.

Vinyes se acoda en una caja con una coca-cola en la mano, dispuesto a recordar el primer desembarco que le cambió la vida. Antes de partir, en Barcelona, había imaginado un lugar donde la vida sería sencilla, con peces y frutas en abundancia, el ir y venir de mercancías entre palmeras.

A diez mil kilómetros, le zarandeó otra realidad. La injusticia, la ciénaga, sus gentes... Y el desconcierto de que no fuera un paraíso ni un infierno, solo un mundo ajeno, con reglas que no comprendía.

—Y desperté.

Cada vida se compone de sucesos tan numerosos como las hojas de los árboles; se suman y culminan en una rama, la rama en un tronco y raíces. ¿No hace esto de extremada dificultad contar la más breve de las historias?

Hubo un antes y un después de Ciénaga.

Vinyes desembarca, tras un mes de travesía en trasatlántico, como tantos otros indianos ilusionados con hacer fortuna. El vaivén constante, los mareos y el retraso obligado de los relojes cada dos días los han agotado a todos. En el puerto, un embudo de gente bloquea la pasarela. A la cabeza, una pareja discute: ella llora, él grita exigiendo ver al capitán.

—Dos que se vuelven —explica un pasajero a Vinyes—. No tienen dinero para el pasaje.

Apartado el incidente, Vinyes se despide sin mirar atrás, baja a tierra y avanza por una de las avenidas de barro que salen de la explanada. No está preparado para el paraíso: mire donde mire, no hay placas en las calles ni números en las casas. Pregunta a un lugareño, que señala hacia un callejón estrecho, enlodado, lleno de desperdicios.

No se amilana. Nada ni nadie va a perturbar su recién estrenada confianza.

Al doblar una esquina con olor a pescado podrido, reconoce el estrépito de martillazos, sierras, poleas. Un carro con el letrero del

aserradero. Su futuro: caserones de tablas ahumadas, tejas rotas, enredaderas, gallinas en los patios, caballos exhaustos cubiertos de moscas. Una niña succiona la ubre de una cabra diminuta; Vinyes aparta la vista, incómodo, y pregunta por don Ismael Correa.

—Nunca está —responde un viejo de ceño fruncido—. Yo soy Abel: repartidor de pan por la mañana, empleado aquí por la tarde.

Vaya, como el hermano de Caín.

Vinyes le sigue hasta el que será su cuarto y despacho: un cubículo oscuro, sin ventanas, con mesa, estante y silla. Un perro desgredado le olfatea los zapatos. El trabajo, indicado en un cuaderno del anterior contable, es sencillo. Se habitúa al estruendo de las máquinas, al hedor de meados y serrín, a los gatos cazando ratas bajo la mesa. Aprende sobre maderas y su flotabilidad. En su diario anota: «Aquí olvidaré los disgustos de Barcelona».

Pero el cuarto que le han asignado es húmedo; tiende la ropa fuera.

Por las tardes explora: casas sobre el agua, mosquitos, basura. Quiere instalarse en la zona seca para extranjeros. Aprende trucos contra el clima, escucha advertencias sobre indios vengativos y víboras en la ciénaga. Llega una carta de Maseras, desde París, y su amistad con Rubén Darío. Él los presentó.

También ha publicado un artículo para alabar la valentía del viaje de Vinyes, que parece un epitafio prematuro. Responde con ironía: describe al detalle la abundancia de maravillas naturales que quisiera haber encontrado, aunque la realidad sea tedio, horas de contable y soledad. «El bienestar es parco en palabras y la angustia parlanchina», escribe para despedirse, tras dibujar para Maseras breves relatos de alcatraces y cocodrilos adormilados. Cierra su carta con la descripción del vuelo de una mariposa azul del tamaño de una paloma. Y le hubiera hablado del perro, fiel y dócil, que le hacía compañía en el aserradero, pero ha muerto hace un par de días de un

atracción de cáscaras de mejillones y gambas que hurgó en una bolsa de basura. Se da una bofetada para espantar a una mosca.

¿Para qué decir nada del tacto pegajoso de la sal en el pelo, de la mañana a la noche? ¿Y del hedor a peces descompuestos de sus paseos?

La soledad, sin libros ni ganas de escribir, de su cuarto de paredes de tablas y lonas envejecidas, no puede compartirla so pena de volver a ser ridiculizado por Maseras.

Cuando deposita la misiva en la oficina de correos, el mal está hecho. Ya solo imagina a su amigo dándole sentido a su vida, fresco y repeinado, mucho más feliz que él, en un café de París.

El nuevo casero se llama Humanidad, peluquero apodado así por el letrero «La humanidad está triste» que colocó como protesta tras el asesinato de unos peones rebeldes. Peluquero, psicólogo y chamán, atrae parroquianos con un sillón de cuero rojo, una radio temblorosa, un gran espejo mellado en las cuatro esquinas. Sabe sonsacar penas y aconsejar. Le dice a Vinyes:

—No será tan buen amigo si leer su carta le hace sentir mal. Cuidado, de la hipocresía germina la violencia.

Cuenta historias de terremotos, brujerías y de su pueblo, los Chimilas, y explica las tres muertes, porque en el Caribe colombiano la muerte llega tres veces.

La primera, la más evidente, es la que cualquiera puede ver: el cuerpo se inmoviliza, el aliento y el pulso cesan, los deudos lloran y la tierra cubre el ataúd. La segunda es la muerte en el corazón de quienes nos amaron: nuestro recuerdo se disuelve en la memoria de la familia y los amigos, y nuestro nombre deja de despertar emoción alguna en quienes nos conocieron.

La tercera, la más fría, es cuando desaparecemos de la memoria de la comunidad, cuando nadie conoce nuestra historia ni queda rastro de nuestro paso por el mundo.

–Podemos despertar cada mañana, don Ramon, sin saber que ya estamos muertos. O llevar años bajo tierra y, sin embargo, seguir vivos.

Humanidad ha sobrevivido a todas.

–Usted, como todos los indianos que he conocido, todavía no sabe para qué sirve el miedo, pero lo sabrá –le advierte.

A Vinyes le gustaría tener la sabiduría, el optimismo y la calma de Humanidad, y sobre todo dejar de vagar como un espectro.

–Tenga paciencia.

Así, Humanidad le ha salvado de tirar la toalla y volverse; conoce bien el precio de la espera.

Su vida es un buen ejemplo.

De niño, se hizo el muerto en una pila de niños muertos en la plaza de su aldea, para que no se lo llevaran los soldados que asesinaron a su familia. Le descubrieron.

Le vendieron.

Los Chimilas, o Ette Ennaka, «gente propia», que antes dominaban las ciénagas y los bosques del Magdalena, han sido tratados como ganado. Durante la Conquista, los cazaban por recompensas. Durante la República, los despojaron y esclavizaron con la excusa del progreso. Ahora, en tiempos de bananeras, los obligan a trabajar en las plantaciones y los transportes fluviales por un sueldo mísero, o los condenan a exiliarse.

Su pueblo, dice, ya es un fantasma en su propia tierra y, en la selva, se escuchan tiros casi cada tarde.

Humanidad le ha rescatado del tedio de esta recién inaugurada soledad que tanto había anhelado y ahora tanto le cuesta soportar. Vinyes ve, con los ojos de su nuevo amigo, esta recolonización de corporaciones como el aserradero para el que trabaja. Descubre niños muertos o vendidos, indígenas esclavizados. Se ve. Es un europeo que, de adolescente, tradujo a Rousseau y quedó convencido

de que la verdadera diferencia entre animales y humanos no es la razón, sino la libertad. Y ahora es un esclavista más de los que solo se preocupan de decidir si prefieren un té o un café.

Y un cobarde.

Le desespera, tanto como su rutinario trabajo, formar parte de la causa principal de la mala salud y desnutrición de los lugareños, el analfabetismo y las altas tasas de mortalidad infantil, el peonaje por deudas y la explotación sexual de las mujeres, las enfermedades y parásitos del ganado, los raquíticos huertos.

Conversan cada tarde, le ha presentado a los vecinos más pintorescos y le vende un sombrero-amuleto: con él puesto, no le pican los mosquitos y recupera ánimos para embarcarse en el proyecto personal que más le motiva ahora: mejorar las condiciones en el aserradero. Exigir a los capataces reducir las jornadas, prohibir los castigos, enseñar a leer a los braceros y a las criadas, abrir una biblioteca.

—No se confunda —le dice Humanidad, muy serio—. Usted pretende poblarnos la cabeza con sus sueños. Pero ya tenemos los nuestros. Solo ustedes creen que el futuro está delante. En mi pueblo siempre se ha sabido que lo que está por delante no es el futuro, sino el pasado. Y lo único que podemos ver. Cuidado, don Ramon.

En el bar, esa noche, Vinyes mantiene una reunión con otros oficinistas occidentales como él y le escriben al gobernador una carta con las conclusiones. Firma «en nombre de los europeos de buen corazón que residen en Ciénaga». Además de presentar sus peticiones, explica que «vivir así es un infierno para los lugareños y para nosotros, si seguimos de brazos cruzados, pues renunciaremos a nuestra posición de amantes de la civilización».

Los extranjeros más pudientes, mientras, lo rechazan o ridiculizan; algunos lo marginan con pequeñas venganzas.

El manifiesto que ha improvisado para proteger a este pueblo paciente y sabio, que sonríe aún desde el fondo de su miseria, no los convence. Razones no les faltan.

–Caballero, usted trata de conseguir algo a cambio de nada.

–Créanos, los pobres deben simplemente ser honrados y humildes, y los que desobedezcan, obtener su castigo.

–No parece usted europeo... Si dejamos razonar al caballo, se nos acaba la equitación.

Una tarde, se niegan a permitirle jugar con ellos al billar. Otra, llegan a esconder las bolas para que no pueda hacer carambolas solo.

El hastío crece y alimenta su cruzada. A medida que toma el control de los libros, Vinyes lidia con un número creciente de problemas contables, muchos de los cuales no puede resolver porque requieren consultar con el capataz ausente, Samuel Correa, que no ha respondido aún a ninguna de sus cartas. Antes de acostarse, lee sobre derechos sociales para evadirse y descansa mal. Enferma: fiebre, dolor en el pecho, alucinaciones.

Humanidad se le aparece, le llama «hombre sin tribu» y le advierte que aquí solo se respetan las enfermedades y los machetes. En esa visión, Vinyes es un capataz decapitado que corre despavorido y el peluquero le promete sacarle de este trance. Le prepara una infusión de una planta extraña y amarga, de color ocre, en la que flotan virutas de madera.

En el aserradero, los libros de cuentas están vacíos, devorados por termitas, y llama a gritos a Montserrat y a Alfons.

«La humanidad no existe. Solo existen las personas, de una en una», dice más tarde una anciana que le visita en la comisaría. Se parece a su madre.

Vinyes siente que tiene en los párpados armadillos que dan volteretas, jadea y le rechina la mandíbula como las sierras. Le miden cada dos horas la fiebre y le ruegan que no trate de levantarse;

sábana hasta la barbilla. El rostro, blanco como la cal, vuelto hacia el costado. Duerme, tres días en cama o tres semanas.

A la mañana del cuarto, encuentra la peluquería cerrada.

Han detenido a Humanidad por su culpa: se lo llevaron.

En el bar, lo mismo, no hay billar. Eso sí que no se lo esperaba.

Vinyes pierde la compostura. Han castigado a su amigo por panfletario, le informa un viejo parroquiano, amarillento, que pasaba en bicicleta y le ha reconocido por el sombrero.

—Podrían venir a por usted. Dicen que su carta sí llegó. Y muy arriba —le avisa.

De camino al aserradero, Vinyes, aún febril, ve cerdos negros de pulgas y garrapatas. Se revuelcan en el barro, junto a las casas, y piensa en la cuarentena de los barcos que el aserradero, y todos, incumplen; en la ciudad, plagada de carteles con anuncios profilácticos y preventivos; las obleas de papel de Armenia para mantener puro el aire a precios astronómicos que no ha comprado; el jabón marca Salvavidas para el baño y el lavado escrupuloso de la ropa interior que las autoridades recomiendan, el calzado impermeabilizado a prueba de filtraciones en las suelas y costuras.

El aserradero ha cerrado.

Parcos en explicaciones, tres peones ociosos le recomiendan que se vaya a acostar, tiene mala cara. Coincidencias funestas. Vinyes cada vez sabe menos a qué vino y, tal como le había florecido la paciencia, se le marchita. Tira la toalla.

Sin embargo, desde hace una semana, no hay barcos a Europa. Por la guerra.

—¿Qué guerra?

—Tranquilícese, caballero. Si lo desea, puede embarcar a Barranquilla, a poco más de cien millas.

Descubre que no lleva suficiente dinero encima. Se le va a soltar el vientre.

Rebusca en la maleta y nada, la frente cubierta de sudor; le han robado, quizás mientras estaba convaleciente. Se niegan a fiarle, y como siga gritando así, van a llamar a las autoridades. De ningún modo. Va a llamar él. Es un atropello.

–*No es desesperi tant, que tot té remei.*

Un catalán de rostro redondo y amable, con el pelo al cero, le tiende la mano y se presenta como Xavier Auqué Masdéu, de Gratallops. Sus ojos diminutos y que sonríen afables le ofrecen a Vinyes la contraseña para salir de Ciénaga sano y salvo. Regatea con el vendedor de pasajes, no deja de sonreír, llegan a un acuerdo y luego invita a Vinyes a embarcar y a un café cargado a bordo.

–Hay que tener cuidado con las infusiones de los indios y con los caciques –dice–. A ambos les gusta poner a los ingenuos en apuros. Nos dan una lección, o se burlan de nuestra visión del mundo tan limitada, superflua y esclerótica. Para nosotros, todo es bueno o malo, negro o blanco. Por lo que me cuenta, me temo que ha sido víctima del indiferentismo.

–¿Indiferentismo?

–Sí, despreocuparse. De que se pueda matar o ser asesinado, devorar y ser devorado. Es una plaga.

El vapor se arrima a la orilla y se amarra un cable al árbol más cercano. Luego, los pasajeros cruzan sobre un tablón.

En el buque, repleto de extranjeros que parecen escapados de un circo ambulante o de la *troupe* de una compañía de teatro, Auqué le pone al día sobre la guerra en Europa.

Vinyes contempla sus anteojos de oro, el brillo de oro en un par de dientes, oro en la aguja de la corbata, oro en el reloj, en el monedero, en la hebilla del cinturón. Este catalán lleva años en el continente y sus anécdotas resultan fascinantes; algunas solo injustas y parecidas a la experiencia de Vinyes, otras dignas de *Las mil y una noches*.

Como aquella vez que capturó una boa de tres metros con un puñetazo en el hocico, o sus peripecias en una plantación bananera con una muchacha con la que deseó casarse nada más verla, hechizado por un conjuro de amor. Hasta que, a la mañana siguiente, descubrió que tenía al menos setenta años.

–Mezcló gotas de sangre con vino. Me embrujó... ¿Fuma, Vinyes?

–Gracias, con gusto. Me calmará los nervios.

¡Qué extraño es no poder, a veces, distinguir entre lo que es real o no!, murmura, y observa desde la popa al marinero que introduce una pértiga en el agua una y otra vez para medir la profundidad.

–¡Siete pies! –grita–. ¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Cinco!

Su voz resuena con una mezcla de alarma y resignación que también ha invadido a Vinyes.

–¡Tres!

Tres pies solamente. El barco se detiene y debe retroceder en busca de una nueva ruta.

Don Ramon, ya más sereno, recuerda que guardó la pulsera de cuentas negras, de lava volcánica, que le regaló Humanidad durante su efímera visita nocturna. La saca del bolsillo, la siente latir, pesada y extraña, en la palma de la mano. La guarda.

–Tiene razón, Xavier, no hay nada como acostumbrarse a ver este mundo como una casa de locos.

–Quédese con lo positivo –dice Auqué–: nos hemos encontrado.

Le cuenta de dónde es, a qué se dedicaba en Barcelona y cómo decidió embarcarse a Colombia. Luego, pregunta detalles de a dónde va el barco para el que Auqué le ha conseguido pasaje. Atiende, distraído, no puede quitarse de la cabeza la idea de encontrar en otra ciudad lo vivido en Ciénaga.

Auqué, para tranquilizarlo, explica que Barranquilla, aunque modesta, es moderna, como Barcelona, dice, bien comunicada y puerto principal del comercio del país.

Arrullados por el tableteo rítmico de las palas y el repiqueteo de la lluvia en el techo de lata, Vinyes escucha más historias de Auqué: lavativas de café con leche de rata, infusiones de tornillos oxidados, compresas de puré de cucarachas, emplastos de excremento de animales o huevos de polillas.

—Una vez en Barranquilla, si sigue con ganas de regresar a Barcelona, tiene buques a los Estados Unidos. Tampoco será difícil encontrar uno a Europa cuando la guerra se calme.

Auqué viene del Priorat, su familia tiene olivos y viñedos, pero su corazón siempre ha buscado la aventura —dice—, y cierra el libro que leía.

—Vengo de visitar la finca bananera que compartía en Aracataca; he estado a punto de arruinarme, créame que Barranquilla es lo mejor que hay por aquí.

—¿Y por qué debería confiar en usted, Xavier?

—Somos catalanes, es otra cosa.

Se ríen de esta absurda respuesta.

—Tenga este libro, si quiere leer algo más, voy a dormir un poco.

—Vaya, Ramon, tiene usted buen gusto.

—No es mío, me lo prestó una italiana en el barco en el que viajé a Ciénaga, hace un año, y menos mal, porque no he visto una sola librería desde entonces.

Xavier se ausenta para visitar el excusado. Vinyes rememora su viaje a Ciénaga.

Desayuno: sopa, té o café a elegir, galletas. Comida: cocido de garbanzos y patatas, alternado con judías y carne; agua a discreción y más galletas. Cena: igual que al mediodía. Los jueves y domingos, medio cuartillo de vino en las comidas principales.

El Città de Milano avanzaba a tumbos sobre un océano interminable. Las olas empañaban de espumas el ojo de buey al final

del corredor, donde la luz se filtraba tenue. Excelente para disimular los rostros pálidos por el mareo que lo cruzaban.

Ramon, tan absorto en sus pensamientos como ahora, recuerda su soledad y el crujir de las cuadernas, las gaviotas sobre los mástiles, la voz extraordinaria del viento y del mar. Le irritaban los delfines y los peces que saltaban a devorar desperdicios. Las náuseas lo confinaron en el camarote, un espacio angosto del que apenas recuerda un catre de tela y un lavamanos.

Se sentó a escribir sobre la comunicación de las gaviotas. Graznidos cortos y rápidos. Chillidos largos y melódicos. Se desesperaba: nada lo distraía, como ahora. Habría gritado, de no ser tan pudoroso. Sacó de la maleta dos libros suyos que llevaba consigo. Se levantó, salió a cubierta y, en un arrebato, los desgarró y arrojó los pedazos por la borda. Los fragmentos se dispersaron, retorcidos, por los cuatro puntos cardinales.

–Prou, prou de transigències i de miratges! ¡Je m'en fiche de la tradició, de les reverències...!

Si se marchaba a América –ahora lo ve claro–, no era solo por la amenaza del servicio militar. Era porque estaba harto. Harto de poetas que escriben para otros poetas, que se alaban, se critican y se rinden pleitesía unos a otros. Harto de ese mundillo de vanidades, hipocresía y asfixia.

–Atienda, joven.

Se sobresaltó. A su espalda, una voz con acento italiano sube de volumen a medida que regresa del ensimismamiento.

–¿Tanto odia al autor de esos libros?

Una anciana, sombrilla en mano, lo observa divertida. Dice que llevaba ahí unos minutos llamándole, sin éxito. Ramon balbucea un buenos días, avergonzado. Se presentan. Explica que el odiado mal escritor es él, y que el resto de la historia es complicado.

—Disculpe mi atrevimiento —su sonrisa lo relaja—. Viajo sola y soy curiosa. ¿Sería tan amable de contármelo? Prometo ser discreta.

Ramon desgrana peripecias desde que, de niño, comenzó a escribir. Pasean por cubierta hacia el rincón de la tetera caliente de primera clase, donde ella tiene su chal, y conversan, contemplan el océano, alaban el aire vivo, el cielo azul y las peripecias de la vida de Ramon. Es ella quien cita a Virginia Otis, la protagonista de *El fantasma de Canterville*, de Oscar Wilde, para justificar su nombre. Le habría gustado ser aquella joven estadounidense, dulce y compasiva, que mostró simpatía por el fantasma y lo ayudó a encontrar algo parecido a la paz.

Miran la estela del barco y vuelven a reírse. Vinyes habla de los peces que ahora llevarán en sus entrañas las páginas de los libros destrozados. A la elegante Virginia le divierte que a él le divierta esa posibilidad. Había creído en la literatura con candor místico, reconoce Vinyes, pero ha conocido demasiados desengaños para mantener la esperanza, refunfuña.

—Es como si, con los libros, hubiera lanzado por la borda todo lo incorrecto de mis planes. Quería hacerme un nombre y ser sabio. Ahora solo quiero que me olviden. Y volverme ignorante. Por eso viajo a Ciénaga.

Ella asiente.

—El desencanto es habitual a su edad. Ánimo. Con el tiempo, las cosas se ponen en su sitio.

Un pitido interrumpe la conversación.

—Caballero, discúlpeme, debo regresar a mi camarote.

Se incorpora y apoya una mano sobre su hombro, con suavidad, para darle dos besos de despedida.

—Viajar ha sido una buena idea, ya lo verá. Triunfe donde y como sea, no importa. Y piense en Dante: lo aclamaron en toda Italia y,

póstumamente, en el mundo entero, pero nunca en su Florencia natal.

Ramon sonríe, encantado por la ternura de su voz y por el final dulce de la charla. El viento les revuelve el pelo. Ella rebusca en su bolso y le tiende un libro.

—Tenga. Léalo. Pero prométame al menos que no lo tirará al mar —ríen.

No volverá a ver a esa dama ni sabrá más de ella que lo poco que le ha contado: fue cantante de ópera en su juventud y ha viajado una o dos veces al año en este buque desde que conoció, a bordo, a su marido, un escritor frustrado recién fallecido.

Vinyes, con los codos en la baranda, la mira alejarse e imagina el resto de la vida de la señora Virginia, sus conversaciones con otros pasajeros más interesantes que él en este trasatlántico, y fantasea una obra de teatro sobre el misterio de cómo un libro puede pasar de un propietario a otro —por robo, obsequio o extravío—, en apariencia, sin importancia.

Echa de menos haberle hecho más preguntas. Ella desaparece. Nadie sabe de ninguna dama italiana con ese nombre, por más que pregunta. Quisiera haberle devuelto el libro, ese bello ejemplar de la *Divina Comedia*, y el favor de su compañía.

Bendito Dante y su descenso a los infiernos, piensa, y lo abre por fin. Lee, en la primera página, una nota escrita a lápiz. Quizá el día en que la dama adquirió el libro, o se lo regalaron: «Virginia, Città de Milano, 24 giugno 1913».

Entonces se da cuenta: se lo había dedicado, justo antes de su única conversación, a él. El fantasma.

Xavier regresa. Vinyes, con la lección aprendida, le hace muchas preguntas y no duda en abrirse. Cuando desembarcan, el pudor inicial ya se ha convertido en palanca amistosa y Auqué, fascinado, insiste en comer juntos para prolongar la amena charla. A Vinyes,

con el estómago revuelto, le parece también necesario. Los olores cerca del río son ofensivos. La humedad de Barranquilla resulta igual de intolerable que la de Ciénaga. A simple vista, las condiciones sanitarias causan también consternación, y la arquitectura es poco atractiva. Pero no se queja, solo observa. Cerdos y burros deambulan por las calles arenosas. Hacía mucho que Vinyes no trataba con alguien con corbata, y eso le basta.

Frente a dos platos de huevos fritos bañados en grasa, carne y arroz, Xavier anuncia su plan:

–Un lustro de perseguir sueños de indiano, Ramon, pero ahora me haré comerciante; es más seguro.

Le propone el negocio que se le ha ocurrido casi al final del viaje, cuando hablaron de Virginia y Dante: una librería en Barranquilla.

–Pocas veces me equivoco con las oportunidades, Ramon, y necesito su ayuda.

Auqué pondrá el capital y Vinyes la regentará; así estará estipulado en el acta constitutiva de la sociedad. Dispondrá de un sueldo mensual y tendrá derecho al treinta por ciento de los beneficios.

–Ya veo que está decidido a hacer que me quede.

–Créame, hay guerra para rato.

Partió a Ciénaga para alejarse de todo interés literario y de las preocupaciones por no encajar. Quería ser libre. «Ahora, con treinta y dos años, seré librero», bromea en su diario.

Mientras él se instala, Auqué se ha ausentado para visitar a su esposa y su hijo en la finca La Viuda, donde tal vez cazará caimanes. Antes de partir, le ha concedido plenos poderes.

Un mes después, solo encuentra a Vinyes mejor vestido.

—No es como me contaste en el buque, Xavier.

Barranquilla, como ha podido averiguar Vinyes estas semanas, apenas es más que un lugar de paso en decadencia. Desde la apertura del canal de Panamá, el comercio internacional ha desviado su curso hacia Buenaventura, en el Pacífico. El río y el puerto se vacían.

—Confiemos, la leyenda dice que fue fundada por pastores indios que buscaban mejores tierras —recuerda Xavier, para animarse.

—Parece que aún no las han encontrado —responde Ramon, divertido.

La pesca ha disminuido y, si se halla petróleo más arriba, contaminará las aguas hasta volverlas inútiles. La ciudad sobrevive con fábricas de fósforos, cigarrillos, licores, harinas y gaseosas. La mayoría de la población trabaja en el traslado de carga entre las bodegas del ferrocarril, la aduana y los vapores del río, y encima la sequía de noviembre a mayo paraliza el tráfico fluvial.

—¿Qué libros van a vender, caballeros? Solo hay navegantes varados, comerciantes necesitados como ustedes y mecánicos sin empleo.

El alcalde está en lo cierto.

Auqué plantea otro problema. De los tres mil pesos de oro que llevaba encima cuando partió de Ciénaga, quedan mil, y hay bloqueo de cuentas bancarias por la guerra en Europa. Pensó que su padre le ayudaría, pero no responde a sus cartas.

—Lástima que mi abuelo ya no viva. Él sí creía en mí.

Ese Auqué del siglo pasado parece otro personaje de novela de aventuras. Fue periodista, revolucionario y atracador de bancos condenado a la colonia penal de Cayena, en la Guayana Francesa, donde compartió cautiverio con bandidos célebres, como Papillón.

Las desavenencias con sus padres refuerzan la amistad entre los socios, y ese abuelo aventurero, la recuperación de las fantasías de indiano de Vinyes. Enriquecerse para no depender de nadie.

No hay marcha atrás. Solo avanzar. En una semana, Xavier consigue un préstamo y los permisos. Vinyes renegocia con doña Adriana Movilla un buen precio por un local en la plaza de San Nicolás de Tolentino, cerca del Hotel Suizo. Un edificio destartado con siete puertas que dan a la plaza.

—Me ha tomado simpatía —presume, satisfecho—. El primer año no pagaremos alquiler, a cambio de las reformas.

—¡Qué buen ojo tienes! —celebra Xavier—. Atraeremos a la clientela beata y a los extranjeros.

—Solo falta ir a la capital a buscar proveedores.

—No es el mejor momento para viajar a Bogotá, amigo.

Ayer, el general Rafael Uribe, líder liberal, se dirigía al Capitolio Nacional con un proyecto de ley para proteger a los trabajadores en caso de accidente laboral. Al cruzar la plaza de Bolívar, dos

desconocidos lo atacaron con hachas. Agonizó doce horas en su mansión bogotana antes de morir.

–Instalemos el teléfono –decide Ramon–. Para eso se inventó.

Se encierra en su despacho y, con absoluto dominio del medio, contacta con proveedores e instituciones culturales de todo el país. Negocia contratos y los cierra siempre a su favor.

–La Librería Vinyes & Auqué Ltda. ya existe, Xavier. Ahora necesitamos promoción.

Llaman a muchas puertas, sin éxito, y nadie quiere fiarles. Solo la reunión con el rico Clemente Salazar Blanco, director del diario *El Comercio*, da resultado.

–Son ustedes unos idealistas –sermonea este empresario casi centenario– y yo sé más que nadie de lectores. Aquí hay 35.000 habitantes. Descuenten la primera cifra, por quienes no saben leer. Del resto, quiten a los que no pagan y a los que leen sin pagar... Tirarán su dinero con los anuncios.

–No nos importa –lo desafía Vinyes, convencido.

–¡Me gusta su arrojo, joven! Está decidido. Anúnciense, y por ahora no voy a cobrarles. A cambio, sigan anunciándose cuando ganen ese dinero que dicen que van a ganar.

La publicidad funciona. La noticia del amplio fondo y la posibilidad de hacer encargos difíciles se difunde. Muchos transeúntes, intrigados, se acercan a ver los siete escaparates con los últimos títulos de literatura, revistas culturales, cerámica fina, juguetes y postales.

Lápiz en la oreja, tijeras en el bolsillo del chaleco, manos firmes sobre el mostrador, convence a la clientela. Ha creado un carné de pedidos inspirado en las fichas de biblioteca, que estrena con una extensa lista el doctor Julio H. Palacio, director del diario *Rigoletto*, hombre de pocas palabras y lector voraz, tan satisfecho con este

nuevo punto de reunión de Barranquilla que se apunta a las tertulias que se organizan tras el cierre.

De seis a ocho, Vinyes comenta libros raros, cuenta que mantiene correspondencia con León de Greiff y Anatole France, y bromea sobre poetas mediocres cuyos libros, aquí, no se venderán ni a la fuerza. Tiene en marcha una misión parecida a la de Ciénaga, más modesta. Convertir en lectores a quienes menos acceso o hábito tienen.

—Son los que más lo necesitan. Leer puede cambiarles la vida —se sincera con Xavier.

Como doña Ursulina. Una tarde, la ve entrar con cara de susto, como quien se aventura en una tienda de estraperlo o de ropa interior. Al comprobar que el vendedor es educado y amable, se relaja.

—Tenga cuidado, joven. No vaya a darme una novela de esas que son pecado. Enséñeme solo las que puede leer una dama sin comprometer su respetabilidad.

—Por supuesto —responde Vinyes, circunspecto—. Como bien sabe, los sacerdotes avisan a diario de lo que no debe caer en manos de ninguna dama. Por ejemplo, *Madame Bovary*.

Doña Ursulina se persigna.

—Sí, lo dijeron bien claro en misa. Es indecorosa. Trata el adulterio. ¡Qué horror!

No aparta la vista del libro que Vinyes acaba de ponerle enfrente.

El librero sonríe. Adora a las clientas dignas de Flaubert. Y el placer de doblegar la hipocresía.

—Créame, doña Ursulina. El efecto de un libro prohibido no es el mismo en todas las mujeres.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cada lector es un mundo. El resultado dependerá de sus valores, de su educación. ¿Es usted piadosa y recta?

La ajada señorita se indigna.

—¡Menuda desfachatez! ¡Acaso lo duda! ¿Por quién me ha tomado?

Vinyes aguarda. Las personas adoran los desafíos. Solo hay que empujar un poco.

—Eso es. Nada más escucharla, me he hecho una idea cabal de sus gustos y grado de formación como lectora. Mi veredicto es que puede leer sin miedo lo que le plazca.

Ella calla.

—Pruebe con este y confirmará mi teoría cuando vuelva a por más. Estoy seguro de que no la defraudará.

—¡Qué disparate! Pero voy a hacerle caso.

Una semana después, regresa. Menos envarada. Se ha obrado el milagro y la procesión de lectores se vuelve imparable.

No contento con ser prescriptor entre las cuatro paredes de la librería, ha regresado al periodismo. Publica columnas en *La Nación* con reseñas y recomendaciones, pues la redacción se encuentra a pocos metros de su librería y el director, Pedro Pastor Consuegra, es también cliente habitual.

Periodista mediocre en sus inicios, ha ganado contactos e influencia con la edad, y conoce a todos en la capital. Una tarde, lo demuestra al entrar acompañado de un catalán de Sabadell.

—Les presento a Pau Vila, pacifista como usted, Vinyes.

Vila ha llegado a Barranquilla a la espera de un barco seguro para cruzar el Atlántico y regresar a Ginebra. Es hijo de un obrero textil y pedagogo autodidacta.

—He desarrollado un método educativo mixto que prioriza la formación libre sobre cualquier ideología o dogma.

A Vinyes y Auqué les fascina su forma de ver el mundo. No puede marcharse, dicen, y lo convencen para que se una como socio

capitalista. Su experiencia en Suiza, país neutral en la guerra, facilitará el envío de libros europeos.

La librería pasa a llamarse Viñas & Co.

Ya no son dos. Son una tribu. Y Vinyes es feliz. Tanto, que desea compartirlo y organiza la visita de su hermano mayor, Joan Vinyes Sabatés, traductor y discípulo de Pompeu Fabra.

Va a proponerle abrir una sucursal en Barcelona.

—Se llamará Librería Americana.

Joan también tiene una noticia inesperada.

—Alexandre Plana te ha incluido en esta antología, publicada hace poco en Barcelona. Me rogó que te entregara un ejemplar en mano.

Vinyes apenas conoce a este crítico literario que ha titulado la antología *Poetes catalans moderns* e incluye en ella a escritores fuera del círculo de premios y reconocimientos como él.

—¡Qué atrevimiento!—, dice, y frunce el ceño.

—Ramon, deberías alegrarte. Has alcanzado notoriedad sin estar en el meollo. Será que tienes talento y no lo han olvidado.

—Yo tampoco a ellos.

Creía haber dejado atrás las capillas literarias y a los que solo se preocupan de figurar, como este ambicioso antólogo. Pero a medida que hojea el volumen, recuerda quimeras juveniles, las envidias y rencillas. Todo regresa.

Esa noche, desvelado, observa el cielo ecuatorial. Aquí, las estrellas parecen cambiar de color y tamaño cada noche. Y tiene una revelación. Como las constelaciones, toda diferencia, rivalidad u oposición con otros escritores puede formar parte de algo mucho más grande. Solo necesita un soporte tangible para demostrarlo. Una revista.

—Seremos la resistencia. Un ejército de voces capaz de arrebatarse el trono a las revistas literarias de Bogotá.

Al día siguiente, lo propone y la idea entusiasma a los tertulianos. Será decenal, impresa en modesto papel de periódico y a un precio accesible para garantizar la difusión. Y la llamarán *Voces*.

–Pensad en la máquina de vapor, el teléfono, el fonógrafo, el aeroplano. Cada novedad, para algo. ¿Y esta revista, para qué?

Los asistentes guardan silencio.

–Llevaremos la cultura nacional e internacional a quienes nunca la han tenido a su alcance.

–¿Seremos un tranvía?

–Seremos todos los transportes.

Los aplausos estallan.

Manos a la obra, las tertulias pasan a ser un cenáculo editorial, con los de más edad, Vinyes y Enrique Restrepo, como directores y, en una semana, gracias a los desvelos de Julio Gómez de Castro, muchacho estudioso y pragmático, consiguen un impresor.

El 10 de agosto, en plena guerra mundial, se lanza el primer número. Ese día, Ramon recibe un telegrama de Joan. Don Pere Vinyes ha muerto.

Lo tomó por sorpresa. Esperaba una felicitación por la revista. No había pensado en su padre en años. Tampoco en la posibilidad de sentirse apenado por ese progenitor que reivindicaba la figura de Carlos de Borbón y que vivió bajo los preceptos de Dios, Patria y Rey. Ni tener que llamar a su madrastra para darle el pésame.

Salvadora se alegra de saber de él.

–... aunque haya tenido que morir tu padre para que llamaras. Cuéntame, ¿cómo estás? ¿Qué tal, en las Américas? ¿Vas a volver?

Vinyes solo quiere hablar de la librería y la revista. Menciona el lanzamiento de *Voces*. Salvadora suspira al darse cuenta.

–Tu padre dirigió un diario local durante años. Tal vez esta coincidencia sea la forma de quereros, ya que no pudisteis en vida.

Poco dado a sentimentalismos, la corrige. Su revista no tiene nada que ver con su padre ni será local. Publicarán desde una entrevista a Apollinaire –ha presumido en las tertulias de haber estado de fiesta con él en París– hasta la traducción de fragmentos de Gide...

–No sé de qué hablas, hijo, pero me alegra oírte tan entusiasmado.

Tal como Vinyes había previsto, pronto *Voces* pasó de ser un pliego modesto a una publicación de cuarenta y ocho páginas y han logrado que se suscriban los intelectuales de la región. Innovan. La revista se envía también a Bogotá, a Brasil, a Venezuela... Germán Vargas, con su cigarrillo eterno, anuncia que ha reseñado los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* y ha escrito una necrológica para Antoine de Saint-Exupéry.

–¡Excelente! Así la quisiera cuando la necesite –celebra Vinyes.

Vargas sonríe. Sus ojos azules chispean, y su entusiasmo arrastra también a Álvaro Cepeda, Gregorio Castañeda y a los filósofos autodidactas Bernardo Restrepo y Julio Enrique Blanco. Resabiados, difusos y abstrusos, se habían negado, al principio, pero entran.

–¡Lo nunca visto entre filósofos, trabajo en equipo!

José Félix Fuenmayor, corrector infalible y purificador de estilo, se une a Vinyes en la edición. Un par de pintores y dibujantes aportan ilustraciones. *Voces* avanza. Gana amigos y enemigos. Las propuestas se multiplican en cada nueva reunión.

–Deberíamos dejar la última página en blanco para que los lectores escriban lo que consideren relevante –sugiere Restrepo.

–No podemos regalar papel. Hay que buscar anunciantes. Esto no se paga solo –refunfuña Héctor Parías, el hijo del impresor y el único preocupado por las finanzas.

–¿Quién se va a anunciar, si los comerciantes son conservadores?

—¿Es el Héctor con quien me confundió la otra noche en el Rascacielos?

Vinyes, absorto en la conversación con Gabriel, había pronunciado un nombre por otro, sin darse cuenta. Una bomba enterrada que ahora debe manipular con cuidado.

—Nos llevábamos mal, Gabriel... —confiesa—. No soportaba su visión del mundo.

Gabriel sonríe.

—No es difícil, don Ramon. Hay que tener muchas lecturas e imaginación para satisfacerle.

—Y buena cabeza. Un texto que entregó sobre el servicio doméstico lo delató. Bajo el seudónimo de Hipólito Pereyra, expuso su pensamiento: justificaba la explotación sexual de las criadas con una alegría repulsiva, disfrazada de juego natural. Escribió: «A las palomas, para que no se vayan, se les da sal, y a las criadas salerosas... se les da la sal del amor prohibido». Y también: «Juro que, de ciento un hombres con quienes he hablado, ciento dos me han confesado que han practicado este amor».

Gabriel suelta una carcajada.

—Eso no es imaginación, es un mal chiste.

—Presentó más textos parecidos. Como me negaba a publicarlos, votaba en contra de lo que yo proponía para mejorar la revista. Amenazó, como hijo del impresor que era, con echarme. Hasta

hacerme perder el interés en la administración de *Voces*. Me concentré en lo mío, la literatura.

Sus artículos y relatos, en aquella época, no solo estaban lejos de la calidad de la revista. Defendían un sistema de sometimiento insufrible. Héctor, herido en su orgullo, habló de censura. Nadie le hizo caso, y menos aún Vinyes, que dejó en manos del codirector, Restrepo, el trato con él.

Gabriel enciende otro cigarrillo.

—¿Y eso es todo?

Vinyes niega con la cabeza.

—Fue el principio. Se obcecó, y eso que, ya mucho antes, había sido blanco de burlas en la redacción; consideraban que nos provocaba a propósito con esos escritos y que convenía restarle importancia. Restrepo me aconsejó hacer la vista gorda, y a él escribir solo poemas. Tantos, que publicaba. Pero su insistencia en tratar temas terribles tenía algo de exaltado, una fijación que me descolocaba.

«Hipólito ha escrito un libro titulado *Ojos de gallo y trufas*. ¿O eran *Ojos de hierba*?, ¿y *ciruelas*? En fin. Colección de poemas», recuerda Vinyes que publicaron sus compañeros una vez. Y que Héctor apenas se inmutó.

Hace una pausa.

—Un día, me respondió en la revista. Con letra aumentada, encajó, mientras montaba los tipos, una amenaza junto al editorial. «Voy a publicar el libro que recopila las censuras que he padecido desde que don Ramon Vinyes decidió que mandaba él en esta revista. Queda avisado». Restrepo la vio a tiempo, al revisar las pruebas, y la anuló para que los lectores no pensarán que estábamos más locos de lo que ya lo parecíamos. Cuando me lo contaron, lo ignoré. Me lo tomaba como un juego.

El conflicto bélico de Europa se calma, poco a poco, pero ya ninguno de los tres socios de la librería tiene intención de regresar a Cataluña, de momento. Solo lo mencionan porque, cuando se pueda, se turnarán en largas travesías a Nueva York, Nápoles, Venecia, Florencia, Roma.

Así, dice Vinyes, perfeccionará los siete idiomas que ya leía y se empaparán de modernidad, ampliarán el catálogo de la librería y descubrirán nuevos escritores que reseñar en la revista.

Maneja dinero y se siente un triunfador. Sin embargo, las cartas de Salvadora que llegan traen la nostalgia al primer plano y piensa en las consecuencias de la guerra para sus amigos catalanes.

Una madrugada, tiene otra idea. Escribe cartas para que envíen libros desde Cataluña. Va a venderlos en la librería para ayudar económicamente, presume, y además les ofrece colaboraciones pagadas en la revista. Héctor se lleva las manos a la cabeza.

—¡Otra locura!

—No te soliviantes, amigo. Océpate de las resmas de papel y los tipos desportillados de la imprenta. *Voces* debe ser internacional. Demostrará que el centro del mundo puede estar en todas partes.

—A ver si no será que crees que el centro del mundo eres tú.

Y tal vez lo crea.

En una carta, ha escrito: «Por suerte, la revista me absorbe por completo, pues soy su alma». En las reuniones, impone su criterio o

se marcha a la trastienda a leer y poner al día la correspondencia.

Uno de los primeros catalanes en responder a las cartas de Vinyes ha sido, cómo no, Alfons Maseras, desde París. Se muestra humilde y agradece sinceramente la oportunidad. Está irreconocible. «Dada la penosa situación en que me veo, causada por la Gran Guerra, si algo me pesa es el miedo a embrutecerme, y por eso podría no estar a la altura de tu amistad. Eres amable al ofrecerme un espacio en tu revista, Ramon, allá van estos poemas por si sirven para *Voces*».

Luego, informa, escueto, de su dirección provisional.

Acaban de despedirlo de *Le Figaro*. «Ya no estoy en la redacción y es de grandes, y puede que graves, consecuencias en estos momentos inciertos. He comprendido que en París es imprescindible ser francés para ser alguien, como tantas veces me dijiste, querido amigo».

Maseras trabajará de corresponsal gráfico en el frente. «Comprendo tu pacifismo más que nunca, Ramon, pues odiaré la furia de los fusiles de por vida. Me pagan lo que no sé hacer, y hago a regañadientes. Mientras que, por los versos que te envío, que son buenos, no me dan ni los buenos días».

Vinyes respondió de inmediato, preocupado. «Un héroe en el frente, como Aquiles», escribe. «Pero Aquiles fue valiente hasta la insensatez. Cuídate y no antepongas, como él, una muerte gloriosa a la vida. Esa vida amable que me decías que deseabas para escribir. Seguro que la vas a tener, y sin arriesgarte tanto, si eres paciente. Muchos ánimos, y quedo a la espera de más noticias tuyas».

El mundo, enloquecido, le solivianta. Y, a veces, le hace reír de un modo amargo. Una noche, entre noticias de guerra y política, la de Anatoli Lunacharski, dramaturgo y Comisario de Instrucción Pública de Lenin, le parece el colmo. Ha presidido un juicio simbólico en el que se acusó al Todopoderoso de genocidio y crímenes contra la humanidad. La sesión duró cinco horas, y en el banquillo de los

acusados se colocó una Biblia. La fiscalía presentó pruebas basadas en testimonios históricos. La defensa, designada por el Estado soviético, alegó demencia y trastornos psíquicos del acusado.

El tribunal lo declaró culpable y lo condenó a muerte. Al amanecer, un pelotón de fusilamiento dispara ráfagas al cielo de Moscú.

—Estos rusos sí que saben montar un buen espectáculo.

Restrepo, que ha entrado a buscarle porque hay que cerrar, no da crédito a lo que oye. Vinyes tiene que mostrarle el periódico.

—¿En serio?

—Tan en serio como la guerra.

No sabe cómo, pero Alfons siempre trastorna el ánimo de Vinyes. Otra vez es pesimista. Se compara. Está insatisfecho. Y reincide en el idealismo desatado.

«Voy a hacer algo no solo por mis amigos catalanes, sino por todos los oprimidos de Europa», escribe en su diario. Pero esta vez, corrige, con la lección aprendida, no va a obsesionarse y se limitará a lo que está en sus manos: enviar gratuitamente ejemplares de la revista a Europa y ofrecer espacio a quienes cree que lo necesitan.

La hiperactividad y el desprecio absoluto por los beneficios se han adueñado de él.

Con la ayuda de un ruso exiliado a Barranquilla, partidario de los bolcheviques que promovieron el fusilamiento de Dios, publica en *Voces* traducciones de poetas polémicos, con mensaje. Busca, incansable, a los más raros e inconformistas de cualquier país. También a los locales, anuncia, y se ofrece como lector de jóvenes aprendices de escritor.

Pronto tiene lista de espera. Su destreza editorial es tal que lograr su aprobación es el mayor halago que un escritor podría recibir, dicen.

–Pero no ganamos dinero, amigos, cubrimos gastos –se queja Héctor.

–Escribiré artículos gratis para compensar los que se pagan.

Para disimular su omnipresencia, firma con el seudónimo Bruno A. Lavallo. Escribe editoriales en mayestático plural... En definitiva, todo lo que hace exaspera a Héctor. Cada día un poco más.

Con el fin de la Primera Guerra Mundial, en noviembre de 1918, se restablecieron los viajes de Colombia a Europa. No obstante, la pandemia de gripe española, sumada a las restricciones económicas y logísticas, impidió que el tráfico marítimo y aéreo recuperaran de inmediato su ritmo habitual. Enfermedades o machetes. Vinyes organiza una visita a París con su socio, Pau Vila, para adquirir libros y, de paso, para reencontrarse con Maseras.

Alfons los recibe en su modesto piso y su hospitalidad prescinde de formalidades. Con un gesto rápido y nervioso, franquea el paso. Sobre una mesa de madera lacada en blanco, desgastada por el uso, tres copas, una botella de coñac y un sifón de agua de Seltz. Restos de sus buenos tiempos.

—Ahora costarían una fortuna —añade, con una media sonrisa.

Vinyes y Vila toman asiento, tras las presentaciones. Los brindis brillan bajo la luz mortecina que entra por la ventana y fuera, para Ramon, París sigue siendo la ciudad de los grandes sueños y las grandes decepciones con sus dos amigos. Pero dentro, en este pequeño salón atiborrado de libros, lo único que importa es que, al menos por un rato, pueden ganarle terreno al olvido.

Entre trago y trago, Maseras resume la delicada situación política, y personal, a causa del conflicto.

—Si ya estuviste en el frente, ¿qué vas a temer ahora, Alfons?

—La verdad es que solo estuve en tres ocasiones, y apenas unas horas cada vez. Es horrible permanecer más tiempo bajo tierra, encorvados, torcidos, enterrados, en tensión, siempre observando si de las trincheras enemigas asoma una cabeza.

La respuesta desvanece la heroica fantasía sobre Maseras y sus dramáticas cartas desde Verdún. Sin embargo, ha perdido a sus dos hermanas, Maria de la Caritat y Teresa, a causa de un bacilo misterioso que resultó ser la gripe española; murieron con una semana de diferencia. Y le han despedido de otras dos colaboraciones periodísticas. Demasiado desaliento. «Con lo contentos que habíamos desembarcado Pau y yo en Francia», se lamenta Vinyes.

—Amigo, no tengo palabras para consolarte. Ya me conoces. Pero al menos voy a contarte una anécdota, aunque solo sea para distraerte y que recuperes el color.

Hace unos meses, Barranquilla se conmocionó cuando unos jóvenes delincuentes, agrupados bajo el nombre de La Mano Negra, intentaron extorsionar a algunos comerciantes locales. Los amenazados sospechaban de una conspiración anarquista capaz de cualquier barbaridad y estaban tan aterrorizados que algunos llegaron a pagar la fabulosa suma de diez mil pesos de oro.

Hasta que se desarticuló el grupo, que resultó estar formado por tres jóvenes de buena familia que, fascinados por las lecturas de Sherlock Holmes, habían gastado esta rentable broma.

—Pero yo, uno más de los amenazados con el anónimo, sí sospeché y me negué a pagar. ¿Sabes que, para inspirarme, pensaba en tu valor en el frente? —le guiña un ojo, pero Maseras sigue serio—. Así, cuando un periodista de *La Nación* me preguntó por qué no tenía miedo, revelé el motivo. «Mire, qué mano tan espeluznante». Y leí la carta que me habían hecho llegar a mí.

«Señores Viñas & Compañía. Muy estimados señores:

»Queremos informarles de que la presente carta tiene por objeto pedirles la suma de trescientos pesos oro. Nos creemos con derecho a pedirles esta suma, puesto que podemos causar graves perjuicios para la asistencia de sus negocios. No intenten informar a la policía. No nos dejaremos atrapar, tomamos todas las precauciones y sabemos trabajar. El dinero que pedimos será la compra de nuestro silencio. Ustedes pondrán el dinero el domingo 17 de noviembre, a las 8 y media de la noche, en la esquina izquierda de la puerta del patio de la Bodega de exportación de la Compañía Aliada».

—¡Hombre! Asusta a cualquiera —exclama Alfons—. ¿Qué hiciste?

—Lo que le expliqué al periodista: «Mire, quien escribe con tan poca gracia y confunde asistencia por existencia, es incapaz de quitarme la poca o mucha fortuna que tenga». Además, a unos les pidieron mil pesos, y a mí, solo trescientos. ¡Era ofensivo!

—Ramon, amigo, no te reconozco. Pareces otro.

Maseras, más animado, confiesa que, a pesar de las desgracias, también se declara un hombre nuevo.

—He llegado a la conclusión de que no puedo permitirme más divertimentos de juventud.

—¡Pero si nunca has pensado en otra cosa!

—Por eso, Ramon. A nuestra edad, es hora de ser serios y sentar la cabeza. Estoy metido en política. Me marchó al comité, con voluntarios catalanes, a Lausana. En cuanto regrese, voy a casarme.

Vinyes está boquiabierto, se sirve más licor.

—¿No habéis pensado nunca en la seguridad que se debe de sentir al hacer lo que se espera de uno?

Ramon nunca hubiera imaginado oír a Alfons hablar como un beato, y mucho menos que fuera a pensar en serio en casarse. Le sigue el juego, por si es una broma.

—¡Una noticia espectacular! Y, ¿quién es la afortunada?

—Tengo varias candidatas.

—¿Varias?

—Voy a sentar la cabeza, sin importar con quién. Imagínate tener siempre a alguien al lado, no conocer la soledad.

Vinyes, callado, observa cómo chispean, mientras habla, los rizos claros de su amigo. Embriagado por el coñac, fantasea con que Alfons es Narciso, tan hermoso que todos se enamoran de él. Opuso su indiferencia y despreció a todos, y la única que no se resignó fue la ninfa Eco, que languideció, se retiró del mundo, se negó a tomar alimento alguno, hasta que solo fue una voz.

—Además —prosigue Maseras, y lo arranca del relato mitológico—, a partir de los treinta, un escritor casado da una imagen más respetable que uno soltero. Piénsalo, Ramon.

Por supuesto, añade Alfons, no dejará de ser poeta. Escribirá desde el apacible entorno del hogar, rodeado de mujer e hijos. En la casa de Barcelona, en la calle Casanova, que le va a regalar su familia.

—No podría estar en una calle mejor, señor Casanova.

—Tiene jardín e instalaré un cuarto de estudio con biblioteca...

Parlotea también sobre lo grande que será la mesa de su despacho, el color del perro que tendrán.

—Es lo que suele pasar. Te entiendo, amigo —miente Vinyes.

—Vosotros, los anarquistas, habláis del amor libre. Pero os vais casando. Ya caerás, Ramon.

—¿Me aprecias para desearme esa vida convencional también a mí?

Un año después recibirá una carta de Maseras. Casado, su esposa se llama Dolors. Desciende, por parte de madre, de piemonteses refugiados en Cataluña, de la época de Garibaldi, y es rica por parte de padre, el propietario de la farmacia Baltà, situada en el número uno de la Rambla de Cataluña.

Se conocieron en un club de tenis.

Se disculpa por no haberlo invitado. Ha sido una boda precipitada, dice. ¿Precipitada? La ceremonia ha sido en Nostra Senyora de la Mercè, que tiene meses de lista de espera. El testigo, de relumbrón, Eugeni d'Ors, vicepresidente de la Casa d'Amèrica, amigo de infancia. El banquete, en el Majestic. El viaje, a Mallorca y Japón, también costó un dineral. Alfons describe, para más inri, que sobre el escritorio donde redacta esta larga carta para Vinyes tiene una colección de máscaras de marfil de samuráis que le encantaría ver, y estampas antiguas de geishas vendedoras de té.

Menuda decepción de amigo enmascarado.

«Queridos lectores de 1919 que no creen en nuestra revista. Pasa una cosa curiosa: seamos honrados, quienes menos creemos en *Voces* somos nosotros, el conventillo. *Voces* no se cree superior a nada. Donde se ejerza la tiranía, la astucia prepara su venganza».

Los editoriales de Vinyes en *Voces* que ahora relee, en voz alta para Gabriel, eran incendiarios, como él, incapaz de separar su genio de su espíritu travieso cuando respondía, con sorna, al aluvión de cartas de crítica que llegaba.

No dejaba títere con cabeza. Había descubierto la incomparable paz de dejarse llevar. Y la revista conllevaba tantos ofendidos –los burgueses o políticos de turno–, que lo que para él era mero juego, para Héctor eran noches de insomnio.

–No te preocupes tanto por las quejas, Héctor, los espíritus mediocres condenan lo que está fuera de su alcance. Una revista como la nuestra es un caballo de Troya, una manera de metérsele en la cabeza al enemigo –insiste.

Vinyes no frena. Va a salvar las vallas de la injusticia y la ignorancia a galope tendido.

–¿Qué autoridades dices que hay que cuidar, Héctor? ¿Acaso te refieres a ese nido de corruptos que lidera don Eparquio González? ¿Ese, que ha falsificado y comprado votos para poner a quienes quiere en el poder? ¿Ese que destruye a cuanto hombre o mujer se enfrenta a sus intereses?

El tiranuelo local se alimenta de cada una de las maniobras que se intentan en su contra. Pero estas son las consecuencias, no la causa. La causa es la sensación del cacique de que, al creerse por encima del pueblo, también está por encima de la ley.

Sin pestañear, manda sacrificar a los perros callejeros, prohíbe pedir limosna en las calles, veda que las personas pobres se desplacen colgadas de los tranvías, castiga a quienes escupen en el suelo. Autoriza y cobra una biblioteca pública que jamás pasará del anteproyecto.

Vinyes no está solo. El director del *Diario del Comercio*, el político Abel Carbonell Baena, de los pocos líderes conservadores que no apoyan la administración de Eparquio González, lo ha contado en un extenso y contundente escrito contra los comicios amañados. Critica la indiferencia del liberalismo ante tantos abusos y denuncia el rol del gobierno y sus agentes en esta situación. Se puede ilustrar este panorama con un breve aparte de ese editorial. «Se presenció el hecho de que los policías repartían boletos a los votantes que estimaban amigos del gobierno. Además, hay testigos: los menores de edad votaban como hombres hechos y derechos».

Y saber, luego, que ha sido cesado al día siguiente.

—Sí, ese. El hijounagranputa, su excelencia, don Eparquio. Si queremos que la revista no se arruine, deberemos congraciarnos, ni que sea un poco, con él.

—Siempre hay quien puede ser comprado por Eparquio —grita Vinyes—, o que no tiene cojones para hacerle frente, o que se encoge de hombros. ¿Vas a ser tú, Héctor?

Eparquio no escatima esfuerzos para convertirse en diana de Vinyes. Ha encargado dos atentados con munición contra el amigo de Ramon. El director del diario *La Nación*, Pedro Pastor Consuegra. Por defender a la intelectualidad. Ambos fallidos. Pero desde entonces lleva guardaespaldas.

Vinyes venga la afrenta, al amigo, y a la democracia, a golpe de máquina de escribir, como ha hecho desde hace meses. No hay nada peor, o más peligroso, que subestimar a un loco enamorado de sus delirios de grandeza; a un sujeto furioso que tras su temple de acero ajusta y precisa su venganza.

Esta vez, los esbirros de don Eparquio sí hacen bien su trabajo y han averiguado que don Ramon puede que sea el mismo que escribe las columnas, un catalán revoltoso que parece no temer a nadie.

—Pero... ¿Quién es ese Ramon Vinyes?

—Es poeta y extranjero.

—¿Un poeta? Entonces será un muerto de hambre, id a comprarlo.

—No es tan fácil, es socio propietario de una librería.

—Ese Vinyes pagará caro ser mi mosca cojonera. Como me llamo Eparquio que voy a pararle los pies. Investigad, tendrá sus necesidades, como todos. Si no se puede comprar, se puede averiar.

Le han informado. Vinyes sale de viaje. Muy lejos. Por Europa.

Eparquio manda llamar a su despacho al director oficioso de *Voces*, el inseguro hijo de un impresor. Bohemio. En bancarrota.

—Señor Héctor Parias, sopeso hacer una aportación filantrópica.

Vinyes, en Barcelona, se cita con Elena. Está bellísima con su turbante con plumas y las ristras de perlas. Es una *flapper* que susurra, lánguida, amoríos y abandonos de jóvenes que solo se distancian después de desplumarla. Al final de su monólogo de *femme fatale* deja caer lo mucho que adora la compañía de Vinyes.

Él tiene también mucho que contarle. Sus logros literarios y los de su revista.

—Es el reconocimiento que habíamos soñado, Elena.

A ella no le interesan los detalles. Solo quiere que la acompañe a la primera fila del desfile de Coco Chanel en el Hotel Ritz, al que la han invitado, y presumir de amigo indiano.

—¡Estará la flor y nata! Faltamos nosotros, Ramon —insiste—. ¡Debemos prodigarnos!

La suya no es la risa de una mujer, sino de una niña traviesa, y eso que ya es productora y casi propietaria de una gran sala de teatro, a punto de inaugurar el nuevo local ya se cree la Coco Chanel catalana, una heroína de la moda a la que Elena conoció en una cena, la que presume en las revistas de hacer lo que quiere porque no se

enamora nunca de los hombres, solo del dinero de unos y la apostura de otros.

A su amiga le va de maravilla, pero se queja de la represión contra la venta de cocaína. Por lo visto, el gobierno está dispuesto a acabar con el comercio de este tónico cuyos estragos consideran peligrosos. Sobre todo, desde que se dispensa solo con prescripción facultativa.

Ahora, la venden de contrabando.

—No imaginas lo que cuesta comprarla, hay que despistar a los agentes de paisano. El barrio chino está vigilado y hay registros y detenciones a diario.

Hasta que, a mitad del cóctel, debe dejarla con la palabra en la boca. Le reclaman de recepción. Conferencia desde Barranquilla. Son sus colegas de *Voces*.

—Tienes que hablar con él, a ti te respeta.

Lo que ha hecho Héctor supera todas las dimensiones imaginables. Pero no contesta al teléfono. A primera hora del día siguiente, Vinyes manda un telegrama urgente donde le comunica a Héctor su tajante oposición a esa revista dedicada al gobernador que tiene entre manos. El telegrama llega tarde y la audacia del impresor, que no tiene límites, se impone. Editará el primer número doble de la historia de *Voces* y la portada la encabezará un retrato, a toda página, del general Eparquio González. En el interior, un artículo ditirámico, firmado por Hipólito Pereyra, pseudónimo de Héctor, provocará vergüenza ajena. Incluirá versos patrióticos del general, pomposas estrofas inolvidables que se le caen a Vinyes encima como un piano arrojado desde un edificio de diez pisos.

¡Oh poderoso mar! ¡Oh mar Atlante!

Permíteme que en tus aguas dilate la mirada.

Busco esta historia que contigo vive.

Te escucho entre tus voces de Júpiter tonante...

Parias reafirma así, ante el catalán, que es él, y nadie más, el propietario de la imprenta. La ha rebautizado Tipografía Eléctrica Héctor Parías, para que no quepa duda. Ramon percibe que el suelo se mueve bajo sus pies. ¿Cómo es posible que la poesía y la obscena violencia militar puedan caminar de la mano? Le duele la respuesta. Tan posible como que un poeta pueda ser un completo idiota. Imagina las burlas en los círculos culturales de Colombia; no se harán esperar. Tan herido, que no volverá a dirigirle la palabra al traidor.

Ha sido un pequeño apocalipsis para Vinyes.

La revista *Voces* ha quebrado la semana que un equipo de arqueólogos ha revelado que la capital del Atlántico se encuentra construida sobre una vasta necrópolis de época prehistórica.

Tras lo sucedido, y que Ramon se desentendiera, la revista perdió credibilidad y dejó de editarse. Escribe para otras publicaciones literarias y una le encarga un artículo sobre el tema que elija. Su colaboración vuela, en sobre aéreo, en tiempo récord. El director de *Universidad* se aparta los pesados lentes de miope para leer el título, «Nijinsky, loco» y saliva de curiosidad. El autor, Ramon Vinyes, no es un desconocido. Alaba al bailarín y denuncia que le han torturado y maltratado por ser valiente y haber sacado a la luz lo que nadie se atrevía. Su confesa relación homosexual con el príncipe Lvov. «Nos guste o no, Vaslav es un bailarín con talento», más allá de los estúpidos cuchicheos.

Por los prejuicios, casi nadie en Bogotá, ni en el mundo, se atrevería a escribir palabras de respeto sobre él. Mucho menos con esta honestidad con que lo hace Vinyes cuyo artículo termina así: «Había nacido para danzar desnudo y solo, recortado en un fondo remoto de inmensidad, sobre un tapiz de arenas tibias y acariciadoras, para remover nuestras conciencias y hacernos un poco mejores».

Don Eparquio tiene un tic en un ojo. Lo guiña cuando siente placer. Como esta mañana. Le han entregado ese artículo sobre un bailarín afeminado que ha publicado el arrogante intelectual de medio pelo que le reta día sí día también con sus ideas izquierdosas y sus denuncias en *La Nación*, donde ha seguido publicando bajo pseudónimo.

La idea ha llegado sola, sin darle muchas vueltas.

Satisfecho con el plan, envía una amonestación a Vinyes, vía director de la revista. Quiere hundirle. Sabe lo que le va a pesar el despido formal que recibirá, firmado por Arciniegas.

De puertas afuera, Ramon ignora lo sucedido. Calla y no se queja. Recuerda que es una medalla. ¡Que le censuren! Esto elevará su reconocimiento como librepensador. Lo aprendió con Maseras. Además, ¿qué le importa lo que piense la gente, si con ello ha comprobado que es la piedra en el zapato del gobernador? Una, muy molesta; con nombre y apellidos. Le plantará cara con más escritos y con una decisión inesperada.

—Veo que Vinyes sabe jugar sus cartas —gruñe don Eparquio al recibir la noticia de que su archienemigo se ha casado con una dama de la clase dirigente.

Los antepasados de María Salazar han sido padres de la creación del departamento Atlántico, ni más ni menos.

Molesto, pronostica que don Ramon podría perjudicarle si se afianza de más con su nueva familia política y su entorno. Un cabo suelto, muy rebelde, eso es lo que sería, con este matrimonio.

El catalán lo ha hecho. Entroncar con la familia más importante de Sabanalarga, municipio ganadero con votación propia, y pretende así, quizás, hacerse intocable, analiza la jugada Eparquio, con fatiga.

—Si sigue tocando los cojones, lo mando fusilar.

Mal momento. El grueso de votantes de Barranquilla –los mayores de veintiún años con cédula de ciudadanía– se ha movilizado, esta temporada electoral, y se va caldeando el ambiente con las reclamaciones y denuncias de la minoría que sabe, por culpa de rebeldes como Vinyes, que las urnas no van a elegir ni sancionar nada, que las amaña don Eparquio.

Ramon, ajeno a lo que la retorcida imaginación del general ha previsto para él, celebra que su viaje de recién casados coincida con las elecciones amañadas y le lleve lejos para no tener que verlo. También, que los Salazar hayan sido espléndidos.

–Podréis, con todo pagado, visitar América del Norte, París, Madrid, Bilbao y Berga –le dijo don Clemente, su suegro–, con la posibilidad de quedaros luego una temporada en Barcelona para lanzar el negocio con tu hermano Joan.

Consiste en la distribución de libros trasatlánticos que proveerá no solo a su librería de Barranquilla, sino a todas las de Colombia que quieran confiar en Vinyes.

En el mar, a bordo del buque, María Salazar se muestra espléndida también. Incluso da un pequeño concierto de piano, unas variaciones que arrancan numerosos aplausos. Sin embargo, a solas es insoportable y discuten a todas horas.

Se desahoga con la correspondencia. Aunque algunas cartas propicien la envidia. «Alfons, me engañaste. El matrimonio lo complica todo. Lamento no poder ni pasar a tomar café en esa parisina cena a la que, como me cuentas, ya han confirmado su asistencia Marcel Proust y James Joyce, Kafka y Freud, el aristocrático Stravinski y Picasso. Querré saber los detalles, querido amigo».

—Ramon, nunca eres bueno conmigo, en absoluto. Mamá sabe, como yo, que no tienes detalles, que no me contentas. ¿Qué he hecho para que me haya tocado un marido así?

No volverá a tener un momento de calma con esta esposa intratable.

María Salazar no encaja, no solo por su mal carácter. Se queja en público: de las feas casas rurales y del frío que se pasa en ellas, vomita y llora desconsolada y, por la noche, amenaza con regresar sola a Colombia y ridiculizarle, cansada del campo, de las vacas, de su familia, de los prados de patatas y del brillo plateado de las truchas omnipresentes en los menús.

Vinyes calla, los codos sobre las rodillas y la frente entre las manos. Los suyos dejaron caer avisos. Como el certero refrán de Salvadora. «*Qui lluny se'n va a casar, o s'enganya, o va a enganyar*».

No agradeció ni la sorpresa romántica que preparó el elenco del Orfeo Berguedà, montando el estreno de una fábula escénica de su marido, en verso y escrita en 1907, titulada *Blancaneus dorm*, donde Ramon interpretaba el papel de Príncipe. Vestido de dorado. Y está de mal humor a todas horas, quizás porque ella se ha traído trajes caribeños demasiado desabrigados que contrastan con la cálida monotonía de la lana negra y marrón con que se envuelven las mujeres del pueblo.

A los dos días, le diagnostican pulmonía y se niega a salir para visitar a los amigos de infancia de Ramon. Dice que la inquietan esas vecinas medievales que la espían por detrás de los visillos y que la llaman mulata cuando creen que no las oye.

—Como si, porque hablan catalán y yo no, no pudiera darme cuenta de que están contra mí —dice.

A los pocos días, Vinyes cede y se trasladan a Barcelona. Problemas nuevos. La ciudad condal está llena de pistoleros y

huelgas de vidrieros, del ferrocarril metropolitano y del transporte rodado, y encima ahora los rebeldes tienen rifles de repetición de doce tiros, comprados en Francia y Bélgica y que entran de contrabando por la frontera, por Puigcerdà y Font Romeu.

María, aterrada, no quiere salir del hotel y Vinyes pasa el día fuera, lo más lejos que puede de ella. Pasea solo, se detiene frente a los escaparates y no ve los objetos tras el cristal, sino la imagen reflejada de su cansancio.

Así, cuando recibe la respuesta de Alfons, que por suerte ha sabido localizarle, por fin llora, desconsolado. Echa de menos su vida de antes. Lee que, durante la cena, Maseras solo pudo intercambiar unas palabras con Proust, delicado del estómago, y con Joyce, al que un terrible dolor de cabeza le impidió llegar a los postres. Que estuvo pensando en cómo Vinyes hubiera logrado entusiasmarlos y hacer que conversaran y se quedaran.

Ramon suspira y dobla la carta, la guarda en el bolsillo interior de la chaqueta. Su corazón agradece el calor de esa otra vida posible justo estos días en que ha visto claro que el infierno que él y su esposa comparten solo puede ir a peor.

La vieja idea de montar el envío al por mayor de libros a Colombia sigue en pie, pero no para de retrasarse. María se quejaba del hotel, y se han desplazado a un apartamento con preciosos muebles modernistas, en la avenida República Argentina, número 59, un bloque propiedad de la familia de su socio. «Gracias por la rapidez en atender mi petición urgente, a María no le habían sentado bien los aires de los Pirineos», se excusa, «y ahora está encantada y agradecida de instalarse en vuestro piso», miente y cierra el sobre. Ella ahora grita porque el apartamento no tiene ascensor, es pequeño y húmedo, y le echa a la calle. Ramon rodea la manzana durante horas. De madrugada, regresa, se descalza sin hacer ruido y se mete

en la cama, se aferra a su almohada, cierra los ojos e intenta hacer desaparecer la agobiante realidad por unas horas.

—No grites más, María, conseguiré que la señora Campalans y el cónsul de Alemania nos inviten a la cena de gala para Einstein que has visto en la prensa. Por lo que más quieras, no me hagas otra escena, los vecinos necesitan descansar.

Ella, enfundada en un vestido de París, comprado por catálogo. Él, apretado en un esmoquin. Cenar un menú copioso y bien regado. María posa y no para de declarar a los periodistas que Einstein es una figura extraordinaria y moderna con la que da gusto conversar. La muy hipócrita.

Sin embargo, el prestigio de asistir a la velada se tuerce porque el científico deja titulares incómodos. Más quejas de María por haberla involucrado así, ¿qué van a decir su familia y sus amigas cuando se enteren? La mañana de la cena, Einstein se entrevistó con dirigentes de la Confederación Nacional del Trabajo. Los periodistas no dicen nada de los invitados y solo recogen que se ha declarado revolucionario. Ella lo lee. Se abanica indignada.

—Ramon, me avergüenzas.

Todo podía empeorar.

La mala fortuna no entiende de resignaciones ni distancias.

En junio, cuando Vinyes estaba casi acostumbrado al maltrato al que le somete su mujer, a punto de presenciar el encendido de las hogueras de la verbena de San Juan en una plaza del barrio de Gràcia, otro malestar estalla.

En forma de catástrofe impensable.

Policías y bomberos de Barranquilla se abren paso con hachas y mangueras entre las llamas de otra inmensa fogata. Desatrancan con barras de hierro las siete puertas de la librería, incapaces de sofocar un fuego que se adueña de todo como un bailarín entre libros y

objetos de arte que Ramon Vinyes, Pau Vila y Xavier Auqué Masdéu tenían a la venta. El techo se derrumba. No hay heridos.

Así ha celebrado don Eparquio la víspera de la festividad cristiana del nacimiento de San Juan Bautista y su decapitación simbólica, todo junto. Así se siente Vinyes, desolado por la noticia que llega por telegrama, y tardará una semana en conciliar el sueño. Y un mes y medio en poder regresar a Barranquilla. No quedan pasajes directos. Consigue uno en un barco italiano de la compañía La Veloce, con destino a Venezuela. Se cartea con Pau y Xavier. Bancarrota. Ningún socio recuperará nada. Decenas de miles de pesos esfumados. ¿Ha sido provocado?

La policía dice que son cosas que pasan. Hablan del petardo suelto de unos manifestantes. No los identifican. Nadie vio nada. No habrá investigación ni arrestos.

«Menos mal que solo ardió la librería, don Ramon. Los libros son muy inflamables y pudo haberse incendiado todo el barrio». Eso dijo el funcionario a cargo de la cuadrilla.

Vinyes recuerda lo aturdido que se sintió al acceder al local convertido en una pila de escombros. La escena era devastadora. Tomó notas, reconstruyó de memoria los títulos que recordaba. Como quien intenta cartografiar un país desaparecido o trazar el árbol genealógico de una tribu extinta.

—Imaginamos que fue cosa de don Eparquio y por eso no se ha investigado —se lamenta Consuegra.

—Tampoco así va a callarme. Regresaré a mis editoriales. ¿Qué esperaba, tras quemarme la librería?

La gota que colma el vaso llega con las elecciones de febrero. La tensión ha alcanzado un punto insostenible y la policía, dispuesta a todo para mantener el control, ha cruzado un nuevo límite. Para frenar cualquier altercado que perjudique a Eparquio, asesinan a un comerciante, Julio Olaciregui.

El artículo anónimo que Vinyes escribe en *La Nación* ya es una denuncia en toda regla. Y esta vez, sí. Eparquio logra lo que esperaba. La trampa y la detención.

El vapor. Los testigos. Horas aislado. Noche absoluta. Fuera, el rumor de las palmeras repartidas por la costa como notas en una partitura y el recuerdo de aquel joven. Lo habían sobornado.

Fisonomía inteligente y expresiva, bronceada. No dejaba de sonreírle. Insistió para subir juntos al barco. Hablaba de besos disparatados, hermosos, del camarote, de nadie a bordo que conociera a Vinyes. ¿Cómo han podido detenerle solo a él?, repite, y aparecen testigos de todos lados. Un señuelo. Caer en la trampa. Cuestión de minutos y una patrulla surgida de la nada, el silbato y los gritos de «¡todo el mundo fuera!». Vinyes arrastrado a trompicones del muelle. Mesa sucia, atado a una silla y, enfrente, un documento sin membrete que no le permiten leer.

—Si firma, le dejaremos marchar.

Cuando lo lee, es peor. «Extranjero indeseable» y «ciudadano de la Cataluña revoltosa». Una carta de expulsión en toda regla. Se niega a firmar nada. «No pueden expulsarme, llamen a mi abogado, piensen en la prensa, en las embajadas... No pueden retenerme así», dijo. Le golpearon. Le amenazaron en vano. Y entonces apareció, con su bigote engominado de morsa, él.

—Vaya, don Ramon, me han dicho que tiene una labia fabulosa, pero pocas ganas de colaborar... De escritor a escritor, vamos a poner un poco de orden en esta historia, por las buenas.

—¿Escritor, usted? Don Eparquio, lo difícil es que le lean sin tener que amenazar a los lectores.

—Juegue a lo que quiera, Ramon. Pero si se mete en política con sus editoriales, ya sabe, mando yo y tiene que asumir las consecuencias.

—Si lo que escribo no es nada, ¿por qué molesto tanto?

—Usted deje de tomarse las cosas con tanto protagonismo, Vinyes. Puedo acusarle de lo que me plazca. Con la declaración de Consuegra, por los editoriales anteriores, el cargo sería sedición reiterada, con pena de muerte. ¿Es eso lo que quiere? Firme y dígame qué prefiere que pongamos en su pasaporte, ¿extranjero

indeseable?, o ¿expulsado ciudadano de la Cataluña revoltosa? Todo, no cabe.

–Va a tener que soltarme, don Eparquio. No insista, Consuegra nunca declarará.

–Cállese, Vinyes, y firme, que tengo más ases en la manga. Por su bien y el de la familia de su esposa. Vamos a los hechos. ¿La engañaba, o no, esta tarde con un muchacho?

Y le muestra una confesión firmada de María. Ciertos detalles lo cambian todo.

–Eso es absurdo, ella no se prestaría.

–Lo ha hecho un poco obligada, es cierto. En defensa propia.

María Luisa y Corina tienen trapos sucios, secretos, y Eparquio lo sabe.

–¿Ve ahora la situación más clara, Vinyes?

Como si antes mirara por un telescopio al revés y esta información le diera la vuelta, Vinyes acepta el acuerdo. No se abrirá expediente para no hacer públicos los devaneos de ellas, y el suyo del vapor. Se marchará, sin despedirse. Acuerdan que don Eparquio, a cambio, dejará en paz a Consuegra.

Escoltado, se le permite recoger las pertenencias imprescindibles. Nadie en casa. Estarían avisados. Vinyes, expulsado y eliminado de la partida, abandona Barranquilla en el vapor León XIII. Llega de Valparaíso y seguirá hacia Curazao, Puerto Cabello, La Guaira, San Juan de Puerto Rico, las islas Canarias y Cádiz, desde donde se verá obligado a buscarse la vida para trasladarse a Barcelona.

Al día siguiente de la repentina partida, apenas se publica un artículo, sin firmar, en un periódico de tirada corta que lamenta que «personas extranjeras de gran valía tengan que abandonar el país porque su dignidad no cabe en esta ciudad oprimida hasta la asfixia».

«De noche, en el puerto, las luces de las farolas, rojas, azules y verdes, se hunden y los peces ven en esos haces, desde dentro del agua, frutas maravillosas. Suben a buscarlas, las muerden y descubren el engaño. Regresan aguas adentro para que no se les note la vergüenza. Mi amistad hacia ti fue una de esas frutas y comprenderé que no quieras verme. Por cómo te confundí y abandoné».

Lanza la postal que no llegó a enviar, no hizo falta, a la caja de lo que no se llevará. Y guarda, en un sobre, dos fotografías de Elena. Está especialmente atractiva. Son las que se hicieron juntos aquel verano que le expulsaron de Barranquilla y ella le fue a buscar a Barcelona.

Le gusta recordarla así.

Ensimismado, de un recuerdo a otro, la tarde transcurre con rapidez. Vinyes ha rotulado, con caligrafía firme y meticulosa, las últimas cajas de cartón y las apila junto a las estanterías vacías. Quiere asegurarse de que los mozos enviados por la biblioteca sepan qué llevarse y qué dejar atrás. No puede evitar la inquietud. Teme que, durante el traslado, los libros y sus manuscritos sufran, que los manipulen con la indiferencia de quien no comprende su valor.

Sobre la mesa, dispone algunos volúmenes que va a envolver en papel de estraza. El colega de *Voces*, Germán Vargas, sonríe al verlos.

—¡Qué generoso! ¿No me los podrías regalar a mí?

Sabe que son para Gabriel. Una selección de clásicos griegos, dos novelas de excelentes autores contemporáneos, tres poemarios.

A Vinyes le pone quisquilloso que Germán los hojee y descubra que todos llevan en las guardas anotaciones a lápiz de lo más divertidas, pero se resigna. «Poesía buena para las cinco de la tarde», «No conviene hacerle mucho caso, pero léelo».

—Y a ti, ¿te ha mostrado, Gabriel, qué escribe?

—No, nada, ¿por qué lo preguntas?

Por fin, Vinyes se siente ligero como en los viejos tiempos. Saberse elegido, en secreto y de entre los del grupo, como primer lector, es un bálsamo. Sobre todo, en este momento de dejarlo todo atrás.

–¡Qué guapo te veo, Ramon, y cuánto has adelgazado!

Vinyes vuelve la cabeza hacia ella y entorna los ojos. Elena, en Barcelona, ¡no puede creerlo! Desde que le expulsaron de Barranquilla, había pensado unas cuantas veces en escribirle a París o llamarla.

–Menuda aventura, encontrarte, pero ya me conoces: no he parado hasta dar contigo –le abraza, risueña.

Es una sorpresa tremenda. Admira el óvalo de su cabecita con este corte de pelo extremado y moderno que se ha hecho, y ¡con qué gracia la inclina sin dejarle recuperar el aliento!

–¿Qué te parece mi peinado francés?

Estaba acostumbrado a sus moños, desordenados como sus ideas.

–¿No me invitas a sentarme? Tomaría un refresco, ¡qué calor!

Vinyes aparta lo que leía y le ofrece una silla.

Elena le pide al camarero un ron blanco con soda, y Ramon aprovecha para observarla de arriba abajo. Lleva los dedos cubiertos de joyas y los labios muy pintados, el vestido es de tirantes finos y demasiado escotado para este mediodía de 1924: la dictadura de Primo de Rivera acababa de crear la conservadora Unión Patriótica para controlar qué es correcto exhibir, o no, en público, al grito de «¡Patria, Religión y Monarquía!». Los que pasan también se vuelven a mirarla un buen trecho.

Su abuso de las drogas y el alcohol también ha cruzado límites alarmantes, piensa, mientras ella remueve los hielos con un dedo y da sorbos largos.

–Estás pálida.

–Trabajo tanto que duermo menos de tres horas seguidas, querido. Gran sistema para eso. Y para las ojeras y las arrugas – bromea.

¡Qué energía arrolladora, sin embargo! Es refrescante que hable por los codos y le informe de cada una de las pistas que ha seguido hasta dar con él. Lo vio en la prensa, desde París, en la foto de una reunión de librereros. Llamó a su hermano, que se negó a ayudarla.

–Tus hermanos me tienen manía. Como todos los de Berga.

Finalmente, ha montado guardia frente a su apartamento y le ha seguido. Se cree Sherlock Holmes.

–Pareces distraído. ¿Problemas, otra vez?

–Unos cuantos, sí.

–Cuéntamelos y te contaré los míos, los héroes como nosotros se recomponen así. Nos tenemos que poner al día y luego divertirnos hasta olvidarlo.

Ramon no va a entretenerse con lo sucedido en Barranquilla, decidido a apartar los malos recuerdos. Vive en casa de su hermano Joan, sí, y le ayuda en la librería de literatura americana y británica que abrieron juntos hace un par de años, en la esquina del pasaje de la Virreina con la Rambla, con la condición de no hacer vida social. De ahí el exceso de celo de Joan. Lee mucho, sobre todo, a Chesterton, que le calma, le evade de los problemas y es su escudo contra cuanto le enerva, como por ejemplo la dictadura de Primo de Rivera.

–No hablemos de política, me aburre. Háblame de tu obra... me ha contado un pajarito que has rechazado, de nuevo, la invitación

oficial para formar parte, de pleno derecho, del mundillo. ¡Cómo eres! ¡No cambias, Ramon!

Es cierto. Los empresarios más influyentes del sector se han unido para dirigirse a él, ofreciéndole un puesto como crítico exclusivo para sus programaciones. Es un intento de comprarlo, se queja, ahora que está en horas bajas. Una jugada astuta. Lo han declarado fracasado por rechazarlos, se publican viñetas satíricas para burlarse de su cordura. En Barcelona, los conflictos y el encono contra los contestatarios como él nunca cesan, y se alegra de haberlos soliviantado.

–Eres incorregible. ¿Y ese traje tan moderno? ¿Lo has elegido tú solo?

–Fue lo primero que hice al llegar. Visitar al sastre, y comprar esta corbata bermellón.

Hacerle pensar al mundo entero que había regresado por capricho. Que le va mejor que nunca. Que no ha pasado nada.

Elena enciende otro cigarrillo y toquetea el reloj de Vinyes con el ceño fruncido, notando que es una baratija.

–No tengo la suerte de que me regalen joyas, como a ti, Elena.

–No te preocupes. Desde que me va bien, me las compro.

–Ahora sí que eres peligrosa.

Le pregunta por su esposa y Ramon le hace otro resumen escueto: no hay esposa. No en Barcelona, al menos. Ella sí tiene pareja. No, no es Jandru, que murió durante la epidemia de gripe que afectó a medio país. No ha perdido el tiempo. Se ha buscado otro amante, y vuelta a empezar.

Cada vez elige un poco mejor, dice.

–Ramon, parece que fue ayer cuando viajábamos a París a comprar vestidos para mí, y libros maravillosos, para ti. En fin, nuestros pequeños recuerdos juntos.

–No los hay pequeños contigo, Elena.

Con todo, la pena, como la luz, por más que se quiera ocultar, siempre encuentra su camino. Ha sido suficiente con media hora más de charla para que él se abriera a contarle lo sucedido en Barranquilla y a partir de ahí vuelven a ser inseparables, quedan casi a diario y Vinyes escribe de nuevo y acepta colaboraciones, recomendado por ella, al tiempo que vuelve a dar conferencias contra el teatro comercial.

Le faltaba la alegría de su amiga para disolver, como un azucarillo en un vaso de agua, la apatía en que estaba sumido y, a pesar de la prolongada separación, Elena y Ramon se sienten más unidos que nunca. Él le habla de sus proyectos con frecuencia, y ella a él, siempre que su apretada agenda se lo permite. Día tras día, comparten secretos, hablan de lo que sienten, de sus contradicciones, de chismes jugosos.

Elena pretende hacerse un nombre en el cine –ya hay más salas cinematográficas que teatros–, pero no logra los papeles de protagonista que necesita. Por eso hace de loca extraviada en el monasterio de Montserrat, con Lola París, en un film producido por ella que obtiene gran éxito de taquilla y es alabado por la atrevida fotografía.

Vinyes también se multiplica. Hay un ejército de Vinyes. Uno escribe poemas. Otro, obras de teatro. Un tercero colabora con sus críticas literarias en periódicos y revistas y pronuncia conferencias abarrotadas sobre las claves del teatro moderno. Otro, a veces, viaja con ella. El de más allá, traduce. Otros cuatro Vinyes leen la docena de manuscritos que cada mes envían escritores de toda Cataluña a su habitación de Barcelona para solicitar consejo. Y uno más asesora a productores de teatro, el enésimo participa en antologías...

Hasta que aflora el Vinyes más incomprensible, que Elena no había siquiera imaginado que pudiera reaparecer.

Primero, se marcha un mes a Berga. Después, de nuevo, a Barranquilla. De regreso a Colombia, sin ella. Alejarse, alejarse y decepcionarla. Vinyes casi no da explicaciones. No hubiera servido de nada.

Justo antes de eso, el seis de marzo de 1927, Vinyes le contaba a su amiga, entusiasmado, que había presentado con éxito a la compañía Fantasio –dirigida por Emilio Valentí y Olvido Leguía, que meses más tarde la estrenarían en su ausencia–, la comedia en tres actos, y a la vez drama, *Viatge*.

Ese mismo domingo cambió sus planes, tras colgar el teléfono.

Mientras, a las nueve de la mañana, en medio de un aguacero torrencial y con el cordón umbilical enrollado al cuello, como mi madre, nacía, en Aracataca, Gabriel José de la Concordia García Márquez. Primogénito del peleón matrimonio formado por los primos segundos Gabriel Eligio García Martínez y Luisa Santiago Márquez Iguarán.

La llegada al mundo del pequeño fue atendida por una partera corta de vista, mamá Santos Villero, que apenas reparó en su cara azulada. La tía Francisca sí, y salió a la calle gritando: «¡Varón! ¡Varón! ¡Ron, que se ahoga!». Otra partera, la vecina Juana de Freytes, entró a la carrera, y empapada, a corregir la peligrosa posición en cuclillas de la madre, justo a tiempo.

Una vez tuvieron al bebé fuera, usaron agua de bautismo de urgencia para reanimarlo y aprovecharon para ponerle Gabriel José, por su padre y por San José, patrono de Aracataca, y porque era el mes de marzo; «de la Concordia», por la reconciliación familiar que su nacimiento propició. Como en una segunda luna de miel, los reenamorados progenitores Márquez y García de Aracataca, también de la noche a la mañana, se trasladaron a Barranquilla en busca de nuevas oportunidades profesionales, dijeron, y el niño quedó al

cuidado de los abuelos maternos, el coronel Nicolás Ricardo Márquez Mejía y Tranquilina Iguarán Cotes, quienes lo criarían durante los primeros años.

Para que sus padres pudieran volver a discutir tranquilos, y reconciliarse, como suelen hacerlo las parejas desorientadas, unas cuantas veces más.

Han interrumpido la programación de la radio para anunciar la muerte de Vaslav Nijinsky.

Gabriel no sabe quién era.

—Es comprensible. Nadie volvió a publicar sobre él desde que entró en el sanatorio —se lamenta Vinyes—. Un gran artista, y el más cuerdo de su tiempo. Sobre todo, cuando dijo, poco antes: «Ahora os danzaré la guerra, sus sufrimientos, sus destrucciones, la guerra que no supisteis impedir y por la cual habréis de responder algún día». Porque somos unos hipócritas.

Vaslav no se refería a un conflicto bélico concreto, en términos históricos —ni a la I Guerra Mundial, ni a ninguno en particular—, sino a la guerra universal, metafísica, entre la vida y la muerte, entre los hombres y contra sí mismos.

Gabriel no le presta atención, lo de la hipocresía le ha animado a retomar lo que le decía antes: que hay que plantar cara a los Salazar y cobrar el cheque.

—Como si fuera tan fácil —responde Vinyes, y se encoge de hombros—, después de mandar uno sin fondos. ¿Y a veinticuatro horas del viaje? Que se lo queden.

No es para tanto. El Gobierno le ha comprado los libros a buen precio. Con los problemas de dinero, lo mejor es cambiar de tema.

—¡Mira, el sombrero!

Lo señala en una foto de finales de los años veinte en Barcelona. Duda de si fue Elena quien se lo regaló, antes de abandonarla. ¿O fue Humanidad, antes de que lo detuvieran por su culpa?

–En fin, lo has recuperado del Happy, es lo que importa.

Gabriel estudia la instantánea y se ríe.

–Qué serio, don Ramon, ¡qué cara de pocos amigos!

–No era para menos. Me organizaron, sin avisarme, una despedida en el Café Olimpia. No me gustan las sorpresas.

–Lo sabemos. Por eso la de hoy está más que avisada.

Vinyes se ríe y busca más fotos de despedida, quiere demostrarle que a veces sonrío. Pero, al ver la de la última vez que se marchó de Barranquilla, se acuerda de que, en su ausencia, don Eparquio conspiró para que Héctor matara a Consuegra y, más tarde, para que lo ejecutaran en la cárcel. Dos amigos enfrentados. Dos amigos muertos.

Gabito, ajeno a lo que la cadena de recuerdos ha removido, abre dos coca-colas para celebrar que ya lo hayan embalado casi todo.

–¿Qué va a hacer con la cámara fotográfica?

Vinyes la saca de su funda y comprueba que tiene película.

–Te la regalo. Con la condición de que mañana nos retraten con ella. No me vendrá mal otra prueba de que he existido aquí. Para la colección.

Y añade otra fotografía al montón de las despedidas. Por detrás, la fecha: veintidós de mayo de 1931. Vinyes había decidido marcharse a Barcelona para arreglar el mundo, junto a la República. Pero tampoco. Intenta lanzar la pila de fotos dentro de una caja, se queda corto, se desparraman por el suelo y maldice en catalán.

–¿Está enfadado?

–Y avergonzado. De haber sido tan ingenuo, y haberme pasado la vida pensando que mi lugar estaba en otro lado. Visto lo visto, no lo encontré. Ni al marcharme, ni al regresar.

Gabito le da una palmada en el hombro y le ayuda a recoger el estropicio. Se fija en la tarjeta de funcionario republicano de Vinyes y bromea:

–Con lo repeinado que estaba en esta, me cuesta imaginarle haciendo la revolución.

Vinyes asiente con una mueca, parece a punto de llorar.

Gabito no se ha dado cuenta, tampoco. Hojea un pasaporte de juventud.

–En esta foto, mucho más joven, no parece nada ingenuo. ¡Qué mirada de desafío, don Ramon!

–El primero de mi familia que emigraba, y sin la menor idea de la vida –responde Vinyes–. Menos que tú, sí. A ver si esta vez no regreso en cuatro días, y con el rabo entre las piernas.

–En todo caso, aquí estaremos para abrazarle.

La noticia llegó a Barranquilla, en grandes titulares y con caribeña vehemencia: la II República ha conquistado España «sin sangre y ni un disparo». «A los reyes se les escoltó hasta el puerto de embarque y se les permitió llevarse bienes y alhajas».

Al mes, Vinyes motiva con su regreso casi inmediato a Cataluña una nota en el diario vespertino *La Nau*. Se hace eco de su llegada al puerto de Barcelona, a las seis de la mañana, en el muelle Balears, procedente de Colombia.

En tierra firme, entre cajas de frutas y jaulas llenas de cotorras y papagayos, lee: «*Una notícia sense importància: el senyor Ramon Vinyes ha tornat d'Amèrica. Una notícia greu: el senyor Vinyes se proposa estrenar alguns drames*».

En otro breve, resumen así la situación: «... La monarquía ha muerto sola, nadie la ha matado. Las circunstancias han traído la bienvenida República...», y relatan la euforia de militantes felices como niños, obreros y estudiantes, mujeres emancipadas que durante años habían reivindicado títulos universitarios y derechos. Se abrazan y celebran el fin de tantos años, atados de pies y manos, a merced de una monarquía de pícaros y ladrones, dicen, de pistoleros de la patronal, de militares africanistas que les obligaban a participar en matanzas para medrar, ellos, mediante la corrupción.

–¡Seremos felices! ¡Se acabaron los reyes y las injusticias! ¡Viva la República! –gritan otros desembarcados.

Quizás, piensa Vinyes. Siempre es quizás respecto a la felicidad, la justicia y las injusticias.

Había estado fuera de Cataluña prácticamente desde 1913, salvo las temporadas que regresó, por poco tiempo, y apenas le reconocen cuando se acerca a las tertulias de siempre. Ni caso. Por haberse marchado, y porque no ha hecho fortuna. Sigue sin pertenecer a la peña de los exquisitos que, desde sus ateneos, con o sin república, hacen y deshacen la cultura catalana. Excluido. Aunque no sea difícil darse cuenta de que a la causa le faltan manos. No parece que vaya a ser cuestión de dos días acabar con el problema del atraso educativo del país, reflexiona, la pobreza de los campesinos, el subdesarrollo industrial, las imprescindibles reformas para limitar el poder de la Iglesia y para vigilar los sables militares. Pero no cuentan con él ni sus ideas.

Agradece la visita de su amigo Alfons, dice que va a echarle una mano para que se reintegre y pueda encontrar trabajo.

—Solo tienes que afiliarte al partido. Te conviene.

—Me niego, quiero trabajo, no afiliarme.

—Ramon, son de fiar, respondo por ellos.

—Eso es lo que me preocupa, lo honestos que os veis entre vosotros. Os consideráis ya excelentes dirigentes y funcionarios. A ver quién os convence de no volver a esas malas costumbres de los viejos amos, de dar a dedo cargos y privilegios.

Observa que no queda mucho del joven rebelde de París que había sido Maseras. Ahora es un funcionario que defiende el funcionariado a capa y espada, que ha militado para lograr la República. Así, ha obtenido su puesto de profesor de francés en la Escuela Industrial y el de secretario de la Extensión de Enseñanza Técnica.

—Dime, Ramon. ¿Qué te gustaría? ¡De algo tendrás que vivir!

—No puede haber favoritismos en la República, ¿o se os ha olvidado que se trataba de que todas las personas tuvieran iguales oportunidades? Oigo la misma música, con distintos músicos.

Es en esa triple circunstancia —ser parte de la maquinaria, ser producto de la maquinaria, ser víctima de la maquinaria— que Alfons insiste, le ofrece contactos de directores de publicaciones. Ninguna llamada resultó. Muy a su pesar, reconoce que las complicidades interesadas son lo que importa y las tertulias de antaño se han vuelto arenas políticas donde los escritores utilizan tácticas de diputados marrulleros para medrar. Mire donde mire, Vinyes ve otra sociedad encadenada, muy parecida a lo que ya había. Sin embargo, no tira la toalla. Denunciará todo esto en un curso de sociología que dictará en el Ateneu Polytecnicum de Barcelona, junto a Pompeu Fabra y Carles Pi i Sunyer, dice cuando se despide de Alfons.

El día de su conferencia, su parlamento es censurado mediante burdas excusas sobre la falta de tiempo para dar cabida a los ponentes.

Lo patrocinaba el partido en el que milita Maseras, la USC, la Unió Socialista de Catalunya. Vinyes se siente traicionado y se aparta más. Se radicaliza y se empeña en volverse antisistema, como si el hecho de rodearse de este firme caparazón ético garantizara mantener el ánimo a salvo. En verano, estrena una pesimista columna en el diario *Justícia Social*, donde denuncia a los aprovechados camaleónicos que ha ido encontrando, tanto en la política como en la cultura, que «sacan tajada del dinero público, gentuza prendida por la punta del ala, como murciélagos, al poder». Y cosecha, como cabía esperar, pocos lectores y numerosos enemigos, rejuvenecido con una boina azul que le distingue de los encopetados y permite reconocerle a distancia.

—Con el mayor respeto, Ramon. Esa boina y lo que rumias debajo no favorecen en nada tu carrera —le reconviene Maseras.

–¿Qué tiene de malo mi boina?

–Te hace parecer un payaso.

–No lo dudes. Uno de categoría.

Su vocación por radiografiar los cánceres de la República hace su camino cada vez más solitario y tortuoso. Valora los avances, la buena voluntad de muchos, pero le marean los giros del tiovivo de partidos liberales y burgueses que se enfrentan y renegocian hasta complicar incluso lo bueno. Crisis y reelecciones. Encima, varios prohombres distinguidos, como Pompeu Fabra, que han firmado un manifiesto, le han incluido sin preguntarle: «Para la preservación de la raza catalana». Lo que faltaba. Proponen valorar, con métodos importados de Alemania, y supuestamente científicos, las ventajas y los inconvenientes de la mezcla entre catalanes y españoles. El tema de moda consiste en afirmar que los inmigrantes son peligrosos, y pobres, y demasiado dados a protagonizar huelgas, «no como los locales».

Sus columnas de exemigrado ya apenas las leen cuatro. No obstante, unos y otros le hablan de tener cuidado. Más o menos lo que le recomendaron en Ciénaga y en Barranquilla, antes de obligarle a marcharse, recuerda. Resistirá. Tratar de hacerle callar no es inofensivo, es violento, replica.

–Ramon, cuidado... Te buscas enemigos en todas partes –insiste Alfons.

No ha regresado a Cataluña para caerle bien a nadie.

En este contexto, valora como un auténtico triunfo haber logrado reunir a los ateneístas en torno a las nuevas expectativas republicanas. No se trata de otra tertulia para enredarse en discursos sobre cultura y educación accesibles y apartar la mirada, sino de trazar un suelo firme que obligue a actuar, dijo. La meta es una sociedad sin opresión ni explotación, sin hambre ni carencias, donde

hombres y mujeres dirijan sus vidas a lo esencial: ¿cómo convertir la teoría en algo más que proclamas vacías?

La tarde del encuentro, nadie llegó puntual. Vinyes aguarda en la cafetería, sentado frente al patio ajardinado, hojeando la prensa. Le impacta la noticia de que Anatoli Lunacharski, dramaturgo y político ruso, el mismo que en 1918 organizó el juicio contra Dios y que hace apenas dos semanas había sido nombrado embajador soviético en España, ha muerto en Menton justo antes de asumir el cargo. Insuficiencia cardíaca.

Un joven al que no conocía se presenta, Jordi, se sienta a su lado y repara en el titular. Comentan los detalles de aquel proceso memorable.

—Por lo visto, Dios ha tardado quince años en vengarse de Lunacharski —bromea Vinyes.

En cuanto llegan los demás ateneístas, la asamblea comienza. Al principio, relajada. Presentaciones y saludos, comentarios sobre el tiempo y otras noticias del día. Pero la cordialidad se atasca en cuanto Vinyes plantea los temas a tratar. Lo observan con impaciencia. El bergadano ruega que se respeten los turnos de palabra, en vano. Barcelona sigue en manos de intelectuales desnortados, piensa. Los había admirado de joven, desde su Berga natal, pero el pedestal se tambalea. Le sacan de quicio, bromean, no hay forma de entenderse.

Para esta supuesta élite, el honor intelectual no depende de la capacidad de dialogar, sino de la obediencia ciega al fanatismo de moda que contradiga lo establecido o lo heredado, y la reunión se degrada. Unos discuten si condenar la violencia o exaltarla, otros rebuscan monedas para la gramola. Para colmo, alguien reparte de improviso hojas para recoger firmas y se dispersan en pequeños grupos: el manifiesto propone que el matrimonio y la paternidad, lee

decepcionado, incluso el número de hijos por familia, pasen a ser asuntos de Estado, en nombre de la eugenesia y del progreso.

En fin. Menos mal que, días después, encuentra en el buzón una posible válvula de escape. Una invitación manuscrita y personalizada de la encantadora señorita Isabel Llorach, destacada dama de la alta sociedad y presidenta del Conferentia Club.

Examina el programa de disertaciones de Hermann Graf Keyserling, pensador de moda. Sabiduría, por fin, y contertulios con los que entenderse. Mallorca, con los gastos pagados. Vacaciones. Alejarse.

El conde ha llegado de frac y tiene un porte imponente, pero su falta de aseo decepciona y devalúa la etiqueta. Demacrado, su aspecto sugiere que «ha cabalgado demasiadas estepas», se burlan.

La prensa lo había descrito como eslavo, pero él insiste en una más general ascendencia asiática y en que entre sus antepasados figura Gengis Kan.

Analizan la estructura de su rostro, el arco de sus ojos y el fruncido de su boca. Buscan algún parecido con el gran conquistador.

Los ojos saltones, enmarcados por ojeras hinchadas, los labios de un rojo antinatural, la barbilla retraída y sus mejillas hundidas, evocan más a un burócrata agotado que al jinete mongol.

Von Keyserling bebe champán sin medida, saluda a cualquiera que se le acerque, con la mirada perdida, y mueve mucho las manos. En la izquierda, un anillo barroco; en la otra, un reloj enorme que apenas aprieta su muñeca huesuda.

A la hora acordada, tras quince minutos de cortesía, carraspea e invita al auditorio –intelectuales, bohemios, la flor y nata– a abandonar las copas y seguirlo al salón exterior, iluminado por velas.

–¿Están listos para construir una comunidad unida por la inteligencia, sensibilidad y conciencia?

Besa con media reverencia la mano de Isabel, la anfitriona, y elogia en varios idiomas el buen gusto de los alumnos por haber

elegido asistir. Expone los temas en los que trabajarán, el método que aplica, y les ruega que se quiten los zapatos.

El revuelo es inmediato.

–¡Cuidado! Dicen que sus extravagancias son contagiosas.

–No es extravagante, es moderno –suspira doña Isabel, fascinada.

El conde cita a Mark Twain:

–«No pregunto de qué raza es un hombre; basta que sea un ser humano. Nada podría ser peor».

Con tal ímpetu, que rebosa el champán de su copa. Retroceden.

–Isabel, ¿esto es necesario? –murmura Gabriel Alomar, ya con los zapatos en la mano, incómodo.

–Hace años que su familia, rica de antiguo, quedó arruinada –informa Joaquín Xirau–. Será un guiño a sus tiempos de penuria.

–Como filósofo, no goza de mucha simpatía en Alemania –informa Josep Maria de Sagarra al ramillete de intelectuales.

Cáustico, severo y seguro de sí mismo, Sagarra era para Vinyes, en muchos sentidos, el ejemplo arquetípico del radical enemigo y uno de los que más critican el teatro moderno. Pero ahora es el que mejor le cae.

–Empiezas descalzándote y a saber cómo acabas –bromea Ramon.

–¿Penurias? Cobra una fortuna por compartir sus teorías –añade Sagarra.

Suda Pla en franela gris, demasiado abrigada para la primavera de la isla.

–Dejemos que nos maraville. Esto promete –brinda Vinyes, con una carcajada de champán.

Herr Eduard, con un estilo barroco como su anillo, despliega su retórica. El espíritu juzga, el alma vive... Aquí y allá, brumas y constelaciones, sistemas solares ordenados, aunque ninguno

permanente. Habla de estrellas de la fortuna dobles, de *ménage à trois* de cuerpos celestes. En definitiva, Ramon ya intuye que este gamberro de la palabra, con el don de la verborrea, no es de fiar.

Termina la primera conferencia con un golpe de efecto.

–Cerrad los ojos, regresad a las respiraciones de relajación que os he enseñado. Retirad de vuestra cabeza las ideas que os habéis hecho sobre mí y sobre estas jornadas. Amaos los unos a los otros.

Ha logrado llevarlos a un estado de hiperventilación colectivo antes de exponer el resto de su programa y enviarlos a cenar. La rutina incluirá amaneceres tempranos con infusiones de hojas y lianas cuya procedencia prefiere mantener en secreto.

Miguel ha vuelto a casa y lee la pantalla en cuanto me levanto para cualquier cosa.

–Ese brebaje aguado y amargo podría ser ayahuasca, como la infusión de Humanidad.

Se refiere a la medicina amazónica que probamos juntos en Can Sabé, cerca de Mataró. Gruño. No porque esté de nuevo en casa y me espíe, ni por lo que ha dicho, sino por lo que me ha hecho recordar.

Confesó, tras una de esas ceremonias chamánicas nuestras de fin de semana, la recaída en la heroína. Y, al final de otro retiro, meses después, pidió perdón a las mujeres presentes por haber comprado sexo. Durante años. No era capaz de mirarme. También en los primeros meses conmigo.

Los puteros, los adictos, se anestesian en la autocompasión y siempre confiesan que no fue culpa suya. No es el primero. Al anterior, arrodillado de vergüenza, lo aparté como quien prescinde de una silla rota. Le sugerí que escribiera: sobre sus chinas sumisas sin condón, el alcoholismo, sus veleidades franquistas y su hipocresía.

Esta vez, sin embargo, elijo sentarme a la mesa a escribir yo; investigaré, mientras hago equilibrios, qué quiere de mí este bucle de circunstancias. Y no pararé. No corrijo nada. Le doy la espalda a Miguel. Algunas sillas rotas son trampolines. Tomo impulso. Salto a Vinyes, al conde Keyserling, a Formentor.

El conde acaba de dividir el aforo en grupos. Van a debatir tres grandes temas: la inmortalidad, la riqueza y el mío, la rabia.

En los descansos, invita a los asistentes a comprar sus libros en la recepción del hotel y cuenta anécdotas más personales. Von Keyserling, ebrio casi a todas horas, encanta y hace reír a sus alumnos con el fuego de su elocuencia y de su espíritu, y con estas historias. Hable de lo que hable. Hasta el último día de esta Semana de la Sabiduría que prometía cambiar el mundo.

Vinyes, que se consolaba pensando en las bondades de pasar unos días lejos de Barcelona, con todo pagado y echando unas risas, sale del sopor. El conde ofrece un largo discurso final sobre la apatía y la barbarie en Europa.

Ensalza a los alemanes como la excepción a celebrar, y que en Palma vivan unos tres mil. Son datos que ha sacado del periódico *Der Herold*, editado en la isla para proporcionar noticias tanto de la lejana Alemania como de Mallorca, y en el que se anuncian librerías, bibliotecas, salones de belleza y tiendas de ropa. Todo dedicado a la colonia teutona.

A la vuelta, otro consejo de Keyserling:

«Si temen herir a los demás, hagan el siguiente ejercicio: imaginen que muerden un trozo de carne del cuerpo de la otra persona. ¿Pueden visualizar un corte limpio al morder o sus dientes solo dejan una marca superficial, como si mordieran goma? Si en su imaginación logran morder con fuerza y precisión, ¿pueden sentir la textura de la carne entre los dientes? Tal vez condenen este ejercicio

por cruel y vicioso, pero sepan que esa crueldad forma parte de su naturaleza, como lo es en cualquier animal en su lucha por la vida».

Vinyes, boquiabierto, decide no escuchar mucho más.

Las antiguas discusiones reaccionarias que había intentado dejar atrás le parecen ahora inofensivas, comparadas con estas que no se atreve siquiera a iniciar. Se consuela, a solas, en la cafetería, degustando una ensaimada y un café con leche que le saben amargos.

No volverá a hablar del conde, como tampoco habla de su madre; ya lo hizo en una obra de teatro que se perdió.

«Contar cada historia y olvidarla; escribes y perdonas».

Compruebo que puedo eviscerar en primera persona del singular, que es correcto. Despedazo y eviscero miedos con los dientes. No sangran. Son como los muebles viejos. Se amontonan hasta dejarnos sin espacio para movernos. La solución es conservar los esenciales y deshacerme del resto por la borda. Hay uno fundamental. ¿Me quedará ciega antes de terminar esta historia? O, peor, ¿pasará cuando ya no tenga historia que contar? Tocarlos todo a tientas. También las preguntas.

Anteayer acudí a la unidad de neurología oftalmológica para hacerme más pruebas sobre mi forma de relacionarme con el temible mundo exterior. «La diplopía es dudar de la geometría convencional del mundo», dijo el especialista. Veo dos y tres veces lo que debería ser único, y redondo, lo cuadrado, rectangular, lo redondo. Cada rostro desdoblado, cada camino bifurcado y cada bombilla convertida en galaxia. Me resigno a la incomunicación de que nadie más lo vea así. Me repliego. Deprisa, sin pensar siquiera, como las anémonas.

—No lo busque en Google.

Desobedezco. La información y la comprensión de mi mal intratable son lo único que parece aliviarme, por absurdo que parezca a los que me rodean. Leo que la ceguera está a la vuelta de la esquina. No importa. Me marcharé a donde aún puedo ver. A la memoria, por ejemplo. Corro a aquel paraíso de ubicuas bandejas de

canapés y copas sofisticadas, invitada al hotel de Formentor, cien años después que Vinyes. Autora local.

Me planto en la escalera central del jardín de este refugio de la élite literaria. El balcón secreto del Mediterráneo. El retiro de la alta cultura, donde conté a Jorge Herralde y Roberto Calasso mi epopeya. Que escribía esta novela.

«Me destruiré para materializarla», dije, como si alguien fuera a notar la diferencia. «Y a los que me rodean», añadí. Dije otras bobadas parecidas, convencida de que reconocer el martirio propio prueba la autenticidad. El italiano brindaba con quienes le felicitaban por el premio, que no fueron pocos, y no nos entendimos. Con Herralde, sí. Me costaba creerlo. Expresó su deseo de ser el primero en leerla, y lo cumplí. En vano. Le gustó, me dio algunos consejos. Desparramo este manuscrito, paseado por todos los reinos –vegetal, animal, mineral– y lo vuelvo a recoger. Como ropa tirada por el suelo. Lola, mi admirada Lola de Candaya, me la ha pedido. Encierro la novela inconclusa en cajones, con los medicamentos caducados. La cubro de fotografías y fotocopias, aniversarios, fases lunares y cualquier material útil para que germine. Prosigo. Desisto. Acumulo. Hasta que me veo obligada a hacer sitio, y vuelta a empezar.

Acabo de archivar la carpeta con la demanda ejecutada de mi tío contra los desconocidos ocupantes, su sobrino-nieto y yo. Pongo dos lavadoras. He tirado los ejemplares de archivo de todas las revistas donde colaboré para sustituirlas por los de las revistas donde colaboró Vinyes. Ahora soy peón de limpieza en el Ayuntamiento de Algaida y, en vez de quejarme o abandonarme, mando currículums a ofertas de trabajos donde pagan menos que lo que me cuesta imprimirlos y enviarlos. Anoto en la agenda mi cita con el banco de alimentos para completar las comidas y cenas de la semana.

Y aparece El Político. Pregunta por WhatsApp cómo me va. Respondo con un resumen escueto.

–La trabajadora social de Palma no ha sido distinta de las de la Mancomunitat del Pla.

Con amabilidad forzada, me explica que así son las cosas, y que la burocracia estatal le obliga a hacer seguimiento de progresos, así que diremos que la de Palma es mejor. Casi a las ocho de la tarde ya insinúa, supongo que con la mano en la bragueta, que no me esfuerzo lo suficiente. Dejo que se explaye, lo imagino con una hamburguesa en la otra mano. Y un tatuaje tribal en cualquiera de los brazos. Parlotea sobre sus logros en política social mientras, harta, estudio un cerco amarillo en el yeso del techo de la cocina, la madera de pino sin pulir de las sillas, el esparto manchado del saco de patatas. He aprendido a amar las privaciones, el frío, las humillaciones. Podría explicarle mi teoría de que la marginalidad y el talento se adquieren como los idiomas, por inmersión, y que no tiene ni idea de nada. Le salva que era la hora de la clase de interpretación.

Cuelgo y corro, tenemos prohibido llegar tarde y, durante tres horas, un profesor calvo se dedica a empujar a una veintena de alumnos a descubrir hasta dónde estamos dispuestos a llegar para alcanzar la tan ansiada vanidad escénica.

Me apunté por curiosidad. Porque era gratis. Y porque es peligroso.

Las prácticas manipuladoras de este director de teatro amateur, Vicenç, también se extienden como el fuego en un bosque, por debajo de los pies.

Nos conocíamos y fue toda una sorpresa reencontrarle. La trabajadora social me había sugerido su curso para conocer gente, y ha marcado mi verdadero retorno a esta isla de religiosidad opresiva donde más de la mitad de la población fue moldeada en la infancia por la fe.

Predispuestos al abuso.

Tras el primer ejercicio, me llama chubasquero emocional. A Miguel lo escoge para el segundo en un papel de putero, elogia la verosimilitud de su interpretación, y me mira.

Vicenç no busca rompernos solo para hacernos útiles en escena. Me exige imaginar con detalle que he matado a mis hijos y, al terminar, dar tres vueltas al escenario para expulsar la mala energía, dice.

Nacimos en el mismo pueblo. Algaida. Primos lejanos. Dos raritos que se conocieron de niños y habían perdido el contacto.

Abandonaré las clases y nunca le contaré que localicé a las siete antepasadas nuestras emigradas a Uruguay de las que me habló un día. Todas actrices.

Las encontré por Vinyes, en Montevideo. En uno de sus viajes al país, conoció a Mary Ramis Oliver –mallorquina de Manacor– en el Círculo Democrático Balear. Ella lo llevó a saludar a los elencos baleares y a sus otras seis hermanas, y se entusiasmaron tanto con el dramaturgo que representaron dos de sus obras en el Casal Català, una casa antigua con tres balcones a la calle 18 de Julio, la principal avenida, y un patio interior embaldosado donde se hacían las representaciones y bailes.

El padre de Ramis atendía la cantina y vivían ahí con otro isleño, Miguel Oliver, menorquín, que dirigía y hacía de apuntador, además de regentar una sastrería de telas y cortes impecables.

Por eso, Vinyes no abandonó Uruguay solo con el recuerdo de la simpática puesta en escena de sus dos piezas teatrales. Las hermanas, en los ensayos, ayudaron a coser la chaqueta de lino que le regalaron. La misma que, muchos años después, Vinyes le entregaría al negro Dámaso Rodríguez, el portero del Rascacielos, para recuperar la novela en ciernes de Gabriel.

Miguel y yo nos marchábamos de la clase sin despedirnos. Para protegernos de Vicenç. Así, también, nos desconocimos. Corríamos a casa, él a dormir al sofá y yo a sacar más tesoros del cajón, recuerdo ahora que vuelvo a abrirlo. He recuperado la postal que Vinyes envió a su hermano pequeño, Josepet, desde Mallorca.

Hace años, la fotocopie en el despacho de un estudioso, también calvo y rechoncho, del archivo de Berga. Había hecho lo posible para no atenderme. Es mucho mejor el archivero actual, Abel, aunque argumente que en Berga no se le ha hecho nada a Vinyes para celebrar que el 2022 es el Any Vinyes «porque siempre estuvo fuera». Los cuarenta y cuatro años que me he entretenido en calcular que don Ramon Vinyes pasó en Cataluña, borrados.

Mientras, en Barranquilla, donde pasó menos de veinticinco años, en total, la Alcaldía Distrital hizo pública la que consideraron noticia del año: el diseño y construcción del teatro Ramon Vinyes en el área cultural del Gran Malecón del Río Magdalena. «Saldamos una deuda histórica», publicó, visiblemente emocionado, Jaime Pumarejo.

La fotocopia de la postal se había traspapelado. La llevo a la cocina, único espacio libre del volumen de la televisión, y la coloco en pie, apoyada en una pila de libros que sirve de atril. Recaliento la cena, la miro, entorno los ojos como una vidente ante su bola de cristal. La información no es tan fácil de poseer como los objetos. Insisto. Logro trasladarme al mes de junio de 1932. Al número 48 de la calle Dos de Mayo, en Palma, en el barrio del Terreno.

Un año antes de que Adolf Hitler asuma el poder en Alemania, una agrupación mallorquina intergeneracional muy parecida a la de mis clases de teatro amateur funda el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán en la isla. La postal es una edición especial para celebrarlo.

La colaboración entre nazis y falangistas en Mallorca durante este período dejó una huella profunda en la historia emocional de la isla. Y en la de mi familia. El antisemitismo y el racismo eran especies endógenas y no requerían ninguna intervención externa. El nazismo de las películas, y la historia de Europa, pasan ante mis ojos del estado nebuloso al estado sólido. En el reverso de la postal, Vinyes sentencia, otra vez: «Observar, reflexionar, contarlo y seguir adelante».

La historia no se repite, pero el pasado nos pisa los talones en cuanto la memoria falla. Después de las Primeras Jornadas Eugenésicas Españolas, clausuradas por Manuel Azaña en el paraninfo de la Facultad de Medicina de Madrid, con la presencia de intelectuales catalanes, Vinyes contuvo, de nuevo, el malestar. Hasta que la paciencia se le agota. La visita del doctor Karl Cerff y sus declaraciones en *La Nació Catalana* lo enfurecen. Ha intentado animar a los amigos a pronunciarse en contra, pero le responden que exagera. El alemán resulta simpático, ha dicho en la prensa que «los catalanes son racialmente diferentes de los españoles» y eso les halaga.

Que añada que los judíos son «enemigos del nacionalismo catalán», incluso les divierte.

—¿No serás semita, Ramon?

Maseras argumenta que la diversidad de opiniones demuestra fortaleza, y también gracias a esa actitud no para de ascender. Jocs Florals, conferencias, actos públicos, cargos desde los que puede favorecer a quien le plazca.

Vinyes, desilusionado, se ha apartado definitivamente de los círculos oficiales y, tras sus largas jornadas de revisar manuscritos editoriales y las pocas traducciones que aún le encargan, asiste a intensas sesiones de jazz, tertulias contestatarias como la de la peña Oasis, o a una más eficaz y discreta, en la trastienda del señor Vilaró,

en la calle Ferrán, donde se reúnen bajo el nombre de *Penya del Paragüero*. Los buenos propósitos que traía de *Barranquilla* han perdido fuerza, pero sigue sin rendirse.

–Hay que atraer a las mentes que aún piensan –afirma desde el primer día– y movilizarnos sin caer en utopías peligrosas.

Solo encuentra afines discretos, como el dibujante Daniel Masgoumiery.

–Quiero hacerte un retrato. Será un momento.

Masgoumiery prepara una serie de caricaturas de tertulianos marginales para las Galerías Layetanas.

El activismo, aunque ineficaz, da sentido a su fallido regreso y cobra consistencia. En la Federación de Sociedades de Teatro Amateur de Gràcia, Felip Cortiella, uno de los impulsores, lo recibe con los brazos abiertos. Reconoce en Vinyes una inteligencia incómoda y lo llama «artista de la vida».

Mientras, Ramon oposita, se presenta para una plaza en la secretaría del Ministerio de Relaciones Exteriores, a las órdenes del Ayuntamiento. Un trabajo modesto, sin tener que pedir favores. Revisor de fichas de empadronamiento. Cincuentón anodino, cobra lo justo para sobrevivir en el piso de su madrastra en L'Hospitalet. Escaleras mal iluminadas, pasillos estrechos, puertas que no cierran bien. Feliz como el canario que canta en el cubículo de la portera.

Compartir gastos con su madrastra le permite financiar su parte de una pequeña compañía ambulante con la que representa la obra antibelicista que acaba de escribir, *Comiats a trenc d'alba*.

–Ramon, basta de teatritos –le riñe Salvadora–. No es momento de más líos.

–Nunca lo es. Y así nos va.

El Frente Popular ganó las elecciones y el Front d'Esquerres hizo lo mismo en Cataluña, y la tensión ha ido en aumento. Un grupo de milicianos intenta prender fuego a su casa con ellos dentro.

–¡Si don Pere estuviera aquí, canallas! –grita la madrastra, mientras los sacan a la calle.

–Señora Sabatés –responde uno, burlón–, si ese caballero carlista suyo estuviera aquí, esto lo arreglábamos entre hombres.

Apenas algunos obradores amasan pan. Hasta las colas de las cebolletas se pagan al peso. En casas y bares, el café ha sido reemplazado por malta.

A Maseras, que fue Caballero de la Legión de Honor, también le va mal. Paga con vales de comida de la Generalitat en el restaurante Can Parellada y ha escrito a sus editores para pedir adelantos. Casi ninguno responde. Es sabido que Estelrich, el político de Felanitx que tanto lo había respaldado, ahora lo ignora. Dirige la Fundación Bernat Metge, se ha alineado con Cambó y ya no lo necesita. Maseras ha dejado de ser útil.

–Mi anonimato forzado me ha mantenido a salvo –le dice Vinyes.

Y que ha publicado en París otro artículo, «La ideología y la barbarie de los rebeldes españoles».

Maseras se lo reprocha.

–Vas a conseguir que te pongan en una lista negra, Ramon.

–A estas alturas, no creo que notemos la diferencia.

El 17 de julio de 1936, Radio Ceuta transmite un mensaje en clave: «En toda España, cielo despejado». Es la señal. En cuestión de horas, las tropas sublevadas avanzan. El crucero Eugenio di Savoia dispara veinticuatro obuses sobre el Poblenu: dieciséis muertos; dos heridos fallecen días después. Se habilitan refugios. El paso clandestino de armas desde Francia se intensifica. Las farmacias mantienen sus puertas abiertas. Bombardeos, detenciones, barricadas. Carteles: «Controlado por la Generalitat». «Por la CNT».

Pere y Joan, los dos amigos de Berga, pasan a despedirse. Marchan al frente de Mallorca con la expedición republicana. Pere

muere el 16 de agosto en Porto Cristo. Lo entierran en una fosa común. De Joan no volverá a saberse nada.

Salvadora estalla:

–La culpa es de Azaña. Se ha marchado para tener la frontera más cerca. Cobarde.

El invierno llega con patatas hervidas y pan con tomate. *Corned beef* los domingos. La fruta escasea. La esperanza también. La madre de Joan busca noticias de su hijo y ha averiguado que cinco milicianas catalanas que embarcaron con él a Mallorca fueron hechas prisioneras, insultadas, paseadas por el pueblo antes de ser torturadas y violadas por sus captores. Al amanecer, las ejecutaron y arrojaron a otra fosa común.

Recomienda extremar precauciones: en efecto, los falangistas elaboran listas negras y, en casa, ya no atiende el teléfono ni abre la puerta a desconocidos. También en Barcelona, porteros y serenos se convierten en agentes de control. Se exigen historiales políticos. Se multiplican las delaciones anónimas. Desde Sevilla, Queipo de Llano lanza amenazas por radio. Desde Salamanca, Millán-Astray grita: «¡Muera la inteligencia!». Azaña, resignado: «Quienes querían sangre, sangre han tenido». Y en oleadas.

Barcelona sufre ataques de dos y tres días seguidos, y se convierte en la primera ciudad europea de la historia bombardeada de manera sistemática. Después, Guernica. Seis bombas. Mujeres y niños. Otro ataque. Y otro. La ciudad arde durante horas. Vinyes intenta escribirlo.

–Salvadora, no me caben todos tus «ten cuidado» en este poema.

Veinte días después, lo detienen.

–¿De qué me acusan?

–De desacreditar el orden y facilitar la desobediencia.

Lo liberarán pronto, tiene más de cincuenta años y ningún antecedente. Sus colegas solo musitan: «Al exilio». Pero las pesetas

republicanas no valen nada y las rutas están cortadas. En marzo del 38, el régimen nazi intensifica su apoyo a Franco y el cinco de abril se deroga el Estatut. El catalán deja de ser cooficial. El veintiséis de enero de 1939, Barcelona cae. Comienza la retirada, columnas de civiles y soldados avanzan hacia La Jonquera y Le Perthus, y Francia abre la frontera con una condición: entrar desarmados. Cerca de medio millón cruzará los Pirineos. En Argelès-sur-Mer y Saint-Cyprien les esperan la playa, el viento y las alambradas.

No fue una derrota militar, sino emocional. El uno de abril, cuando se declara oficialmente el fin de la guerra, la paz no llega y, en la radio, aún: «Se recomienda cerrar puertas y balcones». Y las mentes. Porque los otros enemigos del franquismo fueron las bibliotecas. Maestros y bibliotecarios, encarcelados o fusilados. Los libros, quemados. Las escuadras falangistas izaron la bandera española en el Ateneu y sesenta socios envían el primer día un telegrama de adhesión al nuevo régimen: «con respeto, agradecimiento y admiración».

El veintitrés de abril, Día del Libro, instituido en los años 30, coincidiendo con la muerte de Cervantes, Shakespeare y el Inca Garcilaso de la Vega, se celebra en el patio de la Universidad Central de Barcelona una monumental quema de libros. Por separatistas, liberales, marxistas, anticatólicos, pornográficos. No hay criterio. Solo odio.

No esconderse, ahora, es condenarse. Lo tienen documentado en los periódicos, con nombres y apellidos, y Vinyes figuró, a veces, a doble página, como el valiente dramaturgo de la última obra antibelicista representada en Barcelona antes del alzamiento. Sus artículos contestatarios le señalan y van a perjudicarlo, le avisan.

—Tranquilos —responde—, quién sabe si nos liquidarán, antes que las delaciones, los bombardeos.

Uno toca cerca. Un temblor que se inicia en los techos de las casas y termina, sorda réplica, en los sótanos, bajo los cimientos. Cuando las explosiones cesan, afloran los gemidos. Luego, un largo lamento irregular por la gente perdida de vista.

Él y Salvadora no tienen más remedio que salir, una vez a la semana, a comprar. La harina se cotiza a cincuenta pesetas el kilo; los huevos a quince pesetas la unidad y el aceite a doscientas pesetas el litro. Y descubren, horrorizados, que la última bomba había impactado de lleno en un colegio de calle Balmes. Niños a pedazos, brazos y piernas a metros de distancia, olor a carne quemada. Un perro herido se mea encima. Hay ratas y basura acumulada en las aceras. Los operarios del servicio de barrenderos han sido movilizados al frente. Paredes cubiertas por la propaganda militante. Una niña harapienta sigue a una cabra entre los escombros.

—Dios no puede estar del lado de estos asesinatos, Salvadora.

El pesimismo de Vinyes la convence. Se marchará al pueblo, donde espera que no haya tantos pistoleros. Con dos mudas superpuestas y una maleta repleta de lo valioso que le queda.

–Lleve las joyas a la vista, Salvadora, para que se las roben mejor por el camino.

–Ven con nosotros, Ramon. Basta de hacerte el valiente –insiste–, te conviene hacerme caso.

–También me marcharé, tranquila.

Los compañeros de Ramon le han incluido, sin preguntar, en la lista de intelectuales que pueden acogerse a la ayuda de la Consejería de Cultura de la Generalitat para llegar a un lugar seguro.

Ramon se ha resistido, no porque no tuviera miedo. Está paralizado. La confusión campa a sus anchas y no termina de creerse lo que ve.

Desde que cortaron las comunicaciones, ya nadie sabe qué bando gana o pierde.

El autobús sale el veinticuatro de enero, a las seis de la mañana, del paseo de Gracia con Diagonal. Pasarán a recogerle.

–No lo veo necesario, soy pacifista –replica, por inercia.

En los tiempos arruinados, no hay tiempo que perder.

La huida será por Toulouse. Están nerviosos y Vinyes, en vez de ser práctico y hacer las maletas, no para de hablar. «Toulouse, Toulouse, Tolosa de Languedoc». Enumera datos enciclopédicos, intrincadas casualidades literarias, Jocs Florals, anécdotas tejidas a lo largo de los siglos. Nadie tiene ganas de escucharle, pero él sigue, y sigue. Nada de libros, le dicen, y vacían una de sus maletas en el suelo. Necesitará espacio para comida y objetos de valor que se puedan vender por el camino. Le gritan que hay que salir. Ni caso. Le empujan al pasillo.

Le han puesto un abrigo encima de otro. Escaleras abajo, se cae una maleta y se abre en el portal. Ruedan latas de conservas hasta la

acera. Guardarlo todo, a toda prisa. La gente que pasa los mira, hambrienta.

Aviación enemiga, rápido.

–Camine, Ramon, nadie significado que se quede estará a salvo.

Se produce una formidable detonación. En un punto indeterminado. Corren a un refugio y coinciden en el acceso al angosto túnel con un viejo maestro republicano y su grupo de alumnos. Como si rezara, recita «no pasa nada por llorar, muchachos, el miedo es libre y no paga contribución». Vinyes llora y calla, ha recuperado la noción de cuanto le rodea y descubre, a su lado, a Xavier Benguerel y su esposa. Ella se niega a dejar de abrazar a su marido, y él le repite, como un autómatas, que pronto se reunirán en Francia. Alguien empuja para entrar y los separa, a oscuras. Hay goteras, apenas queda espacio y el ambiente es irrespirable.

Cuando por fin salen, instrucciones en voz baja para localizar el sucio y maltrecho bibliobús.

–Corramos, lo han desplazado.

A dos o tres calles, otra bomba. Lo encuentran con el motor en marcha. Media docena de desconocidos cargan bultos, sacas, bolsas y paquetería variada del Banco de España. Cuando se sienta dentro, Ramon celebra, de un vistazo por el retrovisor, con el cristal roto, que no ha olvidado el sombrero. Muchos de los que se quedan no sobrevivirán, piensa también. Arrancan, circulan y bordean una fila de columnas de humo que emergen de infinitas chimeneas.

–La gente quema lo que puede comprometerlos.

Enfilan el norte, por Sant Andreu. A su paso, hay quien saluda con el puño cerrado y quien saca la lengua. Curiosidad. Envidia. Muchos, como la huérfana de la cabra, ni miran. Restos de palomas muertas en la calzada.

–No seamos pesimistas, puede que pronto regresemos.

Capitanea el grupo Fabra. Vinyes, más sereno, saluda a sus amigos Pau Vila y Alfons Maseras. Piel muy pálida y expresión melancólica. Alfons siempre ha llevado en el rostro un estigma de tristeza que lo acompañaba. Pero ahora es diferente.

También reconoce a la señora Peris, a Anna Murià, con sus padres. A Domènech Guansé y Mercè Rodoreda. Al severo Armand Obiols... Demandan más que el protocolo social republicano. Hay que contener la tristeza, como sea. Hablar de trivialidades. Pero no hay manera. Un profesor de primaria cuenta que, tras un bombardeo, encontraron muerta a su mujer, sepultada. La enterraron. Pero ¿dónde? Aún no lo ha averiguado.

Este bibliobús es más resistente de lo que parece. Era el camión biblioteca del Servei de Biblioteques al Front, de la Institució de les Lletres Catalanes. Durante la contienda, ha atravesado medio país cargado de libros en los laterales para abastecer a los soldados republicanos destinados al frente. Ahora carga a muchos autores de esos libros, observa Vinyes.

Maseras, los ojos azules entoldados, cambiantes y profundos, explica por qué no lleva equipaje. Él y su familia tuvieron que escapar, de madrugada, por el patio. Con lo puesto.

—Fueron a buscarme.

La carretera hasta Girona está abarrotada de gente que pasa la noche en coches o en el suelo, protegidos con mantas y cartones. Algunos que los ven se acercan a comprar plazas en el bibliobús con lo que les queda. Vila aplaca los ánimos cuando empiezan las primeras discusiones. Pasa lista. En dos horas se encargará del relevo al volante. Ven, de camino, los balcones de muchas casas cubiertos de fantasmales banderas blancas. Lienzos improvisados con colchas, sábanas, ajuares.

—Es triste rendirse con manteles de mesas de comedor que llevan semanas sin reunir poco más que malas noticias.

—¿Y para qué quieren si no los manteles, Ramon? En muchas de estas casas, usar manteles y ver migas de pan blanco sobre ellos ya es solo un recuerdo del pasado.

Rápido. Girona no será segura ni un día más. La sobrecarga de nuevos pasajeros que han convencido a los del bibliobús para que los lleven a cambio de comida, sobre todo mujeres y niños exhaustos, obliga a prescindir de algunos bultos. También se producen acaloradas discusiones cuando el motor no arranca y el chófer y un pasajero que entiende de mecánica sudan la gota gorda para reanimarlo. Amenazan con echar a los que gritan para apremiarlos. Prosigue la marcha y abandonan también los bidones vacíos de gasolina.

Jornadas enteras en vela a cuenta de los nervios y los cambios de marcha a porrazos del autocar. El combustible alcanza hasta la masía de Perxers, en Agullana, el Empordà. La carretera está moteada de hojas de periódico arrugadas. Niños que lloran. Temor a caer prisioneros. Miedo de ser rechazados en la frontera. Del egoísmo de los fugitivos que parecen competir a ver quién llega primero. Xavier Benguerel anuncia que necesitará guardar reposo, que se queda, quizás a esperar a su familia. Está enfermo, pero no tanto como Maseras, al que le cuesta respirar. Se contagió de tuberculosis, hace año y medio, y llora como un niño. Se lo había estado ocultando a su esposa. Que la diarrea, el dolor de riñones y los escalofríos se deben a la falta de morfina, confiesa.

Atribuye su adicción a la desesperación por no haber podido localizar a Jordi, su hijo, soldado de la República, desaparecido.

—Cumplió diecinueve años el mes pasado.

El médico se niega a darle nada.

—Mi esposa ha preferido quedarse a esperarlo, con nuestra pequeña. Iban a acompañarme, pero, en el momento de subir al

camión, me ha convencido de que Jordi podría regresar herido. Alguien tiene que estar en Barcelona para atenderle.

Vinyes baja la cabeza. El de su amigo es un dolor del que hay que descubrir, no cómo definirlo, pues no tiene formas ni límites, sino cómo parar de hacerse preguntas a su alrededor. No se sabe nada de su hijo desde noviembre.

Destinado a la 15.^a Brigada Internacional, 60 Batallón, primera Compañía, repite Alfons, tomó parte en las últimas operaciones del ejército republicano en el frente del Ebro.

Hace una crónica detallada de las noticias que ha recabado del matadero del Llobregat.

—La División ha ametrallado a quinientos civiles, y él no consta. Localizaré a Jordi, ¿sabes, Ramon? Iba a estudiar medicina...

Las tropas franquistas bombardean también a quienes huyen a pie. Lo confirman los miembros del gobierno catalán que se han unido al viaje del autobús, apesadumbrados, con Lluís Companys a la cabeza. Poco a poco, se presentan los diputados del Parlament, el presidente de Euskadi y el presidente de las Cortes de la República, Martínez Barrio. Todos se quejan del abandono internacional.

No obstante, lo que más les inquieta, ahora, es no entrar en Francia. Solo aceptan agricultores.

Al parar en una masía, se piden voluntarios para descargar bultos y, esta vez, Vinyes se ofrece. Necesita mantenerse ocupado. Se va a improvisar un almacén de obras de arte que la Generalitat ha rescatado para guardarlas cerca de la frontera. También trasladan, a otro camión, telas vírgenes de gran formato para venderlas en Francia.

Para premiar a los voluntarios por su diligencia, reparten luego pan con mantequilla y auténtico café con leche, dulce y cremoso. Mejora el ánimo del grupo. En un aparte, Mercè Rodoreda anima a

Anna Murià, a las esposas de Oliver y Trabal. Todas sin sus maridos, requeridos al límite de la edad militar.

–Fijaos –dice Pau–, han cambiado la numeración.

Para no asumir como propias las páginas publicadas los meses pasados. Por si acaso. El diario *La Vanguardia* ha adoptado también el subtítulo de «Diario al servicio de España y del Generalísimo Franco» y anuncia que el Institut d'Estudis Catalans ha sido sustituido por el Instituto Español de Estudios Mediterráneos.

–Y las calles... Se dice que van a recobrar los nombres de la primera dictadura –suspira Rodoreda.

El grupo de Companys que ha pernoctado en la masía se ha esfumado por la noche, con rumbo desconocido. Alguien piensa, esperanzado en voz alta, que, quizás, para organizar la resistencia.

Francia, el mitificado país de la libertad y la cultura de las escapadas juveniles de Montserrat, Vinyes y Maseras, se ha convertido en un destino muy distinto. La desgracia republicana ha encarecido lo poco que encuentran para comer y las mantas necesarias para no morir de frío. El dinero de curso legal ha cambiado de bando. Las joyas se malvenden. Las obras de arte y otros lujos particulares no encuentran quien les dé valor alguno. La mano de obra se ha devaluado. Lo republicano sobra.

—Esperemos que sea de ayuda que nuestro grupo viaje bajo la responsabilidad de la Conselleria de Cultura de la Generalitat —dice Pau Vila, obstinado en levantar el ánimo de sus compañeros.

Les han garantizado un acuerdo para que los intelectuales mayores de cincuenta, las mujeres y los niños crucen la frontera. De milagro, los franceses aceptan un peculiar pasaporte colectivo de la Generalitat, un papel con los nombres de todos escritos a mano, y les indican el camino hasta el Centre d'Accueil, organizado por el Comité Universitaire Toulosain d'Aide à l'Espagne Republicaine.

Las primeras noches, duermen en el suelo de una gran sala de actos, y luego los distribuyen en un antiguo cuartel de bomberos, acondicionado con pequeños cubículos con colchonetas de paja. Les entregan velas y lámparas de queroseno, y alguna manta.

Hay ya doscientos refugiados, y la cifra aumentará en los próximos días. Las unidades familiares reciben cuartos más amplios;

los que han llegado solos, como Vinyes, comparten habitación.

–Ramon, nuestra amistad, de treinta y tres años, bien merece que seas mi compañero de cuarto... Si no te desvelan mis toses y pesadillas.

Vinyes y Maseras, de nuevo juntos.

Dan paseos breves por los alrededores para despejarse. Rodean el canal. Una de las primeras tardes, alguien señala, desde el Puente Nuevo de Toulouse, la cima de los Pirineos. Las brumas cenicientas cubren sus aristas peladas. Caminar hasta allí se convierte en un ritual desolador. Arrastran tras de sí domicilios, calles, los paisajes de su tierra que imaginan destruidos del otro lado. La espalda, encorvada. No apartan la vista del horizonte.

–Fíjate, Ramon, con lo que me empené en marcharme a Francia... y lo que daría ahora por estar en Barcelona.

–«*Aquestes muntanyes, que tan altes són!*» –cita Vinyes la «Glosa» de Maragall.

El frío en los barracones, el hambre, los escalofríos. Luego, la primavera.

Se asean, cuando pueden, en una barraca de madera agujereada, con regaderas de agua helada, separados hombres y mujeres. Muchos, después, se visten con la misma ropa maloliente. Las buganvillas en flor adornan la llegada del correo y los paquetes. ¡Gritos y carreras! Carta de Salvadora. El dos de febrero, las tropas franquistas entraron en Berga. Instalaciones destruidas. Obras de ingeniería, archivos y bibliotecas incendiados.

Los refugiados evitan protestar ante las comisiones francesas de control por las malas condiciones de trabajo de los que tienen fuerzas para ganarse unos mendrugos como jornaleros.

–Indeseables que no podéis ni estar en vuestra patria, la gran Francia se ha compadecido y os da comida y asilo. A cambio de haberos salvado, ¿y pretendéis cobrar por trabajar?

La amenaza es clara: si protestan, los devolverán a España.

La Prefectura y la prensa francesas no comprenden que los rojos hayan permitido este éxodo de mujeres, niños y ancianos. Los culpan. Argumentan que se equivocaron, que podrían haberse quedado porque unos soldados victoriosos jamás tomarían venganza contra civiles.

No son conscientes de la carnicería que se produce al otro lado de los Pirineos.

Hay que conseguir agua caliente, cocinar y lavar la ropa. Anginas y faringitis. Sabañones que deforman orejas, narices y dedos. El resto del tiempo, hombres y mujeres agarran a los pequeños primero, y a matar piojos. Después, los adultos.

Para animarse, se reúnen e intercambian periódicos, revistas, alimentos. Todo ayuda. Vinyes siempre lleva libros en los bolsillos y los presta como si fuera una librería ambulante. Los consigue en la biblioteca municipal de Toulouse.

—Tome los que desee, caballero. Los veo tan tristes que parece que perdieran la guerra cada semana —le dice la bibliotecaria.

Esta señora robusta y de piernas varicosas es la única local que le ha sonreído hasta el momento.

—Ramon —ruega Alfons—, ¿no podrías buscar también un poco de coñac?

Cada día se le ve más encorvado. Anoche rompió el orinal de una patada, sonámbulo. Dice que un poco de licor le ayudaría a impartir sus clases de lengua francesa a los jóvenes exiliados, el idioma que domina y habla a la perfección y que necesitan más que nunca. Le mantienen ocupado un par de horas cada tarde, y las demás aspiraciones se reducen a hablar de su hijo, desvanecido como el color de sus ropas. Vinyes intenta animarlo. Lo insta a trabajar también en los turnos de limpieza con él.

—Mañana cumpliré con mis tareas —promete Alfons, con los ojos virados a gris y un aire de no tener absolutamente nada que ver con la realidad.

Le sigue faltando el aliento. Los músculos de su cara tiemblan, igual que sus manos. Tiene algo que confesarle a Vinyes.

Jordi Maseras se había negado a ser incorporado a las filas del ejército republicano por razones éticas y religiosas. Su negativa fue castigada con la asignación a una Brigada Internacional, donde pudo ser incluido como sanitario, la única misión que aceptaba desde su mentalidad absolutamente pacifista y humanitaria. Y Alfons no hizo nada a tiempo para ayudarle. No llegaron a despedirse.

Escribe más cartas a contactos de brigadas y fantasea con que su hijo haya sido rescatado, que alguien lo haya devuelto a Barcelona o que haya aparecido en un intercambio de prisioneros.

Haga sol o viento, Alfons lleva la bufanda enrollada al cuello, hasta la nariz, y acepta paseos mínimos solo porque Vinyes insiste.

—Ahí va la pareja triste —murmuran, a su paso.

Cada vez escasea más de todo. El auxilio desinteresado inicial de las instituciones francesas y los organismos republicanos no da abasto, y mengua. Hay que encontrar asilo en otro país antes de que los envíen a un campo de trabajos forzados o negocien algún intercambio con ellos.

—Hay una propuesta para irnos a trabajar a Londres, amigo. Nos adelantan el pasaje. Debemos apuntarnos, quedan pocas plazas.

—Ve tú. Yo debo esperar a Jordi.

—Piénsalo, con dinero podrás ayudar a tu esposa y a tu hija. Quizás desde ahí sea más sencillo encontrar a Jordi, además.

—No. No voy a fallarle, esperaré a saber de él.

Muchos refugiados ya se han embarcado a América o a las colonias francesas. Otros aparecen por sorpresa para relevarlos. Han llegado Pere Calders y el dibujante Enric Cluselles, fugados de

campos de trabajo. Verlos de nuevo es un alivio, pero sus rostros demacrados asustan. Vinyes reconoce al antiguo compañero de tertulias, Tísner, aún de uniforme. Y a Agustí Bartra. Se saludan con afecto.

—Elena me ha escrito. Le daré noticias tuyas cuando le responda. Sigue sin trabajo y sin medios para salir de Barcelona.

«Lo he perdido todo, pero quédate tranquilo, pronto van a ayudarme a pasar la frontera».

Tísner viene del campo de trabajos forzados de Prats de Molló, huido también, y busca a sus dos hijos. Agustí Bartra llega del campo de Agde con noticias devastadoras del trato recibido. Ambos proponen enviar solicitudes colectivas a las legaciones y casals catalanes de Argentina, México, Chile, Cuba y Venezuela para intentar un rescate diplomático de los presos en campos de trabajo que han dejado atrás.

Está claro que los franceses no van a ayudar. El gobierno de París, demasiado influido por la extrema derecha, quiere ahora contentar al régimen franquista. Ordena el confinamiento de los refugiados con significación política en los departamentos fronterizos y moviliza tropas. Hay que organizarse.

El cierre de comercios por las movilizaciones francesas provoca un efecto colateral inesperado. Al clausurar los burdeles, un grupo de soldados franceses acampados cerca del cuartel salta la tapia por la noche e intenta abusar de las refugiadas.

Hasta aquí se podía llegar. El escándalo obliga al Comité Universitaire Toulosain d'Aide à l'Espagne Republicaine a intervenir. Las quejas le estallan en la cara a un comisario con ética que se ve forzado a dejar un par de gendarmes de guardia. La residencia de exiliados catalanes de Toulouse se parece cada vez más a una cárcel.

Las nuevas normas ya no permiten salir a pasear. El teatro, en estas circunstancias, se les ocurre que puede ayudar. Vinyes y Tísner

se proponen escribir y estrenar pequeñas obras para levantar los ánimos y la idea prende. Bransuela, máximo responsable de la Comisaría de Espectáculos de la Generalitat de Catalunya durante la guerra civil, se encarga del cuadro escénico. Ensayan una farsa titulada «El misteri de Santa Eròfila». No faltan ni actores ni público. Aunque maltrechos, furiosos, sucios, cansados, logran pasar una velada memorable.

Maseras se apaga. Su deterioro se ha acelerado. Habían discutido por bobadas de la intendencia diaria, y Vinyes se arrepiente al verlo temblar como nunca. Jamás había sentido un deseo tan profundo de ser generoso con su amigo, pero Alfons sigue sin querer levantarse de la cama y ni siquiera reacciona cuando Vinyes le habla de la esperanzadora propuesta de Tísner: viajar a México. Podrían conseguir permisos y pasajes gratuitos. En unos meses zarparían en el Panamá.

–Piénsatelo, Alfons, en julio podríamos estar en Veracruz.

Cuando alguien le pregunta qué planes tiene, Maseras solo acierta a repetir que le gustaría volver a Barcelona. Vinyes, cada vez más práctico, lo convence de irse a París, lo más parecido ahora.

–Allí, la cultura y la civilización prevalecerán sobre la guerra. Confía en eso, Alfons.

–Corremos el riesgo de que nos manden a un campo de trabajo antes de llegar.

–No si podemos demostrar que un ciudadano francés nos acoge. Haz memoria. Alguien habrá en París que te recuerde.

Maseras recupera, de un cuaderno desballestado, algunos nombres y direcciones de su época en *Le Figaro*, y Vinyes contacta con ellos. Pero París es otro refugio incierto. El pintor Marc Saint-Saëns lo recibe en su holgado piso de barrio elegante, en Avenue de la Bourdonnais, cerca de la Torre Eiffel. También están el poeta Jaume Terrades y la traductora Mathilde Pomès.

—¡Cuánto me gustaría saludaros en mejores circunstancias!

La casa de Saint-Saëns es punto de encuentro de políticos, artistas e intelectuales españoles, catalanes y franceses; les ayudan a conseguir dinero y documentos que les permitan instalarse o moverse. Comparten ideas y contactos. Forman parte de la resistencia. El metro le marea, la elegancia gris de los franceses le maravilla, llueve día sí y día también. Fruta y pan para cenar, calles perfectamente rotuladas, la omnipresencia de las estatuas y la cultura como antaño, pero ahora impresionan menos.

Ramon escribe a Maseras para confirmarle que ha sido bien recibido y ha conseguido trabajo por un mes en el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles. Valoran la posibilidad de tramitar sus papeles para México, como sugería Tísner. «Es el destino más seguro. Se ha declarado oficialmente amigo de nuestra República vencida».

Los que ya han pasado por el proceso para el visado lo describen para animar a los demás. En los puntos de inscripción hay mesas de campamento, con un hombre o una mujer sentados frente a un cartel que dice: «Los republicanos que deseen trasladarse a México pasen a inscribirse en las listas que confecciona esta mesa».

¡Qué gritos! ¡Qué carreras! Y algún desmayo.

Vinyes regresa a Toulouse, en julio, con algo de dinero para empezar en México y la idea, firme, de llevarse a Maseras al otro continente, aunque sea a rastras.

Presentó las solicitudes a tiempo. Incluso maquilló la edad de ambos. Ahora han regresado a los cincuenta y cuatro años, justo por debajo de la edad de corte. Al llegar a Toulouse, encuentra su habitación del cuartel de bomberos vacía. Alfons no ha respondido a sus cartas y nadie sabe decirle dónde está. Averigua, por fin, esa misma tarde, que lo ingresaron.

Cuando lo ve, en la cama del hospital, el impacto lo deja sin aliento. Consumido, la piel cobriza y repleta de escoriaciones, las uñas amarillas, los ojos inyectados en sangre, el vientre hinchado. El diagnóstico no aporta nada nuevo: una crisis de catarro grave, sumada a su enfermedad de la piel y a la tuberculosis que arrastra desde hace tiempo.

No duerme. Sus nervios se burlan del cloral y de la morfina.

–El tratamiento se ha mostrado inútil –dice el doctor–. Hay que esperar.

Dos noches de angustia. Diarreas constantes. Alfons murmura que quiere marcharse. Al amanecer del tercer día, ocurre un milagro.

Le dan el alta.

–Ya que te encuentras mejor, Alfons, salgamos mañana hacia París. Tus amigos nos darán una tarjeta de identidad y en dos semanas embarcaremos a México.

–Imposible. Recibí una carta del campo de Barcarès. Estoy a punto de encontrar a mi hijo.

–Alfons, no van a esperarnos.

Maseras insiste. Ha conseguido, gracias a los informes médicos y un pequeño soborno, que los trasladen a una casa particular en el número 13 de la rue de l’Observatoire, a un cuarto con menos humedades. Vinyes cede, y posponen la salida a París.

Pero Alfons progresa poco, y cada día está más delgado. Las mejillas hundidas, la cabeza casi sin pelo, manos y pies helados.

–Deja de escribir cartas y descansa un poco.

La pista del campo de trabajo de Barcarès, desvanecida. Ninguna que seguir. Sin embargo, un anuncio que puso en el periódico sí ha dado resultado. Un soldado ha escrito asegurando que Jordi desertó. Maseras manda un telegrama a su esposa.

«Alegría inmensa. Localizado, Jorge. Escribir pronto detalles. Abrazos. Alfonso».

El joven que ha respondido, Josep Folch Marco, refugiado ahora en Barcarès, afirma que dejó a Jordi con vida, a punto de fugarse.

Mientras tanto, el barco que debía llevarlos a México ha zarpado sin ellos. No volverán a hablar del tema en un tiempo. Se aferran a las rutinas, pasean, aceptan hacer traducciones a precio irrisorio, van al cine. Lo que sea con tal de no pensar.

Una tarde, a mitad de película, encienden las luces. En la radio: Francia declaró la guerra a Hitler. Inglaterra lo ha hecho dos horas antes. La bobina es repuesta y el despreocupado film continúa, pero ninguno de los espectadores, y menos aún Vinyes y Maseras, logra concentrarse en la pantalla.

Es oficial. Otra batalla amenaza al mundo.

La guerra civil ha sido la vanguardia de la nueva contienda entre el fascismo y Europa.

Esa noche, Vinyes se sentará a escribir otro de sus artículos para la prensa catalana en el extranjero y reactiva los planes para marcharse.

–Alfons, no queda tiempo.

–¿Y a dónde quieres que vayamos?

–A donde sea, lejos. Aún van a salir uno o dos barcos.

–Ramon, estoy cansado para eso.

Las noticias del frente no dejan espacio para la esperanza. Más bombas. Más soldados muertos. Maseras, absurdo e hiperactivo, habla de libros que va a escribir.

–El primero, sobre nuestro viaje con Elena. Visto primero por mí y luego por ti. Un círculo, Ramon. Un espejo. Tengo ideas... Fue el amor de mi vida... Nunca me has contado qué pasó entre tú y ella en París.

–No gran cosa –responde Vinyes, contrariado.

–Cuéntamelo –ruega Alfons, con la insistencia de un niño que exige que le lean un cuento para dormir.

Para complacer a Alfons, Ramon se sienta en una banqueta junto al jergón de su amigo y revive el relato de aquel viaje de hace treinta años. Maletas grandes, de madera, pesaban como muertos. Él se calzó un sombrero nuevo, verde, a juego con el traje. Elena, los zapatitos rojos a juego con el bolso...

Es abril de 1908. Veinte horas en tren, en un vagón de tercera. París, la capital de la modernidad estrafalaria, la ciudad que prometía cambiar su forma de ver el mundo durante las dos semanas de felicidad que iban a pasar en ella.

Llegan arrugados y una densa niebla los recibe en la estación. Jerséis de todos los colores en los escaparates, gatos en las ventanas, terrazas de bar abarrotadas. Y Alfons, emperifollado, con su boquilla blanca, los recibe con una sonrisa.

El apartamento está en el barrio adecuado.

—En Montmartre, el esnobismo francés y extranjero estará a vuestra disposición en todas partes, creedme.

En el apartamento hay una docena de personas tumbadas. Fuman opio.

—Ya veis... Tengo muchos amigos y, sobre todo, amigas.

Los presenta, con su jovial desorden habitual. Según él, el opio es necesario para sobrellevar que París tenga un gas en el aire —lo llama la parisina— que hace que digan *pardon* cada cinco minutos.

—Demasiada formalidad, para mi gusto.

Dejan el equipaje, caras largas, salen a visitar el barrio y les tranquiliza. Sus amigos, así lo acaba de acordar, se marcharán esta misma tarde, cuando hayan dormido un poco, para que Montserrat y Ramon se sientan más cómodos.

—Había olvidado avisarles de vuestra llegada, vivo despistado.

La luz de las lámparas eléctricas, el aroma de tabaco oriental, las bicicletas, los ómnibus, las callejuelas repletas de grupos... Elena no deja de sorprenderse y dar grititos, como una niña, con cuanto ve.

Cumple sus expectativas. La gente podrá opinar lo que quiera sobre París, pero jamás podrá llamarla aburrida. Es, al contrario, una capital diseñada para la curiosidad y el placer, con más deleites que cualquier otra ciudad. En ningún otro lugar puede uno divertirse tanto solo con pasear. Tras unas copas de pastís, regresan al apartamento para cambiarse. Los amigos de Maseras han desaparecido y solo tienen que recoger la basura y los vasos a medias que han dejado por todas partes.

Luego, de un armario lleno hasta los topes, Alfons saca una camisa de pechera plisada y unos pantalones de seda para Ramon.

El anfitrión, ya vestido, se recorta la barba rubia, casi rosada, y perfila el bigote. El chaleco blanco, la corbata de seda y el traje oscuro acentúan el aire romántico de los borceguíes con botones y su inseparable bastón.

Elena ha hecho sus planes.

—Traje de chaqueta y pantalón —anuncia, y saca un conjunto negro que completa con collares de colores y los tacones rojos. Sin blusa.

Vinyes no se atreve a opinar.

—Salgamos ya —les apresura Alfons—, las costumbres y los horarios del jaleo nos reclaman. Beber cuando los demás beben, y no dormir cuando los demás no duermen.

—Mis bolsillos están vacíos, Alfons. Tendría que trabajar un mes para seguirte el ritmo dos días.

—No te preocupes, puedo invitarte a un poco de champán y cigarrillos.

Entran y salen de bares y cabarets, esa noche y todas. La puesta de sol en París activa un prisma que descompone lo que toca y Alfons

les obliga a brindar y saludar sin descanso para celebrarlo, encantador. Les presenta a poetas, artistas, vagabundos, a toda prisa, y no para de preguntarles si se encuentran a gusto, si necesitan cualquier cosa.

Hasta la medianoche. Entonces sufre su metamorfosis. Se lanza sobre todas las mujeres que encuentra y desaparece con una.

Al día siguiente, Elena lo comenta con desgana.

—Se comporta así por vanidad. Ruge más que muerde.

Vinyes sonrío, intrigado.

—¿Y por qué te preocupa, Elena? Que haga lo que quiera. Seguramente lo hace para impresionarnos.

Elena vacila un instante.

—No sé, Ramon. No sé a quién de los dos quiere impresionar más.

La primera semana ha transcurrido entre fiestas estéticas y étlicas muy parecidas, solo cambiaban los escenarios. De día, bulevares y *boutiques*. Tazas de porcelana china, frascos de cristal tallado, alfombras, tapices, panoplias; un lienzo, en marco florentino, que reproduce un Rembrandt; un piano rosa.

Los rostros también se repiten. Los mismos artistas franceses y aristócratas rusos, dos millonarios americanos fascinados con el cabello ensortijado de Elena, chicas de cabaré que acuden con sonrisas pintadas y lentejuelas. Pero ninguna le hace sombra a Elena. Baila, canta, se mueve como nadie.

—Hoy os sorprenderé más de lo habitual —anuncia Alfons.

Los lleva a una *boîte*. Cyrano. Entrada gratuita, óbolos voluntarios depositados en una bandeja dispuesta, discreta, en un rincón, confiada a la exclusiva honestidad de los clientes.

—Mira, Ramon, ¿es él?

—Lo es.

Desde una mesa, Picasso también los observa. Sus ojos color tabaco, redondos y planos, parecen dos botones de hueso.

–Alfons, ¿podrías presentarnos?

Pero Maseras está en plena negociación con dos desconocidos que miran a Elena y Vinyes como si sobraran. No insisten, ya han aprendido que, a ciertas horas, París es una ciudad de indiferencias.

Se acercan. Extienden la mano. Pronuncian sus nombres y palabras torpes de admiración. Picasso calla y observa.

–Ramon es dramaturgo y yo actriz –insiste Elena, con fingida seguridad–. Si van a pasar por Barcelona esta temporada, sería un honor que vinieran a vernos a algún estreno.

Vinyes se mantiene atrás, abrumado por el desparpajo de Elena. Pero lo agradece. Con ella cerca, todo es más fácil.

Fernande Olivier, que sí les ha dado la mano, sacude su melena de cabellos crespos.

–Por supuesto, iremos. Quizás el mes que viene hagamos una escapada. Pablo adora el teatro –se vuelve hacia Vinyes–. ¿Verdad que es muy de artista solo mirar y escuchar?

Vinyes se ruboriza. Querría intervenir, pero Fernande disuelve la conversación con la agilidad con la que la ha iniciado, y se ha vuelto a sentar. Sonríe con cansancio.

–¿Quieren un polvito? –susurra Elena, y abre la tabaquera ante Fernande.

–Gracias. De fiesta, opio o éter. Tocaban todo mi ser, mi espíritu, mi alma. A veces me inyecto morfina para trabajar. Nada más.

Está tan demacrada como Alfons. Las vértebras le sobresalen, tiene los pómulos afilados. Bosteza y Vinyes la secunda, contagiado. Se ríen, a ella ni se le colorean las mejillas. Le conquista su alegría artificial y que gesticule sin pausa. Vuelta hacia ellos, habla de su romance con Picasso, como si él no estuviera presente, de la primera vez que fumaron opio juntos. Llama con los brazos en alto y les presenta a dos amigos inseparables, Guillaume Apollinaire y Max Jacob. Las palabras se atropellan, conversan de ojos feroces,

hogueras en las entrañas, barbas que giran como veletas, pipas que silban como tetetas. Vinyes no sabe si oye o imagina. Espadas. Cascos de soldados. Y más copas.

Picasso, por fin, se levanta y les da la mano. Se marchan. La noche se fragmenta, se retuerce. Fernande les había presentado a un periodista de *Le Figaro* que ha mostrado interés por conocer a los catalanes. Al final de la noche, descalzo, con el torso desnudo, corretea por el pasillo tras Elena.

Las manos como garras.

—Esto te pasa por ser tan encantadora, querida Elena —bromea Maseras, que acaba de reaparecer.

—Cierto, Alfons, todos la adoran —susurra Vinyes, divertido.

Ramon, observador, no pierde de vista tampoco a los proveedores de la vida al margen que conversan con ellos —de prostitutas, éter y heroína, fumaderos de opio— o simplemente desfilan ante sus ojos. Celebra, en silencio, la bella existencia de hombres que bailan con hombres de forma melancólica y muy serios mientras beben sin moderación *la combine*, un cóctel de vino blanco muy frío con granadina y cerezas maceradas en alcohol.

Para Elena, en cambio, es casi una noche cualquiera. Como las de los locales del chino de Barcelona, dice, pero un poco más libre. Nadie la conoce. No hay límites.

Más tarde, cambian de local. El colmo del agotamiento.

Un cabaré de lujo, frente a un hotelucho donde se alojó Victor Hugo, dice Alfons para convencer a Ramon del desplazamiento. Se llama Esmeralda.

El *maître*, vestido de rojo, los acompaña hasta la mesa y se lleva abrigos y sombreros. Jazz en directo. Copas caras que paga Maseras. Niebla de cigarros, perfumes que marean.

El éter relaja. Un par de artistas de cabaret se desnudan en el escenario. En las mesas, las parejas beben, discuten y se besan como

si el mundo fuera a acabarse.

–Deja el cuaderno. No hay trabajo que valga. Solo diversión.

Pero él no puede dejar de tomar notas, disecciona cada gesto de la multitud ávida que lo rodea. Se siente dentro de un poema de d’Annunzio. Maseras lo es. Y Casanova. Los ojos vidriosos, la risa lenta, se ha sentado junto a Elena y le habla al oído.

–Me alegra que te quedes con nosotros dos, pero relájate y no les des calabazas a todos los que te sacan a bailar. No estamos en Barcelona. Nadie va a juzgarte ni a hacerte daño.

Elena le hace una mueca de disgusto.

–Alfons, sé cuidarme sola. Y también puedo cuidar de ti.

Maseras aprieta el bastón. Se tambalea. Ya no disimula. El alcohol y las drogas lo traicionan. Ha abandonado la dulzura.

El prepotente coqueteo de Alfons durante la velada, y que hayan terminado con malas palabras, la ha puesto de mal humor y propone marcharse a descansar.

Horas después, se rompe un vaso en sueños y de dentro del estrépito del vaso real aparece Alfons en medio del salón del apartamento.

–Así que estabais aquí –refunfuña–. ¡He llorado pensando que os había perdido para siempre!

Vinyes la observa. Elena es hermosa, dormida. La blancura de las uñas, las gotas de sudor en el hombro descubierto, la curva del arco del pie y todo lo demás. Le hechiza. Sabe que a Alfons le sucede lo mismo, aunque trate de demostrarle a ella lo contrario.

–Necesitábamos descansar, Alfons. Nos tienes agotados.

Maseras, ansioso, abre las cortinas como si empezara otra fiesta, como si la oscuridad le asfixiara.

Pálido. Sudoroso.

–*¡Eh, madame, monsieurs, voici le printemps qui arrive!* Basta de dormir. ¡Es aburrido!

Los contempla, satisfecho, hasta que aceptan levantarse y vestirse. No quieren ni mirarle a la cara.

—Algo pasa. Ya sé... Me vais a abandonar. Los dos.

Se marcha. Cierra la puerta del cuarto de baño.

Elena se cruza de brazos.

—¿Qué te pasa con él, querida? En Barcelona decías que su arrojo era encantador, y ahora... ¡Menudo plantón le dimos anoche a Alfons! Es comprensible que esté enfadado y nos castigue.

—Me he cansado de su actitud. De cómo trata a las mujeres. De cómo me trata a mí.

Vinyes suspira. A veces, tiene la sensación de haber perdido la conexión genuina de su amistad de los viejos tiempos. Que ella ya solo lo busca para volcar en él decepciones y conflictos, tomándolo por un simple testigo con el que no termina de sincerarse.

—Elena, ¿acaso no recordabas que Alfons siempre ha sido así?

—¿Así? Tampoco soporto que finja ser bohemio. Es un privilegiado, un niño de buena familia que veranea en Pineda de Mar, en balnearios de lujo, rodeado de padres y abuelos ultraconservadores.

Vinyes no responde.

—Me humilla. Critica mis modales. Estoy harta.

—Le gustas, Elena. Es su forma de llamar tu atención.

Él quería apaciguar las aguas reconciliándolos, pero Alfons sale del baño, ni los mira y se acuesta en la cama del salón que acaban de desalojar y duerme hasta la noche. Elena, cada vez más irritada, discute en la cocina, a gritos, con Vinyes, ya no saldrán. Pasan, los tres, dos días separados.

Hasta que Vinyes, porque están a punto de regresar a Barcelona, propone una tregua.

—No preguntéis a dónde os llevo. Me daréis las gracias. Creedme.

Vinyes ha conseguido entradas de platea. Maseras y él de frac. Elena, con un vestido vaporoso. El murmullo en la sala es abrumador. El público cuchichea, algunos golpean el suelo con los pies.

—¿Por qué hacen esto? —pregunta Elena, desconcertada.

—Les asusta Vaslav Nijinsky —responde Vinyes, divertido.

Sale a escena y se gana el aliento de toda esta gente, la nube de humo de tabaco y suspiros. Pasan del recelo a la fascinación.

—Hay muchas formas de ser valiente. La suya es la mejor.

Ejecuta piruetas impecables, se mueve con ligereza de pájaro. Nadie ve ya solo las mallas doradas y los lazos. Ven los saltos. Las cabriolas. Las reverencias perfectas. Un aplauso. Luego otro. Y mil más. El teatro estalla en ovaciones en la media parte y Vinyes se declara privilegiado. Había leído sobre estas evoluciones en la prensa internacional, pero verlas en vivo es otra cosa.

Los tres ruedan juntos, entregados, precipitados por la energía de Nijinsky, hasta el final del espectáculo. Y se abrazan.

Ha conquistado al público y ha puesto paz entre Elena y Alfons. Vinyes está eufórico. Elena también, y propone construir juntos un recuerdo original para este día irrepetible.

—Voy a comprar tres postales de Nijinsky —anuncia, y señala el mostrador que hay junto a la puerta—. Nos las enviaremos entre nosotros, por sorteo.

—Recibiremos una pirueta postal de estos días en París —dice Vinyes, y se acerca para elegir las.

Maseras añade otra idea.

—Cada uno debe escribir un secreto.

Si es así, deben redactarlas en solitario esta madrugada. Después de las copas de rigor, se reparten los bancos del paseo.

Los primeros en terminar son Vinyes y Maseras.

—¿Qué secreto has escrito, Ramon?

–Ya lo leerás, si la recibes tú. O se lo preguntarás a Elena.

Maseras sonríe.

–Ojalá hayas contado qué historia te traes con ella.

–No hay nada que contar –responde Vinyes, colorado.

–Eres afortunado. Está prendada de ti.

–Y tú estás obsesionado. Es mi gran amiga, como lo es tuya, aunque la trates mal. Nada más.

–¿Solo eso? No te creo. No me ha hecho ni caso.

–Alfons, si no te hace caso, no será por mí. Habla con ella.

–Claro. Lo que importa es lo que quieren ellas, siempre.

Cambian de tema, le alaban a Elena la idea de las postales. Organizan el sorteo de quién recibirá cada una y las depositan, de camino al apartamento, en un buzón. Los tres en silencio, solo por fuera.

Seguimos en París, Vinyes y yo. Hemos evocado aquel viaje de 1908, y las preguntas que quedaban nos mantienen juntos. Dar vueltas. Hacer un libro. Deshacerlo. Él se escribe solo, le digo. Ya no necesito pedirle permiso para entrar en sus pensamientos. ¡Qué desordenado está este apartamento de Montmartre!, susurro. Él solo escucha. He bebido, y le confieso cuánto le admiro por haberse acercado a cuantos le hemos conocido, y habernos fascinado, nunca por la vía del éxito.

Atribuye el mérito a su personal mapa del tesoro, intangible como una cabriola, quebrado. Un zigzag subterráneo por el que, de pronto, huye. Esta vez, hacia Maseras. Le ha oído prepararse una copa. Va a confesarle lo que no se atrevió cuando debía. Sin embargo, cuando le tiene enfrente, solo acierta a hablarle de éxito. De envidia. De cuánto le gustaría ser como Alfons.

—¿A qué te refieres, Ramon?

—Eres resistente. Todo te da risa, lo disculpas todo. Tradujiste poemas a los trece años. Dispusiste de medios para recorrer el mundo desde los quince. Tus ideas claras para triunfar me inspiran, aunque no las entienda. Cómo manejas las relaciones.

Maseras se encoge de hombros.

—Si te soy franco, mal que me pese, no soy para nada como dices, ni como Montserrat y tú imagináis. Soy un verdadero desastre.

–Te criticas para hacernos sentir mejor. ¡Pero si no te falta de nada!

Vinyes saca a colación la retahíla de mujeres que Alfons ha seducido estos días. Una institutriz, dos actrices, la sobrina, o nieta, de un cardenal y cuatro aristócratas de porcelana.

Maseras niega con la cabeza, impaciente.

–Las mujeres son más discretas que en Barcelona. Yo no cazo. Me obligo a perseguirlas. Y luego...

Vinyes calla. No hacía falta que lo terminara de decir. Lo había entendido en su mirada y en algunos detalles que ha observado estas noches y ahora cobran sentido. Le mantienen. Le pagan. Por acompañarlas. De ahí su tren de vida.

–Ya ves. No es divertido. Por eso envidio lo verdadero. ¡Os envidio tanto!

Se incorpora del sofá para servirse otra copa y pierde el equilibrio. Vinyes le agarra a tiempo y percibe algo distinto en la fragilidad de su amigo. Ya no le parece un sinvergüenza libertino, ni un gato callejero en busca de aventuras. Maseras llora.

–No deberías torturarte, Alfons. Lo lamentable es haberme confundido tanto contigo.

–Amigo Ramon... ¡O quizás debería torturarme más!

Cuando Elena despierta, Vinyes tiene unas palabras a solas con ella y desayunan juntos. Pero nada vuelve a la normalidad. Llueve a mares y, con esa excusa, comen galletas, beben vino y el día queda en largas horas de silencios y distancia. Cada uno lee por su cuenta y no quieren ni abrir las cortinas. Hasta que, al atardecer, Elena sorprende a Vinyes con una propuesta.

–Acompáñame a dar un paseo. Despidámonos, los que nos marchamos, de la ciudad.

A Vinyes le parece una buena idea. Ya no llueve y no hace frío. La calle huele a brasero apagado y pasan pocos automóviles.

Caminan tranquilos y él espera, paciente, que Elena se anime a hablarle y contarle lo que le preocupa. Pero solo intercambian vaguedades sobre el clima.

Hasta que caen cuatro gotas y el aguacero los obliga a refugiarse en un portal. Entonces, sin avisar, ella se abraza a sus hombros. Se pone de puntillas. Va a besarle.

—¡Elena, escúchame!... —balbucea.

Tiembla. No se atreve a mirarla. Su mejilla, pegada a la suya. Sus labios, en su cuello. Toda ella le late hasta las costillas.

—¡Ramon, no hables! —susurra.

Le toma la mano y la coloca sobre su pecho. El calor de su piel. Su aliento. Su olor. Vinyes se aparta. Le ruega que le disculpe.

—No te preocupes, querido.

Lo dice serena. Como si nada hubiera pasado, le revuelve el pelo con la mano. Ramon siente picazón y el estremecimiento alcanza el cuerpo entero.

—Volvamos —dice ella, ya de espaldas.

La lluvia ha amainado otra vez. Desandan el camino hasta el apartamento del amigo artista de Maseras. Se adelanta. Vinyes la sigue con la mirada, cada vez más lejos. El abrigo largo, elegante, empapado. Sus zancadas veloces, los zapatos rojos que vuelan sobre el suelo mojado.

Los pasos de quien va delante siempre suenan más fuertes que los de quien va rezagado. Suben. La oye abrir la puerta, saludar, alejarse por el pasillo. Como en un sueño, ya en el salón, pregunta cantarina a Maseras dónde la llevará a bailar.

Miguel me ha enviado un mensaje escueto, después de semanas de silencio. «Podríamos vernos, hablar sin pelear. Te echo de menos».

Lo hacemos. Últimamente, me recuerda al gran danés que quiso jugar conmigo, cuando yo tenía cuatro o cinco años, y apoyó sus dos patas delanteras sobre mis clavículas. Perdí la conciencia con el golpe sobre el bordillo de la acera.

Se esfuerza por ser amable y luminoso. Su atención, sin embargo, dura menos que lo que tarda en volver a hacer aflorar mi desconfianza. El mandato paranoico de mi madre, pegajoso, saturado. «Nunca confíes en los hombres».

Miedos heredados.

Hoy he desempolvado el que me producía mi padre putativo. Llegaba a casa y peleaban. Tenía tres o cuatro años y la rutina instalada. Sabía que, cuando él volvía, la casa estallaba. Lo mejor era quedarme quieta. Fingir que dormía. Gritos. Golpes. Muebles arrastrados. Me pegaba al colchón. Algo hizo clic. Mi cuerpo se movió solo. Me levanté. Bajé las escaleras. Ahí estaban. Mi madre, en el suelo. Mi padre, sentado en una silla, fumando. A la mañana siguiente, como si nada. Ni una palabra sobre la noche anterior. Nada.

¡Como si no hubiera ocurrido!

La duda. ¿Ocurrió, o lo imaginé? Ese es el verdadero terror. No los golpes. No los gritos. La incertidumbre. La posibilidad de que

esté solo en mi cabeza.

Tenía diez años, piojos y trenzas largas cuando mi tío materno me bajaba las bragas y me inyectaba penicilina. Fue él quien me regaló la máquina de escribir. Y el pacto. Que no se lo contara a nadie.

Tiempo después, los padres de mis dos hijos también jugaron al despiste conmigo.

Cuando nació el mayor, Marcel, yo tenía veinte años y me encontré, sola y desorientada, con mi psicoanalizada pareja de treinta y cuatro de baja médica por trastorno obsesivo-compulsivo y depresión. Abandoné los estudios, conseguí guardería y un trabajo de ocho horas, y salí adelante. Mis retoños se llevan doce años. Más o menos los mismos que se llevaban sus padres conmigo. Crie a mi primogénito como supe. Tuvimos que huir del padre del segundo, un maltratador de manual. Convenios de mediación. Resolví la crianza de Juan, también, otra vez sola. El grifo de inseguridades y ansiedad se abre. A toda presión. Y se vacían sobre mí con las suyas.

Caigo en la cuenta.

¿Quién hubiera sido yo sin tener, todo el tiempo, alguien a quien salvar?

Una noche, los actores amateurs de la escuela de interpretación leen el texto de la obra que he coescrito porque ya no quiero actuar ni someterme a más ejercicios. Quiero conectar con Vinyes. Miro a Miguel, el aspirante a actor amateur al que apenas he visto pasar un par de veces, invento parlamentos más largos para él, y nos atrapamos. Resumió para mí, en la larga sobremesa de la cena posterior a aquella primera lectura, sus diecisiete años de adicción a la heroína. Me sentí halagada por su atención, y ya era suya.

Novio yonqui. O exyonqui. Nunca se sabe.

¿Cuántas veces habrá repetido que llevaba las riendas de su adicción, y que lo dejaría? ¿Cuántas le he creído? Sigue con su

adicción a escondidas, y leyéndome a escondidas. Se anima a explicarme algo más de mi novela que, según él, necesito saber.

–Maseras muestra los signos del síndrome de abstinencia.

De la diosa blanca, del sueño líquido, del veneno de seda, del bálsamo mortal, del mismo silencio en vena que él. Está satisfecho con la coincidencia. Lo sé. Le gusta. No va a dejarlo. Busca complicidad y compasión.

Debería concentrarme de nuevo. Sin embargo, el día en blanco. Ya de madrugada, pongo en marcha el plan B. Para que este fragmento de pasado calle, mi adicción a salvar, y me permita volver a escribir de Gabriel y Ramon para salvarme, tendré que mirarlo todo de frente, darle el nombre que le corresponde a cada nueva pista e invocar a los personajes. Para que digan lo que han venido a decir y luego me dejen en paz. Me viene a la mente el síndrome del hermano gemelo evanescente durante las primeras fases del embarazo.

Nadábamos en el útero. Mis células se tragarón, a pedacitos, las de mi hermano.

En las casas de los cuentos, yo ocuparía un desván o un sótano. Un ala prohibida. Una habitación cerrada como la que ocupo.

El monstruo que fui percibe su vida intrauterina con una claridad imposible de explicar. Ningún aparato sería capaz de procesarla con tanta precisión. Nacer, o no, es un acontecimiento infinito con efectos irreversibles, suspiro. Solo mis pensamientos durante la noche en vela son peores que yo.

Desde hace meses, el miedo se arrastra hasta la cama y me asfixia en forma de insomnio y, en la ensoñación, entrego victoriosa los dedos de mi hermanito a mi madre para que haga con ellos lo que quiera. Ganchillo. Croquetas. Mermelada.

No podía saberlo, la disculpo. Hace cincuenta años no existían las ecografías ultrasónicas. Ató cabos meses después. Rompió aguas y

tuvo que quedarse a nadar la vida que seguiría conmigo en brazos. La no abortada. El pez que boqueaba. Una niña. No creo haber causado a mi madre ninguna otra sorpresa de ese calibre.

También lo fue para mí.

El médico y la comadrona de Son Dureta tardaron tres días en animarme a pasar del interior del útero a la intemperie. A encontrarme cara a cara con ella. Labios finos y manos muy blancas. Uñas largas y puntiagudas pintadas de rojo. Dolores. La quinta Catalina de una estirpe de mallorquinas fuertes como rocas por fuera y de frágiles obleas por dentro. Desmayada.

Probaron primero con los fórceps, con un vaivén parecido al de sacar los restos de carne de entre los dientes. O los pelos enquistados. No funcionó. Lo que sí surtió el efecto deseado fue succionarme con una ventosa mecánica que me arrancó el cuero cabelludo.

De otro modo, sería fuerte, mamá. No suplicaría el amor como una indigente culpable de todo lo roto, frágil e imperfecto del mundo. Y no hubiera abrazado esta tendencia a rehabilitar todo lo no dicho, lo silenciado, con todas mis fuerzas.

La prueba definitiva llegó años después. El azar sentó a mi lado, en una cena de trabajo, a un experto en el tema. Yo, aún periodista en ejercicio. Se fijó en mí y en mi cicatriz, ignoro en qué orden.

—¿Es lo que parece?

Relaté la extracción de mi quiste alojado bajo la ceja derecha. Justo de la variedad que él investigaba desde hacía veinticinco años. En México. Menuda casualidad. Mi madre hubiera podido tener mil hijas mejores, suspiré por dentro. Pero yo. Demasiada deuda que pagar. Demasiada vida para mí, tan sola.

Nos adaptamos, una a la otra, y fui soportable hasta que mi madre dijo en voz alta que no me soportaba. Niña mala que no friega los platos ni hace la cama ni tiende la ropa. Ni se sienta con las

piernas cruzadas ni se deja hacer trenzas. La que se quejaba de aquel bulto doloroso bajo la ceja derecha que, en mi séptimo cumpleaños, aumentó.

En pocas semanas alcanzó el tamaño de un huevo. Los médicos decidieron afeitar la ceja y extraerlo. Durante la biopsia, el cirujano encontró cabello. Huesecillos. Dientes. Fragmentos orgánicos.

—Nada de invenciones, señora.

Yo espiaba y callaba. Mi madre y él no se dieron cuenta de que había despertado de la anestesia. Recuerdo la curiosidad con que miré el botecito y el llanto discreto. Aquello, dentro. Y yo, fuera.

Dos pistas perdidas más de padre.

Ahí sigo. La huida hacia el pasado es característica de quienes necesitan chivos expiatorios. Lo incineraron por orden de mi madre. Estaba aterrada, se clavaba las uñas en las palmas de las manos. Pero me dolió a mí.

El experto sonríe.

—Suficiente para hacernos creer, como a Arthur Conan Doyle, en un hermano gemelo desaparecido que se manifiesta.

—¿Mi hermano? ¿Está aquí, con nosotros, ahora? ¿Es lo que sugiere?

No. Mi hermano en todos los rincones de mi cuerpo. Me falta. Me sobra. Absorbido. Peludo. Diluido.

—Si alguna vez se lo cuenta a alguien —añade, copa en alto—, le recomendaría que ni una palabra de lo que le he revelado de estas teorías. Soy un científico.

Prosigue con el relato de los detalles más esotéricos y escabrosos de los infinitos casos estudiados. Para cuando traen el postre, estupefacta de haber vivido tantos años sin saber nada de todo esto, llegamos a la conclusión de que es probable que mi hermano gemelo evanescente sea la causa de lo que investiga otro experto.

Mi neurólogo oftalmólogo. El hermano, deglutido, me ciega. Quiere que vea mal. O no vea. Como Miguel.

—Y también ese otro problema que me ha contado, de oído. La hipersensibilidad a los ruidos.

Asiento. Me comunico cada vez menos. O con menos ganas. Lo hago sobre todo con quienes más me importan. Les oigo cada latido.

—Mejor así, doctor. No me iré de la lengua —me despido.

¿A quién iba a contárselo? ¿Está de broma? ¿Contaría él, de darse el caso, que fue una ameba que se nutrió del hermano ameba que tenía al lado? Yo sí hablo en serio y no hago promesas en vano. Tengo experiencia en esto. Hablar lo justo.

Como bien saben los fotógrafos en el manejo del haz de luz que entra en las cámaras, la claridad es conveniente. En exceso, deja la película velada.

Suena el despertador y me da permiso para levantarme de la cama, aunque no haya pegado ojo. Regreso al cotidiano cuidado del adicto que repite que no lo es. Ha vuelto a caer, y en dosis cada vez mayores. Niega con la cabeza y camina en círculos como las gallinas de corral. Dice que sus consumos son ínfimos, nada que ver con su adicción del pasado. Que lo tiene controlado. Yo también doy vueltas. Suspiro que somos incompatibles. La heroína necesita correr campo a través. Cobrar vida cada pocas horas.

Hace lo que puede para parar, dice también. Lo llora a toda velocidad. Me culpa. Culpar a otros es un idioma. Nos culpamos. No voy a entenderlo, no comprendo la paz que le da, dice. Podría hacerlo, corrige, al minuto. Compara mi manera de escribir con su adicción. Quiere y no quiere hacerme daño, no sentirse inferior, demostrarme lo mucho que le importo, apartarme de delante de la puerta. Trata de lastimarme con indiferencia, y con los brazos esqueléticos, también. No es adicto a las sustancias. Es adicto a escapar.

Soy yo la que lo altera con mis preguntas. Con mis silencios. Se protege con mentiras de sus mentiras, respondo. Ya no somos una pareja. Somos esta acumulación. De tóxicos, secretos, reproches y autoboticots que no llamamos por su nombre, atrapados en un tiovivo de excusas y evasivas. Girar juntos, perder juntos el mundo de vista. No. No son mis asuntos, dice. Esta no es la historia que quería escribir, respondo. Está cada vez más claro. Sin embargo, cuanto mejor lo veo, más me confunde lo que descubro.

Al mediodía, me aparto a la habitación para cerrar los ojos y descansar, invoco a Vinyes al rescate y se sienta en mi cama. Ponemos música. Los cuartetos de cuerda de Shostakovich. Me calman. Abrimos juntos un álbum de fotos y recortes del periódico. También somos un par de topos, pero bien avenidos, que escarban en la misma dirección. Lo coloca entre los dos como si fuera a leerme un cuento para dormir, como el que le acaba de regalar a Alfons sobre sus días en París. Señala una esquila.

—Acompáñame. Esta vez prefiero no hacerlo solo.

Los recuerdos son revanchas a conveniencia. Los revisitamos y reelaboramos cada vez que accedemos a ellos. Digamos que, esta vez, cuando me muestra la escena, para él fue más o menos así: Alfons, acurrucado sobre su jergón de paja de exiliado en Toulouse, ha dormido como un bebé gracias al relato de Vinyes. Cuando se levanta, la ofensiva nazi también ha despertado sobre Francia.

–Los periódicos dicen que es improbable que se atrevan a atacar, no te preocupes, Ramon –dice.

La fiebre y su tos han empeorado.

–Solo consigo parar de toser con los cigarrillos, alcánzame un trozo de papel para liarme uno.

Llaman a la puerta; hay correspondencia urgente. Su pulso se altera con dos sobres. La barba tupida le sombrea de amarillo el cuello y la garganta. Se muerde el labio y espabila a Vinyes.

–Ramon, es mi sobre.

–¿Tuyo?

Uno, devuelto al remitente, con matasellos de hace varios meses. En rojo, el rótulo sucinto de «Muerto» encima del nombre del destinatario.

–Quizá es un error –aventura Alfons.

Su voz es la de un niño que se da ánimos, a oscuras.

–Tiene que ser eso, Ramon, ¿verdad? En octubre le mandamos unos zapatos y nos escribió contándonos que se los había dado a un

compañero que iba descalzo. Los habrán confundido.

En el otro sobre, un folio escueto. Lo lee, se arranca la medalla de plata que llevaba colgada del cuello y se encorva en un rincón de su jergón. Ramon quisiera consolarle, pero ni le mira. Alfons redacta cartas. Una, para su esposa y su hija, y otras para sus suegros y cuñados. Transcribe, en todas, lo que cuenta la misiva del 60 batallón del frente del Ebro.

«He de comunicarle que, conociendo a su hijo, por haber pertenecido a mi batallón y haber estado en mi compañía bastante tiempo, cayó en diciembre en la segunda retirada que se verificó en el sector de Granadella. Cayó un compañero y él y dos camilleros fueron a recogerlo para curarlo, y cuando habían andado dos pasos, un obús les dio a los cuatro. Sepa que murió bellamente mientras cumplía con su deber de sanitario, sin darse cuenta. Muy dolorosa es la noticia, pero puede usted hacerse ya la cuenta de que su hijo es muerto y un hombre de honor».

Jordi falleció al instante, con las dos piernas seccionadas, destrozado por la metralla. Maseras no puede quitarse esa imagen de la cabeza y le ha entregado a Vinyes seis cartas para que, a primera hora, busque sobres y las franquee. Ha vuelto a meterse en la cama. En cada folio se despide igual.

«Esto es lo que la guerra devuelve de Jordi. Os abrazo en el común dolor. Alfons».

No querrá hablar más de esto. La fiebre ha aumentado y le dibuja grandes ojeras. Una madrugada, se ahoga. El cuarto huele a orines. Tiene el corazón acelerado, y los pies y las manos fríos.

—No molestes a más médicos, Ramon. De esta no salgo.

Aún hay un traslado al hospital, un intento de sangría infructuosa y de vuelta a la habitación compartida. Amanecen con el clangor de un gallo de corral y lo que sujeta Ramon es ya la mano de un muerto. Ni se ha dado cuenta de cuándo ha sucedido. Una mano huesuda y

pálida, los dedos crispados, la boca congelada en una mueca de dolor.

Vinyes envía un sentido artículo para honrar la partida definitiva que acaba de afrontar. Lo publicarán en la revista *Catalunya*, de Buenos Aires, la única que, con un poco de suerte, quizás alcanzará Barcelona desde el exilio. Rememora y embellece estos últimos meses de Maseras en el cuartel de bomberos de Tolosa y, luego, en el otro apartamento. La búsqueda, incansable y en balde, de su hijo. Omite que la cabeza calva de Maseras, muerto, parecía de cera. A cambio, cuenta que lo han vestido de negro y con una corbata preciosa. Del nudo impecable se ha encargado él. Los amigos, del papeleo para poder enterrarlo.

Enterrar a un amigo.

Gracias al esfuerzo diplomático, el funeral ha podido ser en el cementerio de Saint-Cyprien de Tolosa, y en tumba individual.

Hacía sol y han acudido todos los exiliados de la zona.

En el bolsillo de la americana le han puesto un ramillete de violetas tolosanas, y han cubierto el ataúd con una gran bandera catalana que alguien conservaba. Coronas de flores rojas y amarillas rodean la lápida. Le han encargado la inscripción a un artesano, con la indicación de que la esculpa profunda en la piedra. Para que no se borre nunca: «Catalunya al poeta Alfons Maseras. 1884-1939».

Lanzan tres paladas de tierra sobre el ataúd y recitan, del Génesis, «Polvo eres, y en polvo te convertirás». Maseras no era anarquista. Pero también recibe un discurso laico sobre su vida y lucha.

Queda, para siempre, convertido en el primer catalán fallecido en el exilio de muerte natural y con nombre y apellidos, comentan. Por eso, llegarán muchas más condolencias y flores, los días siguientes, y hasta un mes más tarde, enviadas por centenares de las principales personalidades de la colonia catalana exiliada dispersa y en peligro entre Francia y Londres.

–Nos estamos aplatanando, Pau.

La mayoría de sus colegas han tomado otros rumbos, pero en la noche del 30 de enero de 1940, Vinyes, su antiguo socio en la librería, Pau Vila, y un botánico de Girona, José Cuatrecasas, parten de Toulouse en el tren nocturno, decididos a volver a las andadas. A bordo del San Diego, de la Compagnie Générale Transatlantique, surcarán el Atlántico con destino a Barranquilla.

–Preferimos lo malo conocido –suspira Vinyes cuando le interrogan sobre esta elección.

Junto con centenares de *indésirables* europeos, han aportado las certificaciones de vínculos con Colombia que conservan. Los otros destinos estaban por las nubes, y lo malo conocido es lo razonable para buscarse la vida desde cero.

–¿Crees que todo andrà como lo dejamos, Pau?

–Si es así, ya puestos, podríamos abrir otra librería, Ramon.

–¿Otra vez, contigo? No digo que no.

Empezar de nuevo. Gracias al generoso telegrama que decía: «Favor de entregar Ramon Vinyes giro telegráfico de trescientos dólares enviado nombre usted. Gracias. Tísner. México».

–Lo que no creo es que sea lo mismo partir de cero, con treinta, que con sesenta años.

Regresar a Barranquilla con su esposa. Sin un centavo y marcado por el exilio. A diferencia de sus compañeros, no tiene una

universidad o administración que respalde su retorno, así que no le ha quedado otra que suplicarles refugio a ella y a su familia política. Nueve años sin verse, ni escribirse, convertidos en una carta de ruego de cuatro páginas. Su entrada en el país dependía de que aceptaran, y la respuesta de su esposa ha llegado concisa y acompañada de amenazas veladas. El placer de tenerlo de vuelta en sus garras. «Siempre y cuando recuerdes que hace años mis padres firmaron como garantes de tu conducta, Ramon».

Consigue una plaza de profesor de Historia en el Colegio del Atlántico. Escribe, en su diario: «Observo que el contoneo de las damas de Barranquilla se ha suavizado, los afanados comerciantes han reducido los sombreros y las chaquetas ahora son de *tweed*».

Todo ha evolucionado, también el desprecio de los Salazar, que descubre reforzado. «El trabajo me desintoxicará de sus malas caras y me centrará».

¿Cómo lo escribí antes? «Cuanto mejor veo, más me confunde lo que descubro». Lo repito con una sonrisa resignada. No solo me confundía Miguel.

Cada hora y media, dos gotas de colirio en cada ojo, o no avanzaré. Creía que lo de escribir catorce horas al día era rabia, pero no se trataba solo de eso. Es tapar un hueco profundo por donde todo se cuele. Más de lo que sé expresar.

Mientras, no dejaré nada pendiente de investigar. Solo eso. Me detengo en el gesto de levantar la cabeza para las gotas del tratamiento. Encuentro sentidos nuevos en lo que sea que haga. En esta postura encajo y no chirrí. Trazo un plan. Seguiré mirando al techo para cruzar la casa, para llamar por teléfono, para salir a la terraza. Respiro despacio. Como los submarinistas, a medida que descienden, me despido de la superficie, los pulmones aceptan la presión y puedo volver a mirar al frente. Cocinar. Celebrar la vida.

—Una vida no basta —digo, a la cabecera de la mesa, durante la cena improvisada en casa a la que he logrado arrastrar a mis dos hijos.

Los miro de frente. Respiro. Me escuchan sin interrumpir. Algo ha cambiado. Tengo la intuición de que ellos sí saben qué tipo de historia trato de escribir, y lo mucho que me esfuerzo. Les abrazo y les repito cuánto los quiero de camino a la puerta.

Regreso al escritorio, motivada. Mantengo los dedos sobre el teclado toda la noche para aprovechar la inmersión al máximo. Busco a tientas ese algo más que falta y forma parte de lo que pretendía lograr y aún no sé nombrar. Con una vida, no hay tiempo ni de ensayar, escribo. Ni siquiera de hacer listas de prioridades, o un borrador. Vivimos de una vez, prosigo. Sin segundas oportunidades.

–Eso es lo que hace que algunas vidas parezcan mal hechas.

Lo he dicho en voz alta, mirando al techo. Tomo aire.

–En realidad, ninguna lo está.

Gabriel no puede estar más satisfecho con la foto de anoche. Se la entrega a Vinyes, recién revelada por Jorge Rondón, el dueño de la Librería Mundo, en plena resaca.

—Tenga, maestro, de parte de todos.

Ramon, a estas alturas, es un caleidoscopio de facetas ensambladas. Lo he visto entre los árboles de la Rambla de Barcelona, radiante bajo el sol; o en la neblina del amanecer parisino, ebrio y risueño. Luego, frente al río Magdalena o bajo una manta gris, empapado por la lluvia, en Berga. Está también el Vinyes desolado, camino al frente o rumbo al exilio. Y el sabio melancólico, absorto en el gallinero de cualquier viejo teatro, o entre los rescoldos de su librería consumida por el fuego.

Pero la imagen más vívida es este último encuentro con Gabriel. Tengo delante una copia de esa fotografía que comparten.

—Para que se lleve a Barcelona un recuerdo —dice Gabriel.

Vinyes, rodeado de amigos. En el salón América Billares. Mofletudo, encantado de estar allí y acompañado, vestido de lino claro. A un lado, Fuenmayor, desconsolado por su marcha; al otro, las carcajadas de Alfredo Delgado. Junto a ellos, Carlos de la Espriella, Germán Vargas, Fernando Cepeda, Roberto Prieto y Eduardo Fuenmayor, riendo como niños mientras el pintor Orlando «Figurita» Rivera jugaba a ponerse bizco para arruinar la toma.

Y Gabriel, el único sin chaqueta ni corbata, con su camisa tropical. La misma que lleva ahora toda arrugada, porque ni ha dormido.

–Guarde ya la feliz instantánea. Póngala en la maleta, no vaya a olvidarla.

Anoche, el joven tenía preparado un discurso que no se atrevió a leer. Se anima a hacerlo ahora.

–... Vinyes se lleva la mejor de las veinticuatro horas cotidianas del grupo, las de antes y después de las tertulias inolvidables...

Van a ponerse sentimentales, ¡qué vergüenza! Vinyes se levanta y camina hacia la ventana. La mejor despedida. La de los buenos amigos.

–Dales las gracias de mi parte. También por emborracharme. Y, Gabito... Gabriel, a ti te agradezco que insistieras en nuestra amistad, sé que es más de lo que merezco.

Le resbala por la mejilla un lagrimón. Le gustaría explicarle que le ha costado una vida permitírsele. Llorar y luego sacar el pañuelo como si nada.

–Acuérdate siempre de ser feliz con lo que hagas.

–Esto ya huele a funeral –bromea Gabriel.

A primera hora de la mañana, *El Herald* ha entrevistado al joven. Se siente más escritor que nunca.

–He anunciado que tengo una novela casi terminada. Y una segunda, aún mejor, en marcha.

–¿La de siempre es la primera, o la segunda?

–La de Aracataca la he recuperado justo esta semana. La di por perdida y empecé otra. Ahora tendré que terminar alguna de las dos.

–¿Recuperada de qué?

–Vaya, ¿no recuerda que le conté anoche que la había perdido?

Hace unos días, en un taxi. Tuvo que publicar una nota en el diario. «El sábado se quedó olvidada una carpeta en un automóvil de

servicio público. Agradeceríamos a quien la tenga que se sirva de comunicarse. No contiene objetos de valor, solo páginas inéditas».

—¿Y ha aparecido?

—Sí. Alguien dejó los folios, justo cuando regresaba de la entrevista, en *El Herald*, sin la carpeta y con mis errores temporales corregidos por usted, con buena letra y en tinta verde.

—No te quejarás, muchacho, dos novelas a cambio de una. Te ha salido mejor que cuando me perdisteis aquella obra de teatro en el burdel de la Negra Eufemia.

Gabriel finge no recordar la historia por el placer de oírsela.

—Alfonso me la había pedido para traducirla. Tras aquella inolvidable velada a la que se la llevó... ya no vimos más mi original.

—¡Qué sudores! —se ríe Gabriel—. Y usted solo dijo, muerto de risa, que era el destino natural de su literatura. Pasar de mano en mano hasta extraviarse para siempre. ¿La conservará alguien?

—Cuéntame, ¿entonces esa novela tuya de Aracataca no progresa? Al final, desde la última vez, no me habías enseñado casi nada nuevo.

—Lo haré cuando regrese.

Ninguno de los dos lo sabe aún, pero un día lejano este señor mayor entrará en la novela de Gabriel. Se convertirá en el erudito que atenderá a Aureliano Babilonia y le proporcionará los volúmenes que lo ayudarán a descifrar los pergaminos de Melquíades y a resolver *Cien años de soledad*. Será el sabio que había leído todos los libros, el personaje que recomienda a los cuatro muchachos despotricadores que también aparecen en la foto de despedida —Álvaro, Germán, Alfonso y Gabriel— que se alejen de Macondo y olviden.

Barcelona le recibe con lluvia. Una fina que cae oblicua y no empapa, idónea para no borrar del todo el Caribe del que viene Vinyes.

–De nuevo en casa, hermano, cuánto me alegro –le recibe Pepet, en el aeropuerto.

Se ha sentido extranjero nada más bajar del avión. Con sesenta y ocho años, artrósico y deprimido, la visión de esta Barcelona derrotada de posguerra, con edificios grises y emblemas franquistas, le ha terminado de hundir el ánimo. Carga una maleta ligera. «El resto lo he mandado en barco. Es más práctico y económico», le dice a su hermano. También le da la mala noticia de que no se representará su obra. Justo antes de salir de Barranquilla, recibió carta de Xavier Regàs y de los hermanos Joan y Claudi Fernández Castanyer, los responsables de la programación.

«Estaría bueno que resultara que no soy ya nadie. Ni allá, ni aquí», pensó nada más leer las excusas con que le daban largas.

Ser o no ser alguien es el hilo irrompible que dirige el cometa de su vida. Sube y baja, atraviesa ríos y océanos, sin chocar nunca definitivamente con los obstáculos que encuentra. Ni para terminar de superarlos. Tanto esfuerzo, ¿para qué?

Quizás, simplemente para poder decirse que ha fracasado lo mejor que ha sabido.

De momento, así es. Lamenta el entusiasmo desperdiciado de su hermano. Tiene medio decorado diseñado para esta obra, el proyecto

donde Vinyes esperaba encontrar la felicidad de las tareas terminadas. Les han gastado una gran broma.

Para pasar página, Pepet le cuenta que ha vuelto a hacer de las suyas.

Estrenarán una pieza de Vinyes para darle la bienvenida a Berga. *La creu del Sud*.

–Me pidieron que no te lo dijera y te llevara para allá el sábado, con cualquier excusa. Te lo explico para animarte... Y porque no sé guardar secretos.

Vinyes se ha quedado callado.

–¿No te hace ilusión? Llevan semanas ensayando y estarán presentes las autoridades. Lo mereces.

–Claro, Pepet, claro... Solo que no sé si tengo fuerzas para tanta solemnidad, nada más llegar.

El homenaje se desarrolla mejor de lo que cabía imaginar. El teatro, sobrio y algo desvencijado, se llena de rostros conocidos, algunos expectantes. La gente es amable, de esa amabilidad recia y contenida de los pueblos de montaña. Los aplausos resuenan atronadores. Los políticos, más animados que el público, no desaprovechan la ocasión de fotografiarse con él, con esa rigidez de quienes calculan, por si acaso, su posteridad en los periódicos locales.

Lo malo es la cena posterior. Platos gruesos, con carne en salsa y legumbres, que pesan más en el estómago que en el plato. Y los comensales, aún más pesados. Insisten en que comparta recuerdos de las dos guerras y el exilio, y se posicione. Vinyes, con su humor intacto, lo esquiva con la elegancia de quien ha aprendido a reírse de sí mismo, y lo transforma en simpática comedia.

–No hay mucho que contar, caballeros –sacude las migas del mantel y prosigue con su nuevo vozarrón de indiano trasatlántico–.

Colaboré con la República como teórico, no obtuve cargos políticos, no maté a nadie ni me hirieron, nadie me debe su desgracia.

Después de esto, no insisten. Y, por fin, silencio.

Los silencios se escuchan mejor que los discursos.

Con los cafés, aprovecha para informarse. La prensa en catalán es escasa o clandestina, y en castellano está sometida a censura. Lleva décadas escribiendo para un público que ya no existe y las generaciones jóvenes no han oído hablar de él. Sus contemporáneos no exiliados le tratan con resentimiento y le reprochan la vida que ha llevado lejos, en libertad. Protesta, pero enseguida le advierten de que, si se queda, no espere cambiar las cosas, se mantenga callado y al margen y se asegure la tranquilidad de no incordiar. Son malos tiempos para eso.

Afortunadamente, ha podido recoger los fondos que quedaban de su herencia, último vínculo con su padre y sus acomodados orígenes en una finca ganadera a las afueras de Gisclareny, y se instala en casa de su hermana.

Cuando pasea por Berga, se sorprende, a veces, preguntándose qué hace allí. Ya no es su ciudad, al menos no la que recuerda. Tal vez nunca lo fue. O sí, pero el paso del tiempo la ha convertido en un espacio ajeno. Él, el joven que cruzó el océano, tras recorrer las calles de Barcelona y París, con los bolsillos vacíos, y la cabeza llena de aventuras, reducido a la imagen que más temía: un sencillo anciano bergadán a quien los jóvenes ceden la acera con respeto.

Cada tarde, de seis a ocho, por las calles principales de su aldea, mira escaparates con el interés del que observa un museo de antigüedades. Y, cada tarde, entra en la tienda de cal Pastaseques y compra diez céntimos de regaliz, su ritual inevitable. Una forma absurda de confirmar que está en Berga, aunque no pueda olvidar el trópico ni el sol ecuatorial a cada paso, por más que lo intente.

Hoy, preguntando, ha logrado localizar la casa de Tina, la hija mayor de Elena. Cuando la puerta se abre, el rostro de la joven se ilumina en una sonrisa lenta, porque al principio no le reconoció.

–¡Menuda sorpresa, don Ramon!

Vinyes la contempla con alegría y melancolía.

–Has crecido mucho, y te pareces a tu madre. ¿Por dónde anda? Tengo ganas de verla.

Los ojos de la joven se apagan, su voz es fina y frágil.

–Murió hace unos años.

El viento de Tramuntana se detiene un instante.

–La vida se le complicó –añade Tina–. No dijo nada, no pidió ayuda. Nos contaron que trabajaba de taquillera en un cine de Barcelona.

Vinyes siente un golpe seco en el pecho. Muerta. Pero su pena tiene engranajes peculiares y, en lugar de ceder al dolor, desvía la conversación. Hace preguntas sobre esa sala de cine. Hablar de un edificio es más fácil que hablar de un cadáver.

–El Palacio del Cine, en Vía Layetana –responde, seca, Tina.

Todo encaja de un modo cruel y perfecto. Aquel edificio, que Elena proyectó desde los cimientos como su gran sala de teatro, con dos mil localidades, ha terminado convertido en cine. Su ruina fue la oportunidad de otros. Una empresa cinematográfica lo compró en subasta. Y, años después, como un gesto tardío de compasión, le concedieron trabajar allí. No como actriz. Como taquillera. Murió sola, alcoholizada, en una pensión de mala muerte. Y él... él no la buscó durante estos años.

Nunca se ha ocupado lo suficiente de nadie. Lo piensa ahora que ya no hay forma de decírselo y ni su exilio ni que haya andado *fotut del cul* alcanzan para media excusa.

–Si va a pasar a presentar sus respetos, don Ramon, sepa que hay muchos gastos pendientes –añade Tina–. Creo que ya van por las

doscientas pesetas, sería de gran ayuda.

No llevaba documentación, su cuerpo permaneció en el depósito de cadáveres durante semanas y fue enterrada en una fosa común, junto a otros siete cadáveres de indigentes. Un mes después, gracias a una fotografía, su familia logró identificarla e inició las costosas gestiones para exhumarla. A Vinyes le tiembla la mano al anotar el número del nicho. Tina se desahoga sobre la mala cabeza de su madre y las demás deudas que dejó. Cementerio de Les Corts, Montserrat Casals Baqué, nicho 10164.

¿Cuándo se dieron el último abrazo? ¿Cómo dejó pasar tantos años? Se reprocha su desidia mientras recuerda aquel estúpido cuento que escribió para Elena antes de la guerra, cuando ella se quejaba de que nunca le había dedicado nada. La historia de un payaso enamorado de una trapecista llamada Elsa, que vestía un maillot blanco. «Te amo, Elsa», repetía el payaso.

Disimulado en el relato, tramposo y cobarde, él. Elsa se suicidaba de cansancio porque el payaso había estado declarándose todos los días, durante semanas, y luego por las noches cambiaba de opinión. Al final, el payaso, con la tez descolorida y la nariz roja como las tiene ahora Vinyes, busca un cementerio adecuado para ella, con un ruiseñor cantarín sobre su tumba, un fondo de montañas azules y cipreses verdes.

Pasa una brisa que mueve la copa de algunos árboles del paseo y, no sabe cómo, trae un eco del taconeo de Elena, tan característico, a su memoria. A nadie ha abrazado con más amor que a ella. ¿Y qué le diría, ahora, si pudiera hablarle?

Vinyes se cuestiona, muchos años antes de que tenga que preguntármelo yo, si aquello que no se dice a tiempo queda extraviado para siempre.

Sí. Quizá Montserrat hubiera preferido que, en su lápida, pusieran La Jordi.

¿Y qué más le diría, ahora, a Vinyes?

Que también he disimulado y he sido cobarde. Que hemos llegado juntos. Que no hemos renunciado. ¡Le diría tantas cosas! Las obsesiones, en cuanto prenden, no hay manera de apagarlas, pero ya llevo dos semanas seguidas despreocupada de ellas. Me bastó un café americano abandonado sobre la mesa: asomada al borde de la taza, a su fría profundidad, comprendí lo que faltaba.

«Nunca es solo una pregunta la que se aprovecha o desaprovecha. Lo que cuenta es la relación entre todas las preguntas», escribo. Y que hay un momento para alejarse y otro para acercarse; uno para la acción y otro para el descanso. Pienso en mi madre, en la forma en que me miraba cuando, de niña, la atosigaba con preguntas que no quería responder. O no podía, que es lo mismo. Me parezco a ella. Dos gotas de agua.

Me levanto y salgo a la terraza, a contemplar las del vecindario. El frío me despereza. La luz, aún oblicua, alarga, abajo, las siluetas del hormiguero de transeúntes que no me ven. Laboriosos como yo, de diferentes colmenas.

—No se puede escribir solo en línea recta —musito.

Pido perdón. Avanzo y aprendo. Hormigas atareadas que se interrumpen y ceden el paso, que se saltan semáforos o frenan. Siempre habrá más preguntas que respuestas. Porque sí.

–Ha habido algunas filtraciones por el temporal –murmura el responsable del puerto de Barcelona, y le entrega cuatro baúles.

Las copias de su obra se han arruinado por confiarlas al viaje en barco desde Barranquilla. La madera sigue húmeda, y los papeles están inservibles. Como se pierde el recuerdo de un sueño al despertar.

El barco se balanceaba como si le faltase la quilla. Cientos de manuscritos ilegibles poblados de espeso moho. El agua del mar se ha comido la tinta. Todo reducido a pasta de papel sucia e inútil.

Regresa a casa, desolado, y bajo la puerta le espera una carta en papel seco y perfectamente legible. Es de Gabriel y le levanta el ánimo. Remite la nota de despedida que escribió, para él, la última noche en Barranquilla. La que no quiso leerle entera.

«Tal vez no nos hará falta lo que admiran en usted quienes le han conocido y respetamos. Nos hará falta, eso sí, lo que solo nosotros le hemos conocido. Su diaria lección de no tomar en serio la vida como recurso para triunfar sobre la muerte...».

Vinyes se emociona. Se promete escribir a diario a sus amigos, a todos, como si de un propósito de Año Nuevo se tratara.

Así se informa de que el proyecto de Gabito y Alfonso se ha ido al traste, por falta de suscriptores, pero su joven amigo se ha embarcado en otro experimento editorial casi de inmediato. Un periodiquito llamado *Comprimido*, de distribución gratuita, del que

es director –y único redactor– Gabriel, y celebra con él que sea uno de los periódicos más pequeños del mundo, de 24 pulgadas, «píldoras de actualidad amena y sencilla».

Los achaques se suceden: palpitaciones, artritis en aumento y una molesta operación de hernia que le deja postrado varios meses.

Menos mal que Tísner escribe también, desde México, cartas alegres; ¡hace este amigo tantas cosas! Pinta acuarelas para los catalanes que sienten añoranza, organiza exposiciones de dibujantes con Pere Calders. Los amigos de toda la vida sí saben lo que hacen, qué envidia sana que Tísner haya aprendido náhuatl, la lengua aborigen, y se busque la vida en la publicidad, el cine y la edición. Tan hiperactivo que le propone a Ramon traducirle su vieja sátira contra los totalitarismos, esa divertida obrita suya, *El pescador d'anguiles*, que Vinyes apenas recordaba, y ni conserva. Avel·lí tiene una copia.

También le animan las cartas desde Egipto de su amigo mallorquín Gabriel Alomar, apartado de la literatura y la política con más pena que gloria. Las misivas parecen las de un caballero victoriano.

En el lado triste, la noticia de que Tor ha muerto, en enero, en su estudio de la calle de Santo Domingo, de Gràcia. Lo han enterrado también en el cementerio de Les Corts, donde está Elena Jordi.

–Tiene sentido –murmura Vinyes.

Visita semanalmente a sus hermanos y hermanas, habla a menudo por teléfono con colegas dramaturgos, alternativos y furibundos como él, para criticar la deriva comercial del teatro y, sobre todo, pregunta por Gabriel a los amigos colombianos.

No ha recibido más cartas suyas.

«¿Sigue Gabito en Barranquilla? ¿Colabora en *El Herald*?».

Está desaparecido, quizás empeñado en terminar esa otra novela, *La hojarasca*. Dicen que vive obsesionado con ella. Fue Vinyes el que

le aconsejó publicar cuanto antes, ahora se da cuenta: «Solo hay una forma de encontrar la respuesta: tirarte al agua y comprobar si flotas o te hundes».

Trastorno circulatorio, crisis respiratorias, no valerse por sí mismo. Vinyes pasa días en cama que se convierten en meses, el médico le exige reposo absoluto y evitar el mal humor constante. Se ha trasladado a Berga, a casa de su hermana Mercè. Va a cuidar de él, está preocupada. Leen poesía juntos para despistarle de las carteleras de teatro que le suben la tensión.

«He tenido dos momentos en que los médicos se han dispuesto a darme paso para el otro barrio. En los meses de julio y agosto mejoré. Estaba más delgado, y me sentía bien. Empecé a hacer planes para un viaje en noviembre a Barranquilla». Pero ampollas, frascos, inyecciones, píldoras, un despliegue instrumental propio de un hospital.

Escribe que le gustaría fotografiar su mesita de noche para que le crean.

Por fin, carta de Gabriel. Está disgustado. Por recomendación de un gran amigo de *El Espectador*, el bogotano Álvaro Mutis, Gabriel ha confiado su original de la novela *La hojarasca* al agente Julio César Villegas para su publicación en Buenos Aires, en la editorial Losada. «Según los amigos que han leído el libro, no había la menor duda. Sería seleccionado». Lo consideraban revolucionario, al desarrollar un tema de Sófocles a través de sus recuerdos de infancia.

Sin embargo, el comité de lectura de la editorial no solo ha rechazado la novela. Le han remitido una carta demoledora, firmada por su presidente, Guillermo de Torre, cuñado de Jorge Luis Borges.

El único consuelo es la sorprendente concesión final. «Hay que reconocerle al autor sus excelentes dotes de observador y de poeta». Pero el editor le dice también que no lo ve dotado para escribir novelas y que haría mejor en dedicarse a otra cosa.

Es un mazazo. Gabriel afirma que no volverá a escribir y se dedicará al cine. Vinyes trata de animarlo. «Cuesta más desarrollar una obra que criticarla. Adquirir teorías es fácil; ponerlas en práctica, no tanto». En la carta de respuesta, le comenta la novela párrafo a párrafo, sus aciertos y debilidades, para animarle a crecer sobre este primer fracaso. «El primer libro nunca es el mejor, lo superarás, aunque ahora tengas una desgana tremenda. Me ha gustado que la novela trate la muerte de un médico odiado por todo el pueblo, y nadie le quiere enterrar. Se la haré leer a mis médicos».

Gabriel no responde y Vinyes solo averigua que ha abandonado Barranquilla con su ya novia formal, la famosa Mercedes de sus primeras confidencias, quizás para volver a estudiar derecho o, algo peor, teme don Ramon. Hay tropas colombianas que combaten en Corea junto a las de los Estados Unidos.

Vinyes se cansa, también, al andar por la casa. Los médicos ponen el grito en el cielo, debe abstenerse de excitaciones y cualquier esfuerzo, le permiten solo asomarse al balcón a mirar la niebla de Berga, densa, masticable, gris.

«Amigos, una excelente noticia. He vuelto a mudarme a Barcelona, aburrido del frío, y recompongo la lista de mis obras, de memoria. Así, acabo de comprobar que igualo el número de dramas escritos por Shakespeare. Lástima que no conserve el manuscrito de una sola para demostrarlo. Id buscándome la que me perdisteis en aquel burdel, y rápido, que la oscuridad de mi último viaje me pisa los talones para llevarme lejos, no solo de vosotros, sino de todo, según el doctor».

—¿Viajar en barco, en su estado, Vinyes? ¿No le basta con estar solo en Barcelona? ¿Quiere un funeral en alta mar?

El doctor que le veía en forma y le felicitaba, ahora se lleva las manos a la cabeza por cualquier amago de Vinyes de hacer nada que no sea guardar reposo. Así que no va a hacerle mucho caso.

Al final, no es tanto lo que buscas, como lo que te encuentra, y aunque la vejez nos vuelva borrosos e incomprensibles para quienes nos rodean, no dejamos de existir como éramos, sino solo con las pulsaciones cada vez más lentas. Sin embargo, son suficientes para hacer difícil aceptar marcharnos.

Cada latido se niega a ser el último. Con su testaruda mano de campesino en alto, Vinyes lee, escribe y pide prórroga para aferrarse a una vida que, como todo desde que tiene uso de razón, se le escapa. Pero, esta vez, de veras.

Se propone practicar el afecto, si no es demasiado tarde. Se esforzará. Acepta, agradecido, que su hermana se mude a atenderle, hace caso al doctor y anhela, más que nunca, noticias de su joven amigo, conversar con él sobre estas concesiones que tanta gracia le harían. Mientras, el fundador de la revista *Crítica* ha convocado a Vinyes. Quiere que se asocie al Movimiento Mundial de Partidarios de la Paz, fundado hace dos años en Breslavia. Congrega a intelectuales de todo el mundo para protestar contra la Guerra Fría.

Los tiempos cambian. Se ha puesto de moda, otra vez, el pacifismo. Han firmado su adhesión célebres científicos, artistas y literatos de talla mundial como Albert Einstein, Charles Chaplin, Pablo Neruda, Paul Éluard, Louis Aragon y Picasso. Lástima no estar para viajes, sería agradable saludarlos.

Tampoco puede dejar de pensar en lo que publicó Gabriel en una columna, el verano pasado. Que la evidencia de que la paz es posible se ve en la libertad de los caballos.

Con el temblor de un creyente que entra a un templo tras un largo periplo, se anima a escribir un cuento en español, ese que le prometió hace tanto.

Quizás eso sí animará a su amigo a responder.

Lo difícil será dar con él. Hace poco, le dijeron que abandonó el periodismo y su novela inconclusa, *La casa*, para vender

enciclopedias y libros de medicina por los pueblos de sus antepasados.

Vinyes echa de menos, a todas horas, el Caribe y a sus caribeños, y lo reconoce sin pudor. «Mientras vivía en Barranquilla, no podía terminar nada de lo que emprendía. No daba ni con el tono, ni con las ganas. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que algo dentro de mí me impedía aceptar mis fantasmas, y es con eso con lo que se escribe. Sin embargo, os he hecho caso, queridos amigos barranquilleros, ahora que estoy lejos. Me ha costado, pero aquí tenéis en qué se han convertido *L'ardenta cavalcada* y todas esas cabalgatas de mi juventud de las que no habéis sabido casi nada. Un caballo, como los fantasmas, actúa solo de acuerdo con su naturaleza, libre de los artificios del pensamiento y del análisis, y creo que os divertirá que haya aprendido a reírme un poco de todo esto que ha sido mi vida, como lo hacíais vosotros, excelentes maestros: érase una vez un fantasmagórico caballo salido de no se sabe dónde que se instala en la alcoba de un moribundo y ahí se queda, perturba el rito de la muerte, y el paciente no se muere. La risa ante la presencia del caballo no le deja morir y el paciente no tiene más remedio que sanar y salir a reunirse con sus amigos...».

Y, como subtítulo: «Cuento catalán».

Por fin, los dos finales se encuentran.

Soñé con don Gabriel García Márquez. Cano, desmemoriado, recostado en una tumbona de rafia con franjas azules y blancas. Me senté en el suelo, a sus pies. Le di lo que tenía de este libro. Lo leyó con calma. Sonrió. Tiró muchas páginas a la papelera y me devolvió diez.

—Deja de lloriquear y trabaja.

¡Diez páginas que sí! Reescribo el resto. Muchas veces. Mi amiga andorrana, Elena, me ayuda a prescindir de otras cincuenta. Mis hijos y mi pareja, sin saberlo, eliminan otras tantas con una mirada o un silencio. También la intendencia cotidiana ha trabajado ahí dentro.

¿Cómo inicié este aprendizaje? Equilibrios sobre la cuerda floja de la frustración, y avanzar. Querer resultados inmediatos, y no obtenerlos. Intentarlo una vez, con o sin éxito, y la enésima, por si acaso.

Insistir hasta aquí. El método ha funcionado.

Una mañana, como de otra vida, me senté con dos desconocidos de Berga en la terraza de una cafetería de Gràcia. Primera palanca. Mi hijo menor, los tres gatos, Miguel, otras tantas. Este nuevo quinto piso de Palma, inundado de sol, al que nos hemos mudado juntos y que apenas me deja ver la pantalla del ordenador, otra. Que nos reflejemos en ella al abrazarnos y al discutir. Que lo que antes me

frenaba ahora sea combustible para cohetes. Haber sostenido, sin saberlo, durante décadas, la promesa hecha a mi abuelo. Hasta entenderla. Nosotros era todos nosotros. Esto llega a su fin.

–Verte escribir tranquila es rarísimo –murmura Miguel.

Me da un beso y me sirve una taza de café.

Él también pidió ayuda. Tras dieciocho meses de mentiras ha entrado en terapia de desintoxicación y, con eso, contribuye a colocar los avatares de nuestra historia de pareja en su lugar: al margen. El comprimido diario de buprenorfina-naloxona bajo la lengua de cada mañana es su manera de decirme que ha entendido lo suyas que son las consecuencias de sus actos. Asiento. La respiración acompasada me permite alzar la cabeza y mirar alrededor. Descubro motas de polvo de mis pasados domicilios sobre los bloques de páginas de los libros y la madera de las estanterías. Me gustan, como me gusta mi vida tal como es. Sola y acompañada. Sin ansiedad por avanzar o retroceder. Sin miedo a las interrupciones ni al ruido. Incluso los busco.

Cada vez más cerca de ti, que me lees, comparto mi complicidad con Ramon Vinyes y mi ensueño junto a la tumbona de Gabriel García Márquez. Para que sonrías conmigo.

¿Recuerdas lo que Vinyes le dijo a Gabriel sobre triunfar? Poder elegir qué te quita el sueño. Me desperezo de la siesta y le ruego a Miguel que hable también con su hija, con sus padres. Se evade a por otro café mientras ordeno, en la cómoda de la entrada, los recuerdos personales que había guardado en cajas desde que me mudé de Barcelona. Podría regresar en cualquier momento. Atenta al teléfono, espero la llamada de la óptica: van a recibir los prismas que combatirán mi diplopía. En este mundo nuestro lleno de optometristas, uno en cada esquina, la ceguera no se desarrolla solo en los globos oculares más o menos deformados. También en lo que evitamos mirar.

Miguel, con las pupilas dilatadas o de alfiler.

Bendigo su deambular a ciegas, tan parecido al mío.

Le propuse que probara apartarse unos metros de sus miedos para observar el contexto. Tomar distancia. Desempolvo cromos de ciencia, las pinzas con trocitos del cordón umbilical de mis dos hijos, el tíquet de entrada de mi primer concierto, las postales de las amigas de infancia. Envejecer es esto. Atesorar cenizas y trasladarlas. Cuanto sentí o no, hice, deshice o siquiera supe intentar. Abundantes y grises como mis cabellos.

De momento, he dado los pasos necesarios para llegar hasta aquí, me digo, y me ato los cordones de las botas.

Aquí será cada nueva zancada por declives y repechos desde donde, por fin, puedo mirar hacia atrás y hacia delante sin gritar. Agradezco mis pies, firmes sobre el suelo, y el camino. Funciona y no existía: lo hemos construido.

—La vida depende de las gafas con que se mira —bromea la oculista, al probarme unas para que elija la montura.

Rojas. Salgo a por los borradores de nuevos proyectos. Me esperan en la terraza de un bar. En los escalones de un edificio del ayuntamiento. En el mundo ocurren cosas increíbles a cada instante.

«Regresa. Quedan cuatro o cinco páginas», me dice.

—Maestro —apuro—, ¿para qué sirve un maestro?

—Para recordar lo que siempre has sabido.

Me guiña un ojo miope, desea que le acompañe.

—¿Ahora?

—Sí.

Es hora de despedirnos.

A pesar de los achaques, desencantos políticos y pérdidas personales, Vinyes aún afronta proyectos e intensifica sus intentos de comunicarse y comprometerse con el mundo. Los primeros afortunados son los integrantes de un grupo amateur que le estrenará *El bufanúvols* el veinte de abril, en Cerdanyola. Ha aceptado el homenaje a su trayectoria.

Replica «no trayectoria», sin que le hagan mucho caso.

–El teatro es una herramienta de adoctrinamiento y la disidencia solo se permite en el silencio de la clandestinidad –prosiguen, entusiastas.

Este grupo de aficionados se aferra a otra resistencia posible: «la exploración y recuperación de nuevas voces», dicen, y Vinyes casi se atraganta de la risa, «para alimentar nuestra voluntad de representar algo que cambie las cosas».

Y es así como don Ramon Vinyes, lejos de sus ambiciosos comienzos y las esperanzas republicanas, logra lo impensable. Rejuvenecer y que su olvidado *Bufanúvols* vea la luz.

Al borde de los setenta años, no esperaba revelaciones grandiosas. Le bastaba con pensar que se pierde demasiado tiempo preocupándose por naderías. Da otra vuelta de doce pasos por el cuarto. El doctor se escandalizará, cuando se lo cuente. Y abre la carta de Germán que ha recibido esta tarde.

Le publicarán, en Barranquilla, el relato que envió.

No iré a la acostumbrada sección «Cuento extranjero». Saldrá en una del semanario *Crónica* que inaugura Vinyes. En su honor, la llaman «Cuento catalán».

Se ausentó, definitivamente, tres días antes de cumplir los setenta. Leía en la cama una recopilación recién editada de un joven dramaturgo que lo entusiasmaba, Jean Anouilh, igual de convencido que siempre de que no puede uno solo alimentarse de raíces, sino también de fruta nueva, y de que el mundo se arruinará el día en que la humanidad deje de leer, y de escribir.

«Lo único que podemos hacer por la literatura es dedicarle el tiempo, y la paciencia», fue una de sus últimas anotaciones en el cuaderno.

Sin embargo, lo mejor fue la coda de la compañía trasatlántica para su cumpleaños. El cartero llamó al timbre con un pasaje de barco que Vinyes había reservado para regresar a Barranquilla. Salvadora, que había acudido para el funeral de su hijastro, y los hermanos y sobrinos, se tuvieron que reír.

Lo habían velado en la casa mortuoria de una Avenida Generalísimo Franco de Barcelona que fue campos, huertos y caminos rurales que conectaban masías y pueblos cercanos, hasta que el Pla Cerdá la trazó en diagonal; luego, Alfonso XIII, durante la dictadura de Primo de Rivera; de nuevo, Avinguda de la Diagonal durante la Segunda República. Ahí, en el 356, 4.º, 2.ª de este bucle de circunstancias políticas, pudieron rendirle homenaje los escritores y productores de teatro que tanto le habían ignorado en vida. Y no paró de llover hasta el martes siguiente, a las cuatro de la tarde,

cuando su empadronamiento quiso que le dieran sepultura, con su sombrero de indiano y la pulsera que le regaló Humanidad, en la ladera de la montaña de Montjuic, el cementerio más grande de Barcelona.

Con vistas al mar y otra vez lejos de Elena Jordi, como cabía esperar.

Años después, por falta de pago, lo desenterraron para trasladarlo a un nicho común de Berga. El año de mi nacimiento, aún en la etapa predemocrática, las autoridades locales se arrepintieron e intentaron arreglarlo. Grabaron una placa, en su nombre, con un verso suyo junto a una fuente famosa por la calidad de sus aguas. Para el centenario de su nacimiento, rebuscaron entre los huesos para llevar los suyos al panteón de berguedans ilustres de su ciudad natal.

¿Admiración, o indiferencia? Nadie estuvo completamente seguro de ello en vida, ni tras su muerte.

Como, salvo por sus dos estancias más prolongadas en Barranquilla, Vinyes no tuvo nunca una residencia fija a la que pudiera llamar hogar, la indeterminación de este caótico periplo de restos mortales ha resultado ser lo más parecido a uno.

La carambola iniciada por el primer viaje de Vinyes a Ciénaga ha sincronizado peripecias hasta extremos fabulosos durante más de ciento cincuenta años, y ha hecho rodar la partida hasta hoy.

En noviembre de 1967, Gabriel García Márquez y su familia aterrizan en el aeropuerto de Madrid. Tras explorar la ciudad, alquilan un coche y atraviesan el desierto de los Monegros para llegar a Barcelona, su nuevo hogar.

Allí, se reencuentra con Avel·lí Artís-Gener, alias Tísner, exiliado de la República y regresado a Cataluña en 1965. Gabriel y el segundo mejor amigo de Vinyes se habían conocido en México. El catalán trabajaba para la productora Barbachano Ponce, como publicista, escenógrafo y dibujante de viñetas, y otra jugada de billar quiso que el colombiano, cansado de la censura de la Guerra Fría, hubiera recorrido Estados Unidos en autobús, desde Nueva York, para ser contratado por el productor mexicano Manuel Barbachano y sentarse junto a Tísner a ganarse la vida en la publicidad y, a veces, escribir guiones de wésterns. No se le daba mal.

El joven llamó la atención del republicano por su talento, pero también por su habilidad para decir *pa amb tomàquet y collons*.

Durante un par de años, ser publicista y autor cinematográfico fueron empresas complicadas: por la banalidad de escribir anuncios, que Gabriel ya conocía, y por la novedad de que el director de turno le obligara a deshacer casi a diario el trabajo de guion del día

anterior, para rehacerlo al siguiente, porque había que retrasar el comienzo de la película y atender otro compromiso.

Un oficio de subsistencia que no le permitía contar nada íntimo y que llevó a Gabriel a recordar, con infinita nostalgia, las lecturas que comentaba con Ramon Vinyes y los amigos del cenáculo en Barranquilla. Lo publicó en un sentido artículo: «Todavía no se ha escrito en Colombia la novela que esté, indudable y afortunadamente, influenciada por Joyce, por Faulkner o por Virginia Woolf». Y añade: «Afortunadamente, porque no creo que podríamos los colombianos ser, por el momento, una excepción al juego de las influencias. En su prólogo a *Orlando*, Virginia confiesa sus influencias. Faulkner no podría negar la que ha ejercido, sobre él, Joyce. Algo hay –sobre todo en el manejo del tiempo– entre Huxley y otra vez Virginia Woolf. Kafka y Proust parece que andan sueltos por la literatura del mundo moderno. Si los colombianos hemos de decidir acertadamente, tendríamos que caer en esta corriente. Lo lamentable es que ello no haya acontecido aún, ni se vean los más ligeros síntomas de que pueda acontecer alguna vez».

Y la acabó escribiendo él.

Conduciendo de Ciudad de México a Acapulco, Gabriel se liberó hacia delante. Resolvió la lejana novela que había revisado desde su adolescencia y sobre la que tanto había hablado con Vinyes. Lo abandonó todo para insistir y terminarla.

Durante dieciocho meses, él, dos hijos y su esposa, Mercedes Barcha de García –con la que se había casado tras años de noviazgo en la iglesia del Perpetuo Socorro de Barranquilla–, pasaron hambre y jugaron a los empeños. Dos, tres paquetes de cigarrillos diarios. Ocho y diez horas seguidas ante la máquina de escribir. Los primeros capítulos definitivos iban a parar a la papelera o a manos de sus amigos, según su ánimo; otros aparecieron en revistas.

Cuando la publicó, fue un éxito. La primera edición se agotó en pocos días. La crítica deliró de entusiasmo.

Avel·lí, uno de los primeros en leerla, también había abandonado el cine. Sentado en la mesa de la terraza del café de Gràcia donde se citaron para reencontrarse, le contó a Gabriel que, entre otros nuevos proyectos, se dedicaba a la traducción, una de las actividades con que ser útil a su lengua materna. Y le entregó el manuscrito parcial de su traducción al catalán de la novela de Macondo.

Con un apretón de manos, Tísner y Gabriel se hicieron la promesa de que la acabarían y se mantendrían en contacto.

El día en que *Cien años de soledad* alcanza el ejemplar un millón y se ha traducido a casi todas las lenguas, Antonio López Llausas, el editor, le ofrece a García Márquez cualquier regalo que desee para celebrarlo. Gabriel ya es rico e internacional y, además de dedicar una parte de las ganancias a la defensa de los presos políticos de Colombia y otra a apoyar causas en pro de los derechos humanos, propone que le facilite a Tísner la publicación de la traducción al catalán de su novela.

–Eso no es un buen negocio, Gabo –se lamenta López Llausas.

–Los regalos se dan o no se ofrecen, Antonio.

Con Avel·lí de copiloto, y un ejemplar del libro recién traducido por él en el bolsillo de la guayabera, García Márquez estaciona en Berga, se acerca a la fuente, lee la placa con su acento caribeño. «*Donar nom a una font! Quin desig més viu! / Font de Mossèn Guiu*». Se pregunta, divertido, qué opinará don Ramon, desmenuzado entre los caracoles, restos de cal y raíces de la fosa común donde lo han abandonado, de estos versos suyos que seleccionaron. De que él siga sin corbata y, en Macondo, ahora, también se hable catalán.

«*Deixeu-me tranquil!*».

El librero de Macondo

Roser Amills



Ayuntamiento de Badajoz

Esta novela fue galardonada con el XXIX Premio de Novela Ciudad de Badajoz, convocado por el Ayuntamiento de Badajoz. Formaron parte del jurado Manuel Pecellín Lancharro, Luis Alberto de Cuenca, Paloma Sánchez-Garnica, Juan Manuel de Prada, Espido Freire e Ignacio F. Garmendia

Primera edición en libro electrónico (EPUB): mayo, 2026

© Roser Amills, 2026

© Fundación José Manuel Lara, 2026

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Fotografía de cubierta: Frederic Garrido Vilajuana, ‘Paisaje de Berga de donde brotaron las palabras de Ramon Vinyes’

Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ISBN: 978-84-19132-91-8 (EPUB)

ESTA EDICIÓN DE *EL LIBRERO DE MACONDO*,
DE ROSER AMILLS, OBRA GANADORA DEL
XXIX PREMIO DE NOVELA CIUDAD DE BADAJOZ,
SE TERMINÓ DE CONVERTIR A LIBRO ELECTRÓNICO
EN SEVILLA, EL 30 DE ABRIL DE 2026